

# **Lecturas del talde político HAUSPOA**

## **Avivemos el presente para ganar el futuro**

*Traducción al castellano, publicada por Borroka Garaia Da, del texto Arrakalak hauspotu, etorkizuna piztu, publicado el 24-9-2019 en Argia*

Parece que se avecinan tiempos convulsos para un movimiento de izquierdas que, en una Euskal Herria ya de por sí pequeña, da signos de una fragmentación cada vez mayor. Supondremos que por el hecho de ser convulsos, deberán de ser también interesantes. En parte es comprensible que los pulsos del nuevo ciclo político, al menos en su fase inicial, vengan acompañados de cierto alboroto y tensiones internas; no podemos obviar que se está abriendo un nuevo ciclo político que apunta al largo plazo, y que las bases que sentemos ahora condicionarán probablemente la labor política de las siguientes décadas. Hay mucho en juego, por tanto, para todas aquellas que seguiremos luchando por la liberación total de Euskal Herria. Del mismo modo, también hay mucho que perder en una coyuntura como la actual. Entre otras cosas, la posibilidad de dar al traste con el capital político acumulado durante los últimos 50 años, y que ha garantizado hasta ahora la supervivencia de Euskal Herria como un pueblo en lucha. En ese sentido, existe un claro riesgo de terminar como uno de tantos movimientos que pueblan el paisaje actual de la izquierda europea; totalmente atomizados y socialmente irrelevantes.

En cualquier caso, es innegable que nos encontramos ante un momento de gran trascendencia histórica. En circunstancias como estas, “¿qué hacer?” se torna en la pregunta a la que todas tratamos de dar la mejor respuesta posible; aquella que dé con las claves para entender el devenir político de los próximos años, será la que trace las líneas estratégicas de la forma más certera. Para ello, sin embargo, es conveniente antes de nada arrojar algo de luz sobre las causas y el punto de partida que nos han conducido a la situación en la que Euskal Herria se encuentra a día de hoy. Qué decir tiene que todo lo que somos hoy se lo debemos a los 50 años de fructífera resistencia que duró el ciclo anterior; la posibilidad de estar aquí y ahora en disposición de seguir luchando por este pueblo únicamente cobra sentido gracias a aquellas que lo disteis todo en el camino y a las que aún estáis en ello. En estos momentos en los que tratamos de retomar la senda revolucionaria, vuestra memoria guiará nuestro camino.

¿Pero dónde hemos perdido esa senda revolucionaria? Qué duda cabe que en un momento dado, el Movimiento de Liberación Nacional Vasco se agotó estratégicamente y, ante la imposibilidad de reinventarse a sí mismo, se impuso el desconcierto en su interior. Aunque dejaremos para una próxima ocasión el análisis en profundidad del proceso de derrota (cuándo comienza, cómo sucede, por qué sucede...), podemos asegurar que para la primera década del 2000, el MLNV vivió ya sus últimos momentos. Tras la derrota llegó la desarticulación y quizá aquí resida una de las claves para entender la coyuntura actual: en ese momento no sólo se dismanteló la lucha armada sino que se aprovechó para acabar con toda estructura organizativa y teórica que en un momento dado pudieran garantizar la continuación del proceso revolucionario. De

este modo, la línea socialdemócrata se hizo con el control político de la Izquierda Abertzale y situó todas sus estructuras en las coordenadas de la reforma, lo que tuvo una consecuencia clara; el abandono de la estrategia revolucionaria.

Sin embargo, en la sociedad vasca aún hay quien sigue creyendo en la revolución. Eso es innegable. ¿Se trata de nostálgicos? ¿Utópicos? ¿Quizá soñadores? En nuestra opinión, simplemente revolucionarios, ni más ni menos. Con el peso y la responsabilidad históricas que supone serlo. Y como todo revolucionario, en primer lugar habrá de cuestionarse a sí mismo. Por ejemplo, en lo que respecta a la derrota del MLNV, en vez de tratar de analizar los pormenores de la maniobra reformista, deberíamos de reparar en la incapacidad del socialismo abertzale revolucionario para llevar a término los objetivos del proyecto revolucionario. Y es que ahí reside la clave de la derrota histórica y la razón última que acabó con el MLNV; el reformismo no hizo más que saber estar en el lugar adecuado y aprovechar su oportunidad. Por tanto, ¿cuáles fueron los errores del socialismo abertzale revolucionario? ¿Cuáles las razones del colapso estratégico?

Sin embargo, más a menudo de lo que nos gustaría, tomamos el camino contrario, y comenzamos recitando las carencias de los demás. Ciertamente, no hay mayor muestra de la debilidad propia que la propensión a señalar continuamente la paja en el ojo ajeno. Por eso, nuestra última referencia a lo que actualmente se conoce como Izquierda Abertzale “oficial”: nuestros caminos, al menos de momento, irán separados, ya que en el contexto y circunstancias actuales es imposible desarrollar una línea estratégica común. En adelante, cada una acometerá desde su perspectiva la lucha en favor de Euskal Herria, y aunque a menudo puedan aflorar tensiones, eso en absoluto significa que les consideremos enemigos. Suficientes enemigos tiene ya Euskal Herria. Por ello creemos que nos debemos una relación de respeto mutuo; cada una que siga su camino, dejando de lado el juego sucio y tratando de salvaguardar los puentes y las vías de comunicación que se mantengan en pie. En ese sentido, deberíamos entender que si una organización o movimiento no es revolucionario, no podemos exigir que se comporte como tal; pretender que vayan a cumplir o que “debieran” cumplir nuestro propio programa revolucionario no sería más que una fuente continua de frustración.

Y aquí comienza el primer ejercicio que toda revolucionaria debiera de acometer; invertir el sentido de la mirada con la que habitualmente observamos la realidad, y pasar de juzgar lo que hacen los demás, a dirigirla hacia nosotras mismas. Así, tendremos que demostrar que el proyecto revolucionario es viable a escala social, y eso, más allá de los numerosos obstáculos con los que nos encontremos, es única y exclusivamente responsabilidad nuestra. Y no solo tendremos que mostrar su viabilidad; también tendremos que llevarlo a la práctica. O, al menos, mostrar el mayor de los empeños y convencimientos en el intento. Tendremos que creer en la revolución y dedicar nuestra vida a ella, ya que el de la revolucionaria ha de ser en parte un acto de fe; más allá de la racionalidad positivista, no podemos quedar a la espera de que emerjan “las condiciones objetivas”. La de la revolucionaria, por tanto, es una decisión vital, trascendental; no consiste en la elección parcial de militar en esto o lo otro, y por ello, requiere asumir la renuncia como punto de partida. Una renuncia en cualquier caso voluntaria, de rechazo a ese vacío existencial que cada vez con mayor extensión y profundidad recorre un sistema en plena decadencia y va apoderándose de nuestras vidas. Y así, una renuncia creativa, liberadora, capaz de otorgar un significado a aquello que carece de él. Todo esto nos muestra cómo esa mirada hacia el interior no solo ha de ejercerse a nivel

colectivo, sino que también tiene que trasladarse a la dimensión individual. Porque la revolución social consiste en sumergir lo individual en lo colectivo, en diluir el ego personal y poner el deseo de cada una al servicio de la voluntad colectiva. Con ello, se prefigura el sentido social general que ha de guiar el proceso revolucionario; la abolición de la propiedad privada que constituye la raíz del sistema capitalista y patriarcal. A esto le llamamos nosotras comunismo.

En tanto sistema de dominación de carácter histórico, entendemos el capitalismo como una síntesis social constituida en torno a la propiedad privada. Acompañada de todo un sistema jurídico, político, económico e ideológico puesto a su servicio, dicha forma de propiedad opera con un objetivo meridianamente claro: posibilitar que la burguesía (a través de la propiedad que ostenta sobre el capital) se apropie sistemáticamente del trabajo ajeno, y de este modo, se asegure la acumulación creciente de poder social. El resto de las participantes de ese trucado juego social conformamos la clase desposeída, las trabajadoras, condenadas a la participación en la circulación de mercancías a través de nuestra mera fuerza de trabajo. De esta forma, atrapadas en esa posición social, no se nos permite más que el acceso a una mínima parte de lo que producimos, la necesaria para asegurar nuestra propia reproducción. Es lo que comúnmente se conoce como salario. Así, el resto de la riqueza social que producimos es sustraída por la burguesía a través de la apropiación de la plusvalía. Aunque el carácter normalizado y “legal” de dicha sustracción hace que normalmente pase desapercibida, es manifiesto que la burguesía logra hacerse sistemáticamente con el control de la riqueza social producida por el conjunto de las trabajadoras. De hecho, la función básica de la legalidad burguesa consiste, precisamente, en transformar en propiedad privada capitalista aquello que las trabajadoras producimos colectivamente. He aquí la contradicción fundamental que subyace en el sistema capitalista; la contradicción entre el capital y el trabajo. La relación de explotación que jamás podrá superar; la violencia estructural que siempre, de una manera u otra, terminará por manifestarse. Así ha sido desde el mismo momento de su aparición como sistema social y, a menos que sea desmantelado por completo, así seguirá siéndolo.

No obstante, en la sociedad capitalista actual existen muchas otras forma de opresión, y entre todas ellas, nos gustaría subrallar la que el patriarcado ejerce sobre las mujeres. A pesar de su origen precapitalista, el patriarcado ha sabido adaptarse a la perfección a la modernidad capitalista, y como bien nos han mostrado décadas de luchas feministas, aún sigue atravesando de arriba a bajo la sociedad contemporánea. En realidad, el patriarcado también está de alguna manera relacionado con la propiedad privada; básicamente, consiste en el hecho de que el hombre considere a la mujer como parte de sus derechos de propiedad. Dicha apropiación patriarcal puede ejecutarse tanto sobre el trabajo de las mujeres como sobre sus cuerpos, y se manifiesta a través de numerosos ejemplos: cuando el empresario paga menos a la mujer por realizar el mismo trabajo; cuando las mujeres se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo en empleos feminizados y precarios; también cuando el hombre trabajador recibe a título individual el pago por el conjunto del trabajo reproductivo (salario) que en gran medida recae sobre las tareas domésticas realizadas por mujeres. A todo esto se le suma el estado permanente de violencia física y psicológica a la que son sometidas todas las mujeres, por el mero hecho de haber sido socializadas como tal en una sociedad patriarcal, y en la que se incluyen todo tipo de violaciones, asesinatos, menosprecio, degradación...

Llegados a este punto, cabe preguntarnos de nuevo por la abolición del sistema capitalista y patriarcal: ¿cómo abordamos la cuestión? ¿Cuál es nuestro programa revolucionario? Si al inicio hemos remarcado el deber que toda revolucionaria tiene de mirar hacia el interior, no menos importante es saber mirar hacia el exterior. Y para ello, deberíamos de ser capaces de fijar la mirada en el horizonte, ya que la revolución no va a acontecer a modo de estallido social, de un día para otro. Entenderla si quiera como mero estallido social que “lógicamente” conducirá a la aparición de una síntesis social nueva, supondría asumir una visión reduccionista y determinista de lo que significa la revolución. Nosotras entendemos la revolución como un proceso, que en algún momento deberá sin duda realizarse a escala social, pero que ha de comenzar a articularse desde hoy mismo. De ahí la necesidad de que los contenidos de esa nueva síntesis social, de esa vida libre que constituye nuestro horizonte estratégico, hayan de comenzar a configurarse desde este mismo momento. No es ésta una tarea que debemos posponer al momento en el que “hagamos la revolución”; por el contrario, es el propio proceso revolucionario el que ha de contener el fin en sí mismo, el que ha de ser un reflejo de aquellos por lo que luchamos. De esta manera, cobran especial relevancia los pequeños pasos que damos diariamente, ya que también forman parte esencial del proceso revolucionario. Por todo ello, consideramos que la revolución es una forma de recorrer el camino, de avanzar; aunque también es, por supuesto, una dirección, una perspectiva estratégica: aquella que nos asegura que los pasos que damos hoy, por muy pequeños que sean, serán pasos en la dirección adecuada. Así es como nosotras entendemos la revolución.

Con todo, hemos identificado la meta: un sistema social sin ningún tipo de clase social ni opresión; una nueva síntesis social que garantice la existencia libre de cada uno de los miembros que formamos parte de la sociedad. En nuestro contexto, la consecución última de dicho objetivo estratégico pasa por la construcción de la República Socialista de las Comunas Vascas.

Para ello, más allá de este horizonte estratégico que queda fijado en el largo plazo, se pueden establecer dos objetivos a realizar en el corto plazo; asegurar la continuidad de la lucha por un lado, y acometer la despatriarcalización del movimiento por el otro. Respecto al primero, es evidente que en el contexto actual existe un riesgo real de que se desvanezca la tradición de lucha en Euskal Herria. En ese sentido, perder el pulso de la historia y el hilo rojo que la recorre podría conducirnos a la desorientación, de ahí que la superación de la fractura existente entre generaciones sea un buen punto de partida. Reconstruir la comunidad de lucha, mantener la conexión intergeneracional, transmitir lo que hemos sido y estar dispuestas a asumir los errores cometidos, son solo algunas de las tareas que debemos acometer en este sentido. Respecto al segundo objetivo, la dimensión social a la que opera la opresión patriarcal, hace que ésta quede también reflejada en el interior de cada una de nosotras. Por ello, en tanto problemática social, es innegable que el propio movimiento revolucionario también padece sus consecuencias. Así, incluso el más sincero y comprometido de nuestros compañeros revolucionarios contará en su personalidad con actitudes machistas y patriarcales; tendremos que ser capaces de asumir y abordar esta realidad sin ningún tipo de complejo. Muy probablemente, comenzar con el proceso de despatriarcalización hará que se tambaleen los pilares de la personalidad de muchas de nosotras, pero no tenemos porqué sentir miedo. Si se lleva a cabo dentro del proceso revolucionario y, por tanto, con una perspectiva adecuada (la que nos conduce de lo individual a lo colectivo), sin duda que dará buenos resultados.

Y hasta aquí llegaremos en esta ocasión. Aunque durante los próximos meses tendremos la oportunidad de profundizar en los temas que hemos abordado en este primer texto, como punto de partida tenemos claro que vivimos en un sistema basado en la dominación y la opresión. Aún hoy, en el año 2019, seguimos viviendo bajo la violencia estructural que caracteriza al sistema capitalista y patriarcal. En nuestro caso, además, esa violencia no sucede en cualquier lugar: nos golpea en Euskal Herria, aplastada y fragmentada bajo los estados francés y español. Una Euskal Herria que ha sabido resistir y permanecer en pie durante siglos; una tierra bañada por la sangre, el sudor y las lágrimas de las innumerables generaciones que han luchado por defenderla. Un pueblo, pues, que ha visto verter la sangre y las lágrimas de sus más comprometidas compatriotas, no puede permitirse renunciar a la libertad, no puede rechazar su compromiso con la historia. Por todo ello, nosotras, aquí y ahora, ratificamos nuestro compromiso revolucionario; tomamos el testigo del socialismo abertzale revolucionario y mostramos la determinación de avanzar hacia la independencia socialista.

## **El hilo rojo de la historia**

*Traducción al castellano publicada en Borroka garaia da de Historiaren hari gorritik tiraka*

En el texto de presentación que publicamos en septiembre ya anunciamos que habría más escritos en el futuro. Dentro de la serie de textos que iremos publicando en los próximos meses, hemos considerado que lo más adecuado era empezar por el análisis histórico. Y lo hacemos porque entendemos que un pueblo no es nada sin su historia; que aquellos que desconozcan de dónde proceden difícilmente acertarán la dirección a la que dirigirse. Bien es cierto, sin embargo, que la historia se puede contar de muchas maneras. De hecho, la mayoría de las veces la única historia a la que tenemos acceso es la que nos ofrecen los vencedores. En Euskal Herria lo sabemos muy bien; uno de los objetivos principales de las historiografías imperialistas española y francesa ha sido la negación de nuestra existencia histórica (junto con la negación del resto de pueblos oprimidos que nos rodean). Frente a ello, hay quien se sumerge con devoción en el estudio de la historia vasca y trata de hallar en este o aquel acontecimiento histórico la prueba de la existencia y legitimidad del pueblo vasco. Sin desmerecer esos esfuerzos y reconociendo su importancia, nosotras no entendemos la historia como justificación. Es decir, para demostrar la existencia de Euskal Herria no es necesario acudir a la historia; la voluntad política que muestra aquí y ahora el pueblo vasco es prueba suficiente de su existencia y legitimidad. Y en ese sentido es innegable que Euskal Herria, hoy por hoy, conforma una realidad política, económica, social y cultural específica. Hablamos, cómo no, de la nación vasca, cuya existencia está intrínsecamente ligada al análisis histórico, en tanto la propia nación es resultado de una manera concreta de entender la historia.

Al igual que sucede entre la historia española/francesa y la historia vasca, dentro de Euskal Herria también existen diferentes maneras de entender la historia y la nación. Por ejemplo, dentro del nacionalismo vasco, ha tenido mucha importancia la corriente que defendía que las vascas somos un pueblo “en sí”. Los jeltzales han sido el mayor exponente de esta visión, pero no los únicos. Según esa perspectiva, las vascas conformaríamos un grupo humano con una serie de particularidades preestablecidas; un destino que guía nuestra existencia y un carácter romántico que Dios se encargó de esculpir en nuestra sangre. A pesar de que en la actualidad las explicaciones de tipo religioso y racista son ya marginales, la perspectiva esencialista aún está muy presente en la sociedad vasca; muchas piensan que las vascas tenemos algo, una especie de carácter innato, que nos diferencia de las demás. Dentro de ese esencialismo o idelismo, el punto de partida lo establece esa abstracción (la esencia, la idea misma de “lo vasco”), que es la que determina al fin y al cabo la realidad y por consiguiente los acontecimientos históricos. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, deberíamos tomar justamente el camino contrario para entender e interpretar la realidad. De hecho, las vascas, como el resto de pueblos del mundo, somos fruto de la historia, y esa historia a su vez, es fruto de los acontecimientos históricos concretos y materiales que se han venido sucediendo sobre la tierra que pisamos. Por suerte o por desgracia, no tenemos nada que, esencialmente, nos diferencia del resto. Tenemos, por su puesto, una subjetividad específica, pero su origen es completamente terrenal, no hay ningún “dios”, ningún “espíritu” ahí fuera. Nuestra subjetividad, o si se prefiere el “euskal sena”, no es

más que el reflejo simbólico que dichos acontecimientos históricos materiales han terminado por imprimir en nuestro pensamiento y en el de nuestras antepasadas. Eso no significa que haya que rechazar esta realidad simbólica; correríamos el peligro de caer en el positivismo más reduccionista. Por el contrario, a la hora de analizar la historia, más allá de la mera enumeración de acontecimientos, deberíamos de ser capaces de entender la subjetividad de aquellas que vivieron sobre esas bases materiales; comprender sus sentimientos y vivencias, para así poder entender las decisiones que tomaron en cada momento histórico.

Una vez que hemos establecido nuestro punto de partida materialista para el análisis de la historia, nos gustaría destacar otra cuestión clave. Y es que nada más empezar con el análisis histórico, nos percataremos de que la nuestra no ha sido una historia pacífica; y no porque los habitantes de esta tierra así lo hayan querido. Al igual que ha ocurrido con tantos otros pueblos, la nuestra también ha sido una historia de resistencia; la historia de un pueblo que ha tenido que luchar para defenderse a sí mismo, para sobrevivir. Los habitantes de estas tierras han tenido que hacer frente constantemente a los distintos intentos de asimilación por parte de las potencias e imperios vecinos; desde la Prehistoria hasta nuestros días. Y los ataques no han venido sólo desde fuera. ¿Cuántos vascos, dotados con todos los apellidos vascos y la más limpia de las sangres, han participado de las campañas colonizadoras a sueldo del imperialismo español allende los mares? ¿Cuántos de esos han sido opresores en tierras vascas? A veces por interés propio, otras haciendo de cipayos al servicio de intereses ajenos, ¿cuántos han vendido a sus hermanos y hermanas vascas a cambio de un miserable beneficio?

Por todo ello creemos que la Euskal Herria actual es resultado de la disputa entre opresores y oprimidas. Así, identificamos el motor de la historia en el choque permanente entre intereses contrapuestos, y por ello, la única madre que reconocemos en la historia vasca es la matxinada, el levantamiento popular, la lucha de todas aquellas que generación tras generación se han rebelado frente a los opresores. Con ello, también señalamos el principal componente constituyente de la nación vasca; la lucha permanente por la libertad, la resistencia. De hecho, esa ha sido la única circunstancia que ha permitido hacer frente a la asimilación y poder seguir existiendo como pueblo. Ante todo, son aquellas que a lo largo de la historia de Euskal Herria han luchado frente a todo tipo de opresiones, en defensa de las tierras y la lengua vasca, las que merecen centrar el análisis histórico y nacional.

Más allá de abstracciones de tipo idealista, cuando hemos dicho que entendíamos la historia desde el materialismo, justamente a esto es a lo que nos referíamos; que la historia, y la nación como resultado de la misma, son consecuencia directa de esa lucha de clases concreta. Pero la historia que nosotras reivindicamos va más allá; queremos obtener un conocimiento científico de la historia, sí, pero no para construir un artefacto académico neutral. Queremos poner la historia al servicio de las oprimidas, convertirla en una fuente de inspiración y aprendizaje que alimente el proceso de liberación: ¿Por qué estamos ahora en la situación que estamos? ¿Cómo superar esta situación? Para ello, tendremos que analizar cada una de esas rebeliones, levantamientos, intentos revolucionarios y resistencias, así como a sus protagonistas; ya sea el más épico de los combates que tantos hombres y mujeres libraron en nuestras montañas, así como la resistencia silenciada que miles y miles de mujeres tuvieron que ejercer en la oscura cotidianidad de los hogares. Y ahí encontraremos nuestro mayor reto, porque esa historia no es la Historia con mayúsculas; es la historia de las olvidadas, de las de abajo,

la pequeña historia. Como revolucionarias, nuestro análisis historiográfico debería ir dirigido a rastrear esa historia de las oprimidas y sacarla a la superficie.

Por lo demás, profundizar en la historia de la lucha de clases en Euskal Herria también nos llevará más allá de nuestras fronteras, hasta encontrarnos con las raíces del capitalismo. Y una vez ahí a aclarar las claves para su comprensión; es decir, entender que como sistema de dominación no se trata más que de un acontecimiento histórico. El capitalismo no es una ley natural, ahistórica, una tendencia innata que la personas tenemos para relacionarnos entre nosotras. Al contrario, se trata de una síntesis social que se crea y se desarrolla en un momento muy concreto, que no ha existido anteriormente y que, por tanto, puede dejar de existir en algún momento. Desde la perspectiva histórica, esto nos conduce a asumir que necesariamente hubo de haber una existencia precapitalista. Y así, por ejemplo, veremos cómo el feudalismo existía en muchos países antes de que el capitalismo comenzara su expansión. Podemos considerar el feudalismo como un sistema de dominación social, ya que una clase dominante (nobleza, señores feudales, iglesia) se apropiaba sistemáticamente del trabajo realizado por la clases oprimidas (comunidades campesinas), haciendo uso para ello de su propio sistema jurídico, político, ideológico y represivo. Clase trabajadora y clase explotadora, por tanto, pero no capitalistas, ya que la dominación no se ejecutaba a través de los mecanismos propios del capitalismo (propiedad privada burguesa y compraventa de mercancías).

Dentro del mismo feudalismo también existían formas de dominación previas, entre los que hay que destacar el patriarcado. En realidad, los mecanismos sociales por los que los hombres se apropiaban del trabajo y el cuerpo de las mujeres eran mucho más antiguos que el feudalismo, pero el feudalismo supo absorber esa lógica patriarcal y ponerla a funcionar según sus intereses. De una manera parecida a la que después haría el capitalismo. Para el caso del patriarcado, tendremos que ir a la Prehistoria para analizar el contexto social en el que se creó, y así entender sus características y funcionamiento. En este caso, sin embargo, es todavía más importante entender cómo ha conseguido sobrevivir a lo largo de la historia y, a diferencia del feudalismo, lograr reproducirse y expandirse dentro del capitalismo.

En relación a los sistemas precapitalistas, conviene hacer una última mención. Como hemos dicho anteriormente, el feudalismo estaba sustentado sobre las comunidades campesinas; como consecuencia de la subordinación a la que estaban sometidas, debían ofrecer unos días de trabajo y/o parte de la producción a los señores feudales y a la iglesia. Sin embargo, muchas de esas comunidades vivían en los márgenes de los sistemas feudales y el poder y el control feudal no era total. En ese sentido, hay que subrayar que las rebeliones y levantamientos campesinos que se dieron en Europa durante siglos respondían a esa tensión de clase; los señores feudales tratando de acumular y centralizar de cada vez más el poder feudal, las comunidades campesinas defendiéndose de cada ataque centralizador.

Estas comunidades campesinas, bajo condiciones de subordinación más o menos severas, muchas veces eran capaces de mantener una estructura interna propia, con las características de lo que se conoce como economía natural; propiedad comunal, comunidad, sistema productivo enfocado al autoconsumo, importancia del trabajo colectivo... También disponían de instituciones democráticas básicas; concejos, asambleas de pueblo/aldea/valles... Todas esas características internas de las



comunidades campesinas eran vestigios de lo que llamamos comunismo primitivo. En algunos lugares de Europa estas comunidades campesinas basadas en la economía natural sobrevivieron hasta el siglo XX, aunque para entonces ya estaban bastante desfiguradas como consecuencia de las dominaciones históricas que habían sufrido (feudalismo, patriarcado, primeras fases del capitalismo...).

Hemos dado con las raíces del capitalismo, y hemos comprobado cómo previamente había también oprimidos y opresores. Si realmente queremos analizar la historia de la lucha de clases no podemos olvidarnos de todo esto; la economía natural, el patriarcado, el feudalismo, los primeros comerciantes y burgueses que aparecen en torno a las ciudades. También los primeros imperios y monarquías que surgieron en la Prehistoria, las primeras formas de Estado; así como la génesis y expansión de las religiones monoteístas. El desarrollo histórico propició la combinación compleja de todos esos componentes precapitalistas, y el resultado, aparentemente, refleja gran diversidad, con particularidades en cada territorio y cada país. Sin embargo, podemos intuir una tensión que subyacía a cada una de esas realidades particulares: la acumulación de poder y la opresión por un lado, la determinación por vivir en paz y libertad por el otro. Las resistencias, revueltas, guerras y matxinadas surgidas hasta entonces, fueron el reflejo de la tensión entre esas dos fuerzas; el reflejo de la lucha de clases precapitalista.

Y después, el capitalismo; el sistema de dominación más universal y más poderoso que ha conocido el planeta. Con su aparición puso el tablero de juego patas arriba, desatando fuerzas hasta entonces inimaginables y acelerando la velocidad de la historia; la acumulación originaria, la imposición de la propiedad privada, la mercantilización de las condiciones de vida, el desarrollo de la industria, la competencia capitalista, la proletarianización, la dimensión planetaria de la guerra... La burguesía, nueva clase social ascendente al servicio del capital, hizo uso de todo tipo de artimañas para generalizar las condiciones que permitieran la dominación capitalista. Aunque fue un proceso largo y complejo, tenía un único y preciso objetivo como meta: convertir en mercancía los elementos necesarios para la vida (medios productivos y reproductivos, la tierra, los recursos naturales que la tierra guarda, la fuerza de trabajo...). Es decir, superar la condición que estos elementos presentaban en los sistemas precapitalistas, liberarlos, y establecer las condiciones para poder comprar y venderlos sin límite. Al fin y al cabo, esa era la condición necesaria para reproducir y acumular capital permanentemente. Junto con todo esto, el desarrollo capitalista también abrió nuevas oportunidades para la lucha de clases: facilitar la solidaridad entre las oprimidas, socializar de la producción, despertar nacional e internacionalmente la conciencia de clase revolucionaria... De hecho, los mayores y más exitosos intentos revolucionarios que hemos conocido los hemos visto junto con el desarrollo del capitalismo, durante los siglos XIX-XX. Tendremos que analizarlos en profundidad, inspirarnos en sus virtudes y aprender de sus errores.

Por lo tanto, si queremos reconstruir la historia de la lucha de clases de Euskal Herria, tendremos que analizar todo lo presentado anteriormente en el contexto vasco: ¿Cómo se dio todo este proceso histórico en Euskal Herria? ¿Partiendo del comunismo primitivo, hasta cuándo resistieron las comunidades campesinas? ¿Cuál ha sido la historia y la resistencia de las mujeres en Euskal Herria, desde la implantación del patriarcado, pasando por la caza de brujas, y hasta la forma que la violencia patriarcal toma hoy en día? ¿Cómo ha sobrevivido Euskal Herria, su lengua y su pueblo trabajador, frente a los ataques de diferentes imperios y regímenes? ¿Cómo se desarrolló

el capitalismo en Euskal Herria? ¿Cuál es el resultado de todo esto en la Euskal Herria actual? Interrogantes todos ellos ciertamente sugestivos, a los que por desgracia no podremos responder en esta ocasión, ya que nos extenderíamos demasiado. Prometemos, sin falta, darles respuesta en la próxima entrega.

<http://kaixo.blogspot.com/2020/01/hauspoa-el-hilo-rojo-de-la-historia.html>

## **Historia de la lucha de clases en Euskal Herria**

*Traducción al castellano publicada en Borroka garaia da de Euskal Herriko klase borrokaren historia*

Si en el texto anterior explicamos la perspectiva general que teníamos respecto de la historia, en éste nos centraremos en analizar cómo dicho proceso histórico toma forma en Euskal Herria. En un texto de esta extensión no podremos abordar la cuestión con la profundidad y el nivel de detalle deseado, por lo que nos limitaremos a subrayar los acontecimientos históricos más relevantes. Así, entendiendo que el análisis completo de la historia de la lucha de clases en Euskal Herria queda todavía como tarea pendiente, trataremos de identificar las lagunas existentes y de formular las preguntas adecuadas para su futura resolución.

Para empezar, situaremos el punto de partida en el proceso de neolitización. A lo largo de todo el mundo, de forma independiente y en fechas similares, las comunidades humanas comenzaron a desarrollar diversos conocimientos agrícolas y ganaderos, lo que impulsó su sedentarización. A los territorios que hoy conocemos como Euskal Herria, la neolitización llegó desde el Oriente Medio hace entre 7.000 y 8.000 años, transformando radicalmente las formas de vida y las estructuras sociales previas. Estas primeras comunidades agrícolas presentaban un modo de producción basado en la economía natural: es decir, un modo de producción basado en la propiedad comunal y en la producción directa dirigida al autoconsumo y reproducción de la propia comunidad. A esta forma de vida colectiva también se la ha conocido como comunismo primitivo. De esta forma, y gracias a la revolución neolítica, estas comunidades fueron capaces de generar, por vez primera, un excedente productivo de forma sistemática y regular. Esto condujo a un aumento de su tamaño y a que, mediante la especialización, profundizaran en una incipiente división social del trabajo. Sin embargo, esa misma acumulación sistemática de excedentes abrió la posibilidad para su apropiación igualmente sistemática, lo que marca un hito en la historia de las clases sociales y de la dominación. Por primera vez en la historia, se generalizaron las condiciones materiales para que la clase trabajadora (la que crea el excedente) y la clase dominante (la que se apropia del excedente) se desarrollasen a escala social, inaugurando así la era de los sistemas de dominación social. De este modo, junto con la neolitización, surgen la posibilidad para una jerarquización y centralización cada vez mayor del poder. Es decir, surge la posibilidad histórica del Estado, a través del cual una minoría o incluso un único individuo llega a disponer del control sobre la vida y el territorio de millones de personas.

Con todo, podemos afirmar que la neolitización abrió la posibilidad para organizar la vida social de dos formas totalmente antagónicas: las comunidades/pueblos por un lado, el Estado/Imperio por otro. Y son antagónicas, porque la acumulación de poder por parte del Estado tiene como único origen el trabajo y la vida de esas comunidades/pueblos, así como los recursos sobre los que habitan. De este modo, en adelante, se encontrarán en permanente disputa: el Estado/Imperio tratando de hacerse con las comunidades, tomarlas bajo su control; éstas en continua resistencia tratando de librarse de su dominio. Para nuestro contexto geopolítico, los primeros Estados primitivos surgieron en Mesopotamia, y aunque harían falta aún varios siglos para que

arribaran a estas tierras, la tensión dialéctica entre las comunidades/pueblos y el Estado, entendida como lucha de clases, se convertirá en el motor de la historia para los siguientes milenios.

Otro acontecimiento histórico de vital importancia para la lógica de la dominación, y que surgió en fechas similares, fue la aparición de patriarcado. Mediante la neolitización se pudo profundizar en la división sexual del trabajo, y así, en la función meramente reproductiva de las mujeres. Esto no implica que la neolitización, necesariamente, tuvo que dar como resultado un orden social patriarcal; existen ejemplos de comunidades y culturas agrícolas con altos niveles de paridad entre hombres y mujeres, y se cree que las primeras culturas neolíticas europeas tuvieron un carácter fundamentalmente matrilineal. Con respecto al Cantábrico oriental y los Pirineos, creemos que debieran de situarse en ese contexto; reconociendo la inexistencia de un supuesto matriarcado vasco, sí podemos prever la existencia de un modelo social matrilineal. Es decir, las mujeres ostentaban un papel central respecto a la propiedad y las relaciones de parentesco (matrilinealidad), pero sin desarrollar un sistema de dominación específico sobre los hombres (matriarcado). Lo más probable es que los primeros ejemplos de estructuras sociales plenamente patriarcales llegaran de la mano de los pueblos indoeuropeos procedentes del este de Europa. De este modo, para el final de la Edad del Bronce (hace 3.000 años), al menos los territorios circundantes, estaban dominados por pueblos con un claro carácter militarista y patriarcal, lo que sin ningún atisbo de duda generó un profundo impacto sobre los pueblos preexistentes. En este momento podemos establecer el inicio del patriarcado vasco. Como cualquier otro sistema de dominación, la imposición del patriarcado sucedió como proceso histórico complejo; la patriarcalización no se dio de un día para otro, sino que se necesitaron muchos siglos y generaciones para consumarla. Observamos aquí la apertura de otra tensión histórica; la que en adelante enfrentará a las estructuras patriarcales por un lado, y a la resistencia de las mujeres. Así, los vestigios de la matrilinealidad original perdurarán durante siglos, mientras que la resistencia de las mujeres brotará continuamente y de las más diversas formas. Rastrear todo esto y sacarlo a la luz en lo que respecta a la historia de Euskal Herria, es una de las tareas fundamentales a la que nos encomendamos.

Pero las implicaciones del patriarcado van aún más allá. Una vez que el modelo de familia patriarcal se generaliza, la familia se convierte en un espacio atravesado por la violencia patriarcal. En adelante, generación tras generación, en ese primer espacio para la socialización que es la familia, cada nueva generación observará y aprenderá cómo la humillación, la opresión y la apropiación de las mujeres sucede de forma normalizada. Podríamos decir que es esa apropiación del cuerpo y el trabajo de las mujeres la primera manifestación histórica de la propiedad privada. Como consecuencia, en la mentalidad de esas niñas y niños, la violencia, la opresión y la apropiación individual pasan a ser una forma normalizada mediante la que entender la relación entre las personas. Una vez superados los límites de la familia, esa mentalidad patriarcal generó las condiciones idóneas para la creación y expansión del propio Estado. De hecho, esos primeros Estados se constituyeron como reflejo a escala social del macho dominante, y así puede observarse, a lo largo de los siglos, en la lógica y organización internas de los Estados e Imperios. Por lo tanto, entendemos que la mentalidad patriarcal es uno de los pilares fundamentales que permite el despliegue de la dominación a escala social. Es decir, el patriarcado, además de servir para la reproducción material del resto de sistemas de dominación (convirtiendo a las mujeres en meros objetos reproductivos), pasa a ser igualmente necesario para la reproducción ideológica de los mismos.

De vuelta a lo que hoy conocemos como Euskal Herria, a medida que avanzan la Edad del Bronce y del Hierro, las estructuras patriarcales se van desarrollando y aumenta la jerarquización de los grupos sociales. Con la aparición de las primeras castas y jefes tribales, se empieza a extender la propiedad privada, a pesar de que la propiedad comunal es aún generalizada. Del mismo modo, la acumulación de poder es aún limitada como para dar lugar a una estructura estatal, y aún dominan las estructuras tribales. No obstante, con la llegada del Imperio Romano, hace 2.000-2.200 años, se da un salto cualitativo en esas tendencias y podemos decir que se abre una nueva fase histórica. Por primera vez en la historia, llega a estos territorios un sistema de dominación organizado a nivel continental; el primer Estado. A diferencia de otros territorios circundantes, en el nuestro no se dio una guerra de invasión, sino que gracias al colaboracionismo de los caudillos locales se acordó el establecimiento de las estructuras romanas. La disposición y el ánimo con el que las oligarquías locales tenderán a facilitar la relación con las fuerzas de ocupación, será en adelante una constante en los territorios vascos. Por lo demás, los romanos crearon las primeras ciudades importantes, integradas en un sistema de infraestructuras y mercantil desarrollado. El patriarcado y el militarismo avanzaron de forma significativa, acelerando la opresión de las mujeres y profundizando en la ideología de la dominación. El monoteísmo cristiano también llegó de la mano del Imperio Romano, así como la primera división administrativa de los territorios vascos. Por su parte, la romanización adquirió un mayor grado de intensidad en las llanadas y valles de la vertiente mediterránea, en lo que los romanos llamaron *ager*. En las áreas atlánticas y más montañosas, conocidas como *saltus*, a pesar de que su presencia fue relevante (sobre todo en la zona y zonas mineras), el proceso de romanización no adquirió tanta intensidad. Como consecuencia, en esas zonas montañosas las comunidades campesinas pudieron sobrevivir al mantener ciertas características lingüísticas y culturales (entre otras, probablemente, vestigios de la matrilinealidad original). Fueron erosionadas y transformadas profundamente, por su puesto, pero no desaparecieron completamente.

La caída del Imperio Romano abrió las puertas a la Edad Media, y en esa transición tuvieron especial relevancia las Bagaudas. En un momento en el que el Imperio se encontraba en una crisis profunda y terminal, la lucha de clases tomó la forma de rebelión generalizada; esclavos huidos, desertores, campesinos empobrecidos, pueblos oprimidos... a lo largo y ancho del Imperio se produjeron revueltas populares en contra de los grandes terratenientes y los representantes del Estado. Siendo un periodo que requiere de una mayor investigación, entendemos que la Euskal Bagauda fue el primer intento revolucionario en la historia de los territorios vascos. Entre los años 450-636 la inestabilidad y las guerras fueron generalizadas, de las que se derivaron dos consecuencias de gran relevancia. Por un lado, las estructuras estatales se debilitaron, impulsando un proceso de descentralización del poder y el decaimiento de las ciudades, algunas de las cuales llegaron a desaparecer. Esto impulsó el florecimiento de las comunidades campesinas libres. Por otro lado, la necesidad de autodefensa empujó a la unión de las tribus vascas, acelerando el proceso de etnogénesis y asegurando la supervivencia del euskara. Por primera vez, delimitado por las fortificaciones defensivas francas y visigodas, se denomina a este rincón del Cantábrico como Vasconia.

Poco a poco, el poder feudal fue organizándose sobre esas comunidades campesinas. El cristianismo, que por aquel entonces se había extendido ya por todo el territorio, jugó un papel fundamental en ese proceso. Gracias al cristianismo también se completó la

implantación definitiva del patriarcado. De este modo, las nuevas clases dominantes se apresuraron, una vez más, a centralizar el poder, y comenzaron a articularse dentro del marco de la monarquía feudal. En ese contexto hay que considerar el surgimiento del Reino de Navarra. Muchas se afanan, una y otra vez, en ensalzar a Eneko Aritza y al Reino de Navarra, y qué duda cabe de su relevancia histórica para Euskal Herria. Sin embargo, al igual que cualquier otro reino, este también se sostenía sobre la lógica de la dominación. En ese sentido, debíamos de investigar la rebelión que los campesinos de Falces llevaron a cabo en 1357, la de Mixa y Ostibarre en 1369, la de Milutze en 1405ean, o la de Iruña, en diciembre de 1386, en la que el alzamiento se alargó durante 22 días. Estas revueltas estaban motivadas por los impuestos excesivos y dirigidas en contra de la élite económica, a lo que los dirigentes navarros respondieron con represiva dureza. Si analizamos la situación más allá del idealismo romántico, “nuestro” reino no era más que lo que podía ser una monarquía feudal de la época; una sociedad estamental y jerarquizada, cuyos dirigentes trataban de gestionar el poder de la forma más centralizada posible. Más aún; ese poder monárquico estaba en constante pugna y tratando de usurpar las estructuras democráticas que realmente guardaban la soberanía popular; el batzarre o concejo y la comunidad (heredados del comunismo primitivo original y que aún sobrevivían en las comunidades campesinas). Está claro que con la conquista por parte del Reino de Castilla, la situación no hizo más que empeorar, ya que la extensión y arraigo de las estructuras feudales en el Reino de Navarra era algo más débil. Sin embargo, la competencia entre diferentes poderes feudales, no puede ocultar que en el propio Reino de Navarra existía una tensión de clase fundamental; la que enfrentaba a las comunidades campesinas libres y al poder feudal.

A medida que avanzaba la Edad Media fue acumulándose otra tensión; la existente entre la burguesía y el poder feudal. De hecho, una serie de circunstancias que van sucediendo a partir del siglo XIII comienzan a configurar la forma social y económica que tendrá Euskal Herria en la actualidad. Por un lado, la expansión hacia el sur del reino castellano a costa de los musulmanes, aumenta la producción de lana, que a su vez requiere de una salida marítima para su exportación a Europa. Dicha salida marítima se establecerá prioritariamente en la costa vasca. De forma paralela, los avances tecnológicos en la industria metalúrgica propician el desarrollo de la tecnología hidráulica. Así, los valles atlánticos, que hasta entonces tenían una relevancia económica reducida, pasan a ocupar una posición privilegiada en la producción del hierro: ríos y arroyos de abundante caudal por doquier, grandes bosques para la producción de carbón y vetas de hierro de gran calidad y fácilmente accesibles. A lo largo de esos valles se empiezan a multiplicar las ferrerías, desarrollando una protoindustria metalúrgica. Además de todo esto, con el aumento del tráfico marítimo aumenta también producción de sidra y la construcción naval; a lo que se suma la fundación de la mayoría de Bizkaia y Gipuzkoa que se produce a partir de esta época. Como consecuencia de todo esto, la actividad económica, y por tanto, la acumulación de poder, se va trasladando a la vertiente atlántica a través del eje Norte-Sur (previamente había sido dominante el eje Este-Oeste, por Iruña y Gasteiz). Como era de esperar, la protoburguesía comercial que comienza a prosperar en las jóvenes villas va adquiriendo cada vez más poder e influencia.

En este punto hay que recordar que para esta época Araba, Bizkaia y Gipuzkoa están ya bajo el dominio de la corona de Castilla, y que fue, precisamente, el rey de Castilla quien fundó gran parte de esas villas. De esto se derivan, al menos, dos circunstancias que en el futuro serán de gran relevancia. Por un lado, se profundiza y se asienta la

escisión entre las provincias Vascongadas y Navarra. Por otro, mediante la fundación de las villas el rey de Castilla concede una serie de derechos y privilegios a esos primeros burgueses, en tanto en cuanto las villas quedaban fuera del control y la jurisprudencia de la nobleza local. Con todo, se establecen las bases para una alianza de vital y estratégica importancia para los siguientes siglos; la alianza entre la oligarquía vasca (principalmente vascongada) y Madrid. En adelante, esa oligarquía vasca (cada vez más burguesa), será fundamental a la hora tanto de impulsar las reformas liberales, como de facilitar la integración y asimilación de los territorios vascos dentro del Estado-Mercado español. También es de destacar el papel que jugará al servicio de la expansión imperialista de la corona española.

A principios del siglo XVI, con la invasión castellana de lo que queda del Reino de Navarra, comienza la fase final de su completa desintegración y asimilación. Se consuma la división administrativa entre Hego e Ipar Euskal Herria, y aunque al norte de los Pirineos el reino sobrevive unas décadas más, para principios del siglo XVII termina diluyéndose definitivamente dentro de Francia. Se imponen los límites administrativos francés y español, y comienza a configurarse el carácter imperialista moderno que esas dos potencias desarrollaran en los próximos siglos. En lo que respecta a Hego Euskal Herria, la conquista de América y la expansión del Imperio Español, espolea la tendencia mercantilista iniciada al final de la Edad Media. En ese contexto, España comienza a dar pasos cada vez más firmes hacia su cohesión interna como mercado, su homogeneización cultural y su centralización política. Es en esa época también que se pone en marcha la Inquisición, nueva fase represiva en contra de las comunidades campesinas libres. Conocida también como caza de brujas, su objetivo no era otro que el acabar con los restos de autonomía y libertad que las mujeres aún conservaban tras siglos de imposición patriarcal. De esta manera, la Inquisición supuso un salto cualitativo en la apropiación del cuerpo y el trabajo de las mujeres, y estableció las bases que posibilitarían generalización de la acumulación capitalista durante los próximos siglos. Por lo demás, todas estas transformaciones también tuvieron su profundo impacto en general en las comunidades campesinas: sobre todo en la vertiente cantábrica, a través de la protoindustria ferrona y sidrera, estas comunidades fueron paulatinamente mercantilizándose. El poder económico que les proporcionaron esas actividades posibilitaron la construcción de grandes casonas de piedra, y de esta forma, apareció el baserri por primera vez en el paisaje de Euskal Herria. Aunque parezca paradójico, esas casas de piedra que tan idealizadas tenemos en la actualidad, no representaron más que el inicio de la fase de desintegración de la sociedad campesina. Aún la economía natural seguiría estando a la base de esas comunidades durante siglos, articulada en torno a la producción directa autosuficiente y la propiedad comunal, pero la tendencia a la erosión de dichas estructuras sería ya irreversible.

Para comienzos del siglo XVIII el Imperio Español entra en decadencia y provoca una profunda crisis en el tejido económico construido a sus expensas en Hego Euskal Herria, lo que incrementa la tensiones de clase. En ese contexto, la burguesía, que ha ido incrementando su poder económico y político, empuja constantemente a favor de reformas liberales que faciliten la acumulación de capital. Estas aspiraciones chocan contra los estamentos feudales de las zonas rurales, pero también contra de las comunidades campesinas que sobreviven bajo su dominio. A todo ello, hay que sumarle la aceleración del proceso de centralización y homogeneización que impulsa la corona española, y que pone en jaque las particularidades forales que aún conservan los territorios vascos. Esta combinación dio paso a una época convulsa, caracterizada por

las “matxinadas”; una serie de levantamientos populares impulsados por las clases populares preindustriales. Los matxinós, eran fundamentalmente campesinos, aunque los ferrones también jugaron un papel muy relevante (el nombre “matxinada”, procede del San Martín, santo de los ferrones). En algunas crónicas de la época se destaca la importancia que tuvieron las mujeres, tanto a la hora de organizar como de participar en las revueltas, lo que nos empuja a investigar si las comunidades rurales de la época pueden considerarse como espacios en los que las mujeres aún conservaban cierto grado de libertad. Por lo común, las matxinadas partían de las áreas rurales y se dirigían a las ciudades, centrando su ira en comerciantes, burgueses y en general en la élite político-económica. Las matxinadas más sonadas fueron las de 1718 y 1766: la primera comenzó motivada por el traslado de las aduanas del interior del país a la costa, en contra de lo dictaminado en los fueros. La segunda se desató por la especulación en torno al mercado de cereal. Además, son de destacar la de 1631 en Bizkaia, por el impuesto sobre la sal establecido en contra del fuero; la de 1739 en Azpeitia por el precio del pan; o la de 1804 en Bizkaia en contra del servicio militar obligatorio. En Ipar Euskal Herria las tensiones también fueron en aumento durante esos siglos, y cabe recordar la matxinada que dirigió Matalas en el año 1661. Siguiendo con su política centralizadora, el rey de Francia inhabilitó el Fuero de Zuberoa y repartió las tierras comunales entre la nobleza colaboracionista, lo que propició la organización de una milicia revolucionaria compuesta por miles de campesinas. Expropiaron las tierras usurpadas y las repartieron entre las campesinas, reivindicaron la libertad de Zuberoa, quemaron y saquearon las casas de nobles y burgueses, y finalmente sitiaron el castillo de Maule. Fue necesario el envío de ejército y mercenarios desde Burdeos para acabar con la matxinada a sangre y fuego.

Ya en el siglo XIX, la tensión entre la burguesía, las comunidades campesinas, los señores feudales y los intereses centralista de España siguieron aumentando y desembocaron finalmente en lo que se conoció como las Carlistadas (1833-1876). En realidad, se trató de una Guerra Civil en dos tiempos y supuso la culminación y cierre de la época de las matxinadas. El resultado de la contienda fue claro, con la burguesía vasca y el Estado liberal español como principales vencedores. Esto acarreo consecuencias de gran calado; entre ellas, la desarticulación completa de la estructura política premoderna, incluidos los fueros. Se impuso así el Estado burgués español de forma definitiva, dentro de cuyo marco administrativo, la división entre Vascongadas y Navarra no hizo más que perpetuarse. Por su parte, la mitología autonomista ha solido vender la firma del Concierto Económico en 1878 como un triunfo, ya que suponía la aceptación de la “especificidad vasca”. Sin embargo, dicho acuerdo no supuso más que un sucio mercadeo, del que oligarquía vasca, ya completamente burguesa, salió fuertemente beneficiada. Fue firmado con el único interés de tomar la mejor posición posible ante la nueva fase industrial del capitalismo que estaba por abrirse. Además, bajo la amenaza de un ejército de ocupación extranjero, un acuerdo de este tipo no podía más que facilitar el proceso de asimilación e integración en España. De esta forma, también quedó al descubierto el carácter militarizado que el capitalismo requeriría para su desarrollo en estos territorios durante las próximas décadas.

Por lo demás, mediante las desamortizaciones llevadas a cabo también a mediados del siglo XIX, la propiedad privada tomó bajo su control los últimos espacios que estaban a su alcance; los montes comunales. Igualmente, el trabajo de las comunidades campesinas pasó a ser apropiado cada vez más mediante mecanismos mercantiles; el pago de rentas e impuestos, por ejemplo, se fue monetarizando, y con ello, la necesidad



de dinero aumentó entre las clases populares. La mercantilización y la proletarización aumentó en la sociedad campesina y así, la fuerza de trabajo fue dando los últimos pasos para convertirse en mera mercancía. Así, se establecieron las bases para la dominación capitalista.

A su vez, la derrota sufrida tras las carlistadas supuso un gran golpe para el euskara y en general para la forma de vida campesina, propiciando, a modo de reacción el nacimiento del nacionalismo vasco. Frente a la corrupción material y sobre todo espiritual que acompañaba a la modernidad capitalista, se comenzó a ensalzar la vida tradicional de las comunidades campesinas como garante de las “esencias vascas”. Aunque la justificación política se sostenía en la mayoría de los casos en razonamientos esencialistas de tipo racial, bajo la proyección romántica que se hacía de la vida campesina, no yacían más que los vestigios del comunismo primitivo, existentes aún gracias a la resistencia histórica de las comunidades campesinas libres. Qué duda cabe que para el siglo XIX, lo que tenían ante sí no era más que una muestra completamente fragmentada y residual de lo que una vez existió, ya que esas mismas comunidades se encontraban atravesadas ya por completo por las diferentes opresiones a las que habían sido sometidas a lo largo de la historia. Aún así, se convirtieron en un espacio de referencia.

De igual modo, el nacionalismo vasco halló otra de sus principales fuentes de inspiración en la abolición de los fueros. Aunque para esa época estuvieran también desfigurados, se trata aquí también de los derechos y libertades consuetudinarias de esas comunidades campesinas, defendidas durante siglos frente a la acumulación de poder centralizadora, primero feudal y luego burguesa. Cabe subrayar aquí que las vascas no fuimos las únicas en llevar a cabo ese tipo de resistencias; al contrario, a lo largo del proceso de constitución del Estado Español, fueron numerosos los levantamientos populares que siguieron a diferentes aboliciones de fueros y en general a medidas centralizadoras en contra de las comunidades campesinas (Castilla, Aragón, Cataluña...). En cada uno de esos levantamientos se podían intuir los pulsos de una patria: la rebelión de las oprimidas, la resistencia de las comunidades campesinas en defensa de la vida comunal y sus instituciones populares y verdaderamente democráticas. En muchos de los casos, el Estado pudo aplastar la resistencia, acelerando la asimilación tanto material como ideológica de las comunidades. En el caso de las vascas, lo que nos distinguió fue la capacidad de mantener esa resistencia durante más tiempo; esto es, la capacidad para sostener una correlación de fuerzas favorable en el marco de la lucha de clases histórica. Al menos hasta finales el siglo XIX, cuando esa resistencia pudo reformularse al entrar en contacto con las nuevas corrientes ideológicas desplegadas por la modernidad.

Con todo, aunque el incipiente nacionalismo vasco centró su atención en la sociedad campesina euskaldun (baserritarra), las muestras del comunismo primitivo estaban también presentes en otras zonas de Euskal Herria. Estas eran sobre todo patentes en zonas montañosas, aquellas que a lo largo de la historia habían quedado más alejadas de los centros de poder centralizador. Una vez más, si analizamos la situación más allá del etnocentrismo propio de tantos nacionalismos, nos percataremos de cómo a lo largo del Estado español y del resto de Europa eran abundantes las muestras de comunismo primitivo que aún persistían en las sociedades campesinas. En muchos de estos lugares, bajo el contexto de naciones imperialistas y empujados también por la ceguera desarrollista y modernizadora de los incipientes movimientos

progresistas/revolucionarios, gran parte de esa reacción a la modernidad desembocó en la filas de movimientos reaccionarios. En nuestro caso, al igual que con otros pueblos oprimidos y en el contexto de las luchas de liberación nacional, a medida que avanzaba el siglo XX pudo ir adquiriendo una dirección más revolucionaria.

Para finales del siglo XIX, aún estando dispuestas las bases para el desarrollo del capitalismo en su fase industrial, Euskal Herria sigue siendo un pueblo campesino. La población trabajadora, aunque sea en una fase avanzada de desintegración, está concentrada en su mayoría en las áreas rurales. No obstante, la industrialización ya estaba en marcha, comenzando por la ría de Bilbao, y esto provocó el surgimiento de una nueva clase social, el proletariado industrial. Provenientes de áreas rurales tanto euskaldunes como castellano parlantes, miles de trabajadoras desposeídas comienzan a concentrarse, de la mano del capitalismo, en torno a las fábricas y las ciudades. Esto genera nuevas tensiones de clase y frente a ello, nuevas condiciones para el desarrollo de la conciencia revolucionaria. Respecto a la situación de las mujeres, el capitalismo asimila, en su fase industrial, el modelo patriarcal para la reproducción de la fuerza de trabajo. Así, si en las comunidades campesinas aún podía quedar diluida la división entre producción-reproducción ahora, a través de sueldo que recibe el hombre, dicha división queda plenamente escindida. Como consecuencia, la situación de las mujeres empeora sustancialmente; en los núcleos familiares es el hombre el que recibe la principal fuente de dinero, lo que profundiza en la división entre lo público y lo privado. Todo esto no hace más que agudizar la dominación patriarcal.

De este modo, en mayo de 1890 se produce, de la mano los mineros de Bizkaia, la primera huelga general dirigida por el proletariado. Aún faltan varias décadas para que la clase trabajadora industrial conforme la mayoría de la sociedad vasca, pero ya está en marcha la clase capaz de organizarse a escala social, tomar conciencia de sí misma y marchar en dirección revolucionaria. Estamos en los primeros pasos del socialismo, completamente imprescindible para que en adelante el nacionalismo pueda tomar una dirección revolucionaria. Respecto a Iparralde, la situación es muy distinta; sin industrialización no se produce un desarrollo interno. Las comunidades campesinas precapitalistas se van desintegrando, pero no se generan las condiciones que permitan desarrollar la conciencia de clase en un contexto ya completamente capitalista. Los jóvenes migran a América o a París, o son utilizados como carne de cañón en la guerra (I Guerra Mundial), lo que acarrea profundas consecuencias. Además, tras la Revolución Burguesa de 1789, se va construyendo un Estado Francés centralista y jacobino que logra mucha legitimidad. En ese contexto, con una población juvenil menguante, aumentan las posibilidades para que se imponga el pensamiento reaccionario y empeoran las condiciones para la transformación social.

El siglo XX siguió por derroteros similares; la industrialización avanzando y las comunidades campesinas en una crisis cada vez más profunda. El levantamiento fascistas del 36 y la posterior Guerra Civil, además de suponer un fuerte golpe para el nacionalismo vasco, también conllevó la ralentización de esas tendencias. De hecho, el retroceso que la posguerra provocó en el desarrollo capitalista, posibilitó el despliegue final, a modo de epílogo, de las comunidades campesinas. No durarían mucho; el renovado impulsó con el que se retomó el desarrollo capitalista-industrial a partir de la década de los 60 terminaría por aplastarlas bajo su avance imparable. Con ello, podemos dar por extinta la única forma de comunismo realmente existente que ha conocido Euskal Herria hasta el día de hoy. Aunque para ese momento estuvieran ya

fuertemente erosionadas (patriarcado, fundamentalismo cristiano, las cicatrices de la dominación feudal, el deterioro tras las primeras fases del capitalismo), las comunidades campesinas aún mantenían ciertas características propias de la vida libre; la propia comunidad, la economía natural, el auzolan, la lógica para relacionarse colectivamente, en algunas comarcas aún los montes comunales e instituciones democrático-comunales (concejos, batzarres)... Aún estando ciertamente desfigurada, esa línea de continuidad procedente del neolítico quebró definitivamente. Con ello, la dicotomía histórica existente entre la ciudad (Estado) y el campo (comunidad) quedó definitivamente disuelta, pasando ambas a ser subsumidas por la metrópoli (Estado-Capital). Así, con el patriarcado a su base, la lógica del capital tomó Euskal Herria por completo.

Fue ese un momento a todas luces trascendental para Euskal Herria. La desintegración definitiva de la sociedad campesina baserritarra supuso un profundo trauma para las generaciones jóvenes de la época. Ese trauma, bajo las condiciones generadas por la dictadura franquista, logró fusionarse con la potencialidad revolucionaria desatada por el nuevo proletariado industrial. La conciencia nacional por un lado, junto con la conciencia de clase por otro, en el marco de un estado opresor como el español, creó una combinación explosiva: Euskadi Ta Askatasuna. Estábamos ante el inicio de una nueva fase histórica.

## **El Movimiento de Liberación Nacional Vasco: lecciones para el futuro**

*Traducción al castellano del texto, [Euskal Nazio Askapenerako Mugimendua: etorkizunerako irakaspenak](#)*

En el último texto que publicamos, dedicado a [la historia de la lucha de clases en Euskal Herria](#), cerramos el análisis en la apertura del ciclo político que nos ha traído a la situación actual. Pasada la mitad del siglo XX y, especialmente con la creación de ETA (1958), la perspectiva progresistas y de izquierdas fue adquiriendo cada vez más relevancia dentro del movimiento abertzale. No se trataba de un fenómeno nuevo, ya que antes del alzamiento franquista del 36 existían ya expresiones organizativas e ideológicas que desde el abertzalismo apuntaban en esa dirección. EAE-ANV fue quizá el ejemplo más destacado. Sin embargo, no fue hasta la década de 1960 que el socialismo terminó por enraizar definitivamente en el mundo abertzale, que por lo general hasta ese momento, al abrigo del PNV, podemos considerarlo en muchos sentidos reaccionario. Para entonces, el desarrollo industrial ya estaba extendido por muchas comarcas de Euskal Herria, y la lucha obrera bullía por las calles de nuestros pueblos y ciudades, bajo la férrea amenaza de la represión franquista. Por su parte, ese mismo régimen de Franco, que había arremetido violentamente contra la cultura vasca y el movimiento abertzale desde el fin de la Guerra, avanzaba inexorablemente hacia una profunda crisis económica y política. En ese contexto, y con el decidido impulso de una nueva generación abertzale y combativa, se aceleró la tendencia a fusionar la conciencia de clase dentro del marco de la liberación nacional. En el seno de una organización revolucionaria como ETA, se pudo desencadenar todo el potencial liberador que esa combinación guardaba en su interior. Quedaban así establecidas las bases del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV); se ponía en marcha el movimiento que, tomando como eje la independencia y el socialismo, vertebraría la lucha revolucionaria en Euskal Herria durante las próximas décadas.

Llegados a este punto podríamos analizar toda la génesis y desarrollo del MLNV, ya que son numerosos los elementos para el análisis y reflexión que podemos encontrar a lo largo de ese ciclo político que se alargó durante 50 años. Sin embargo, desde la perspectiva actual hoy nos gustaría centrar el análisis hacia el final de dicho ciclo político. En concreto, en el momento en el que la estrategia del MLNV se va agotando, y ante la incapacidad de reinventarse a sí mismo, toma el camino de la desintegración. Tal y como mencionamos [en nuestro primer texto](#), es indudable que a medida que se consumaba la derrota del MLNV (con el cambio de siglo), el sector socialdemócrata fue tomando el control político de lo que se venía denominando como Izquierda Abertzale y desplazó todas sus estructuras al espectro ideológico reformista. Por el contrario, no es menos cierto que el reformismo no hizo más que aprovechar la ocasión lo mejor que pudo; las claves para entender la derrota histórica deberemos hallarlas en el socialismo abertzale revolucionario. En concreto, en su incapacidad para llevar a término sus objetivos. Ahí es donde queremos colocar el análisis de hoy. Y es que para las que tenemos la mirada puesta en la apertura de un nuevo ciclo político revolucionario, es un trabajo fundamental entender las claves que provocaron el agotamiento y la desarticulación del ciclo anterior, y sacar las lecciones pertinentes de ello. ¿Cuáles son, por tanto, los errores que cometió el socialismo abertzale revolucionario? ¿Cuáles las razones del colapso estratégico?

En primer lugar, debemos de prestar atención a factores externos al propio MLNV, que van más allá de sus dinámicas internas, y que sin duda han condicionado el contexto socio-económico y político de Euskal Herria en las últimas décadas. Entre ellos, cabe que subrayar la profunda transformación socio-económica que se ha producido en sociedad vasca en los últimos 60 años. Así, la crisis mundial de 1973 supuso el punto de partida para la desindustrialización y la reforma neoliberal en nuestra tierra. Para la década de los 90, el nuevo ciclo económico había transformado de arriba abajo la composición de clase de la sociedad vasca. Tal y como analizaremos en los siguientes textos, la contradicción entre capital y trabajo seguía vigente (como lo sigue estando hoy en día), pero las condiciones materiales y subjetivas que constituían la clase trabajadora se habían transformado completamente. Como consecuencia de tal transformación, el proletariado industrial, a cuya vera despegó la lucha revolucionaria en los inicios del MLNV, aparecía cada vez en una proporción menor dentro de la sociedad vasca.

Del mismo modo, con el paso de los años se fue consolidando el cambio de régimen en el Estado español. De la dictadura militar a la democracia liberal, el régimen español logró legitimarse por la vía electoral sin necesidad de ruptura alguna. Una legitimación y cohesión interna que no hizo más que acrecentarse con la entrada en la Unión Europea. En el mismo sentido, en Euskal Herria el autonomismo fue logrando un nivel de arraigo cada vez mayor. No era posible un estado independiente dentro del Estado español, pero sí ir desarrollando estructuras de estado. La burguesía vasca, una vez más de la mano del PNV y en alianza con el poder central de Madrid, se lanzó a esa construcción, cuyo objetivo principal no era otro que la asimilación de Euskal Herria en el marco autonomista español. Así, según iban pasando los años, para muchas vascas fue aumentando la simpatía hacia ese marco administrativo impuesto; teníamos “nuestro gobierno” (Eusko Jaurlaritza), “nuestra policía” (Ertzaintza) o “nuestros medios de comunicación” (EITB). Todo esto impulsó una transformación político-cultural en la sociedad vasca que no podemos ignorar, y que con los años traería graves consecuencias para el movimiento revolucionario. La conciencia obrera y combativa que una vez estuvo generalizada en grandes capas de la población, fue poco a poco sustituida por una la conciencia ciudadanista y cosmopolita; el pensamiento y la ideología burguesa estaban cada vez más extendidos en nuestros pueblos, barrios y ciudades. Más allá del contexto político particular a nivel autonómico y estatal, el desarrollo del estado del bienestar también tuvo mucho que ver a la hora de condicionar la subjetividad de la clase trabajadora. Como conclusión de todo ello, la sociedad vasca pasó de una cultura de la resistencia a una cultura de la falsa convivencia forjada a expensas de un conflicto social y nacional aún sin resolver.

Por otro lado, la represión también ha sido otro factor externo que ha condicionado enormemente al MLNV. Más allá de la “transición”, la actividad represiva del Estado español continuó sin mayores modificaciones. Con el paso de los años, sin embargo, la persecución policial aprendió a abordar la labor represiva desde una perspectiva más selectiva, más quirúrgica; de golpear directamente a amplios sectores de la sociedad vasca en su conjunto, paso a centrarse en los elementos y estructuras específicas del MLNV: operaciones policiales constantes, detenciones de cuadros, ilegalizaciones, golpes a organizaciones, torturas salvajes, condicionamiento de las movilizaciones callejeras... En las Vascongadas, la Ertzaintza y el PNV fueron constituyéndose como colaboradores indispensables en esa tarea; en Ipar Euskal Herria, de forma similar, la coordinación policial con el Estado francés fue siendo cada vez más estrecha. Si a todo esto le sumamos el sistema de euro-órdenes que se puso en marcha a nivel europeo y la lucha que se emprendió contra el “terrorismo global” tras el atentado de las Torres

Gemelas, cada vez se hizo más difícil llevar adelante la actividad revolucionaria en condiciones adecuadas.

Por último, no podemos dejar de mencionar los cambios que sucedieron en el escenario geopolítico e ideológico internacional. Con la caída de la URSS el neoliberalismo pudo tomar una dimensión mundial sin ningún tipo de obstáculo, abriendo las puertas a la Globalización. Parecía que la lucha de clases estaba históricamente agotada y la mayoría de movimientos socialistas y revolucionarios se quedaron sin rumbo ideológico. Al mismo tiempo, en las academias universitarias se iban desarrollando nuevas propuestas ideológicas dentro del paisaje progresista y de izquierdas, muchas de ellas en torno al marco de pensamiento posmoderno. A ese respecto, debemos de conceder a dicha corriente haber sabido aportar ciertos elementos a la perspectiva de género, trayéndola al centro del panorama político, así como aportaciones en torno a la concepción de las relaciones de poder. Aún así, en el contexto de los movimientos revolucionarios, la posmodernidad hizo las veces de licuadora ideológica, sirviendo en bandeja a la ideología burguesa y liberal la posibilidad de parcializar y disgregar la perspectiva revolucionaria. Un resultado a todas luces desastroso.

Con todo, para inicios del siglo XXI, el MLNV se encontraba sin duda ante la necesidad de repensar y reconstruir la estrategia revolucionaria; lo que obviamente nunca llegó a suceder. Al igual que en muchos otros movimientos revolucionarios, en el nuestro también (quizás un poco más tarde) se terminó tomando el camino reformista, con la socialdemocracia y el institucionalismo burgués a la cabeza. Es cierto que el contexto había cambiado de raíz y que el reformismo jugó bien sus cartas. Pero como hemos subrayado anteriormente, la incapacidad para dar una respuesta revolucionaria ante las nuevas condiciones es responsabilidad únicamente de las revolucionarias. En nuestra opinión, los errores y carencias que para entonces se habían ido acumulando durante años dentro del MLNV, hicieron imposible revertir la situación en el momento que correspondía. Era responsabilidad de nosotras las revolucionarias identificar y corregir esas carencias, pero, por diferentes razones, no ocurrió así. Por eso, los fallos y carencias que enumeramos a continuación, más que como ataque, las subrayamos en nuestro análisis como autocrítica. Se trata, además, de tendencias que siempre van a aflorar en los movimientos revolucionarios y que, por tanto, habremos de tener muy presente en el futuro si no queremos repetir los errores del pasado:

- **Formación.** Por diversas razones, el peso que adquiría la formación en el proceso militante fue disminuyendo, llegando a cumplir una función cada vez más secundaria. Hay que entender la importancia central de la formación más allá del intelectualismo; para entender la realidad de manera crítica y para actuar en ella en una dirección revolucionaria, es imprescindible la formación básica de los nuevos cuadros, así como profundizar en la formación de las que ya están en el movimiento. Las carencias que fueron generalizándose en la formación básica alimentaron una actitud acrítica, una confianza ciega en las estructuras y el corporativismo. Como consecuencia, a la hora de reinventar el movimiento en claves revolucionarias o a la hora de hacer frente al reformismo, se impusieron la incapacidad y la pasividad.
- **Ética revolucionaria.** La revolucionaria no debe solo pensar y decir; también ha de hacer. Y demasiadas veces, esa práctica no ha ido acorde con los valores revolucionarios que se teorizaban. Qué duda cabe que, dependiendo del contexto, la militante revolucionaria debe aprender a vivir con la contradicción; pero al mismo tiempo debe ser el reflejo revolucionario de esos valores por los que luchamos. El cuadro revolucionario debe estar en un esfuerzo constante por materializar en sí mismo y en el movimiento esa vida libre sin propiedad privada ni dominación. En ese sentido, el compromiso y la ética militante han tenido relevancia dentro del MLNV, pero por

diferentes razones no se le ha ofrecido la centralidad que requería. Son ejemplo de ello las actitudes patriarcales, individualistas, agresivas y arrogantes, consumistas... que se han reproducido entre las militantes. En muchos sentidos, el mismo movimiento fue un mero reflejo de la sociedad patriarcal y capitalista de la que partía.

- Perspectiva de clase. Al igual que con la formación, conforme avanzaban los años, se fue dejando de lado la importancia de la cuestión de clase y ésta pasó a ser un objeto de estudio sectorial. No hemos de olvidar que la perspectiva de clase es la mejor vacuna contra el pensamiento burgués y liberal; la clave para entender y superar las raíces de la dominación, y por tanto, la garantía de que el camino revolucionario se mantendrá siempre a favor de las oprimidas. Además de eso, y partiendo de las lecciones del proceso de lucha e historia que había ido acumulando durante a lo largo de las décadas, el movimiento perdió la oportunidad de impulsar una teoría unificada para la revolución socialista vasca. Tampoco llegó a realizarse un diseño estratégico de la lucha de clases que debía darse en Euskal Herria. De este modo, la unidad estratégica y organizativa fue rompiéndose paulatinamente, lo que fue acumulándose como carencia estructural dentro del movimiento.

- La debilidad de las organizaciones socialistas-revolucionarias. Unido a lo anterior, dentro del MLNV han convivido diferentes sensibilidades de izquierdas, empezando por las tendencias libertarias hasta las socialdemócratas, pasando por el comunismo o el socialismo abertzale. Ya sea por la represión, ya sea por cambios sociales y económicos más profundos, la posición, teoría y organización socialista-revolucionaria fue perdiendo peso dentro de la izquierda abertzale, mientras se iban fortaleciendo paradigmas, militantes y organizaciones ubicadas en coordenadas reformistas.

- Burocratización. La dirección política, junto con la figura de las liberadas, se fue burocratizando. En sí mismo, la figura de la liberada es esencial para cualquier proceso revolucionario; así ha sido en el nuestro, y durante años el mayor nivel de compromiso y las condiciones de vida más duras han recaído sobre las liberadas. Sin embargo, con los años (y sobre todo a partir del cambio de estrategia) esa condición se fue distorsionando; de suponer la figura de mayor responsabilidad y sacrificio revolucionario, pasó a representar un mero cargo político asalariado. De la misma manera, la falta de transparencia impulsó el corporativismo, al tiempo que la falta de información obstaculizaba el debate. Las dinámicas de nivel nacional tomaron preferencia frente a las de nivel local y se fue reduciendo la diversidad y flexibilidad organizativa que había sido característico de ciertos sectores del MLNV. Se iban generalizando las condiciones para el dirigismo y los personalismos, o sea, las condiciones para tomar decisiones cada vez más por encima de la base social.

- La alianza nacional con la burguesía vasca. Ésta ha sido una de las mayores tensiones que se ha dado al interior del MLNV: Txiberta, Lizarra-Garazi, la unidad de fuerzas soberanistas de los últimos años... Esto es, aliarse con la burguesía vasca para construir el Estado burgués vasco primero, y luego ya avanzaremos hacia el socialismo; o construir la independencia y el socialismo mediante el proceso de lucha en sí mismo, tomando la independencia de clase como punto de partida. Los acontecimientos de los últimos años nos muestran que ha terminado por imponerse la primera opción. Aunque hay mucho que decir en este tema, nos gustaría recalcar lo siguiente. A día de hoy caben pocas dudas de que no se calibró adecuadamente el papel que el PNV debía jugar en todo esto y la capacidad política que ha mostrado como agente político. De hecho, hasta el momento podemos asegurar que siempre ha estado cómodo en el autonomismo y nunca ha tenido un interés real en crear un Estado burgués en Euskal Herria. El Estado español siempre ha protegido sus intereses de clase y parece que así seguirá haciéndolo.

De este modo, podemos comprobar cómo ha sabido sacar el mayor provecho posible a cada coyuntura que se le presentaba y a día de hoy está más fuerte que nunca.

- Institucionalismo. El parlamentarismo liberal siempre crea corrupción y aburguesamiento. Si no va acompañado de una tensión en los ejes de opresión, de la confrontación y la presión popular, ese parlamentarismo termina por absorberte en su propia lógica. Si la participación en las instituciones no va encaminada a alimentar un poder popular y obrero que supere la misma institución, terminará por fagocitarte. Con los años, el ámbito institucional se fue convirtiendo en prioritario para el MLNV, al tiempo que la radicalización que había que hacer con paciencia y pedagogía en los sectores obreros y populares fue perdiendo relevancia. En términos generales, podemos asegurar que durante toda la historia del MLNV ha existido una relación en continuo desequilibrio entre la lucha institucional, la lucha armada y el movimiento popular.
- Las áreas metropolitanas. Uno de los retos del MLNV siempre ha sido superar los límites identitarios que atravesaban la sociedad vasca. Y falló en ese propósito. Gran parte del pueblo trabajador vasco se concentra en zonas metropolitanas (la margen izquierda de Bizkaia, por ejemplo), y las dificultades para enraizar en esos territorios han sido históricamente manifiestas. Es en esas zonas donde viven las capas de población que están en peor situación y si queremos lograr una unidad de clase que sirva de catalizador para el proceso de lucha, es imprescindible que los trabajadores de estos sectores se unan al proceso de liberación. Entre las razones que explican esta incapacidad, puede encontrarse el desplazamiento de la perspectiva de clase del centro de la perspectiva estratégica; de hecho, en las primeras décadas del MLNV, cuando la centralidad de la cuestión de clase era manifiesta, los migrantes se unían con mucha más facilidad a la lucha de liberación.

Con todo, tenemos que la suma de estos fallos, dificultades y carencias se fueron acumulando conforme pasaban los años. Puede que en algunos casos no llegaran a identificarse; en otros casos, el acelerado ritmo del proceso de militancia o la represión policial dificultaron enormemente hacerles frente. Además, a pesar de que el cambio de estrategia terminó de materializarse entre 2008-2013, fue madurando como un proceso más largo y complejo. En nuestra opinión, las claves para entenderlo están en la década de los 90: la desaparición de HASI y el vacío que dejó; los cambios que se dieron a partir del año 92 y la reconfiguración de KAS; el despliegue de la estrategia de construcción nacional y la negociación entre élites políticas (PNV-Izquierda Abertzale) que se dio paralelamente; las dinámicas posteriores a Lizarra-Garazi... Aunque no lo abordaremos en esta ocasión, sería necesario investigar en profundidad los movimientos y acontecimientos que sucedieron en esa década.

De cualquier manera, podemos asegurar que ya para el año 2008, lo único que sostenía la existencia del MLNV era la existencia misma de la lucha armada. Lo que formalmente aparecía estructurado como un movimiento revolucionario, carecía ya de una estrategia y una praxis política revolucionaria. Así, al desaparecer la lucha armada, desapareció el principal factor de cohesión. En el proceso de desarticulación, la lucha armada y sus consecuencias tomaron centralidad, lo que nos distrajo de la cuestión sobre la que realmente hubo de pivotar todo el proceso; es decir, la reformulación de una estrategia revolucionaria capaz de garantizar la liberación de este pueblo. Queda fuera de toda duda que en las condiciones actuales carece de sentido retomar la lucha armada, pero más allá de eso, ¿por qué renunciar a la perspectiva y práctica política revolucionaria? Ahí está la clave principal para entender la situación que vivimos hoy en día; en el proceso de desintegración del MLNV no solo se desmantelaron las estructuras armadas, sino que también se desmanteló completamente la estructura organizativa y teórica que podría reformular la estrategia revolucionaria. No solo eso,



sino que se impidió y obstaculizó la creación de cualquier espacio organizativo que apuntara en esa dirección.

En el vacío que provocó este contexto, el reformismo, que siempre había existido, tomó el control. Por el camino de la socialdemocracia, y con la ayuda de los errores acumulados durante años, el MLNV se convirtió en un partido político normalizado, dispuesto a participar en el juego parlamentario burgués. Además, centró su propuesta política en ese peligroso campo de juego. Se abandonó la riqueza organizativa del movimiento, la lucha y radicalidad ideológicas, la combatividad en las calles, se destruyeron las estructuras que podían cumplir una función revolucionaria y se confirmó la apuesta por el acercamiento a la burguesía vasca. Cada vez la integración en el sistema era más completa, y a día de hoy, podemos asegurar que el pueblo trabajador vasco ha dejado de ser un dolor de cabeza de primer nivel para los estados y el capital. Y a pesar de todo esto, la fase actual también nos abre nuevas opciones. Tenemos frente a nosotras una oportunidad histórica para reformular de arriba abajo la teoría y práctica revolucionarias, tarea a la que cada vez se encomienda más gente a lo largo y ancho de Euskal Herria. De igual modo, no debemos olvidar tampoco el potencial político y organizativo que aún conserva Euskal Herria, el aliento y el latido revolucionario que todavía persiste en este pueblo. Qué duda cabe que todo esto únicamente es posible gracias a las miles de militantes que han luchado por la libertad de este pueblo durante las décadas anteriores. Izan direlako gara, garelako izango dira. Por tanto, no nos queda otra que aprender de las lecciones que nos ofrece el pasado y apuntar hacia el futuro. Un futuro en el que la propuesta revolucionaria habrá de materializarse bajo una conciencia de clase, feminista y nacional. Por el contrario, el autonomismo, el estatutismo, la falsa paz o cualquier otra opción que nos reconcilie con el capital y los estados nunca podrán dar una solución real a los problemas, ya que se basan precisamente en ocultar las raíces de los problemas. Así pues, unamos fuerzas, reorganicémonos, construyamos la estrategia revolucionaria y pongámonos a caminar en esa dirección. Esas son, en nuestra opinión, las prioridades que requiere la fase histórica actual. En lo que a nosotras respecta, en el próximo texto nos centraremos en analizar las formas que adopta hoy en día el sistema de dominación.

<https://borrokagaraia.wordpress.com/2020/07/22/mlnv-lecciones-para-el-futuro/>

## **Sistema de dominación: raíces y expresión actual**

En el análisis de hoy analizamos la forma que toma la dominación en la actualidad. En la construcción de la estrategia revolucionaria es imprescindible una comprensión precisa y actualizada de la dominación: reconocer las categorías que actúan en ella y ofrecer una explicación clara para cada una de ellas. De no hacerlo de forma adecuada, existe el riesgo de que en los avances que llevamos a cabo estemos recreando una declaración renovada de dominación. Si queremos erradicar definitivamente la dolencia, debemos identificar bien las raíces.

### Naturaleza del trabajo

Con este objetivo, antes que nada, conviene aclarar nuestra comprensión del trabajo, ya que en las siguientes líneas nos referiremos a los mecanismos para su adopción. Respondiendo a esto, para nosotros, hay al menos dos maneras de entender el trabajo. Por un lado, estaría la acepción del trabajo actualmente generalizado; es decir, lo que se entiende como un hecho social propio del capitalismo. Esto sería un trabajo asalariado, que aparece cuando determinadas actividades humanas se convierten en mercancías. Trabajo en forma de mercancías, que se vende y compra en el mercado de trabajo. Esta forma de trabajo se nos presenta como una actividad despierta, dividida, enajenada, con respecto al proceso de vida. Es un trabajo abstracto. Sería una actividad humana configurada por el valor y es un rasgo característico del capitalismo.

Pero hay otra forma de entender el trabajo: como categoría universal que nos concierne a los humanos. En este caso, el trabajo sería la capacidad del pensamiento para transformar la realidad y el resultado de esta actividad se materializaría como producción o creación. Así, el trabajo consistiría en arar una tierra y sembrar en ella judías; así como en producir las herramientas necesarias para ello. El trabajo consistiría también en crear una canción con melodías escuchadas de niño para cantar mientras se recolectan las alubias. Una vez recogidas las alubias, el trabajo sería también producir con ellas la receta para cocinar un plato especial, leyendo libros o escuchando lo que saben los que nos rodean. Asimismo, el trabajo consistiría en cocinar/producir ese plato con diferentes ollas, fuegos e ingredientes; y cómo no, el trabajo consistirá en dar de comer alubias a un niño, y enseñarle cómo plantar y cocinar alubias (producir un nuevo cuerpo y pensamiento). En cada paso de este proceso de producción del trabajo hay siempre 1) condiciones materiales concretas 2) una idea (pensamiento), 3) algunos medios, 4) la transformación de la realidad, y por consiguiente, 5) una nueva configuración de la realidad que no ha existido antes, la producción o la creación. Concebimos, pues, el trabajo como la transformación de la realidad que se da a través del pensamiento; como la relación entre el pensamiento y la materia. Pero aquí debemos comprender que el pensamiento mismo es también una producción: que las ideas que empleamos para significar la realidad son categorías construidas bajo determinadas condiciones. Los seres humanos, partiendo de condiciones materiales preexistentes (nuestro propio cuerpo y la realidad física que nos rodea), creamos ideas para describir el mundo en función de un contexto social, económico e histórico determinado. Y a través de esas ideas, transformamos el mundo. No podemos, pues, concebir el pensamiento y la materia de un modo separado: en cada paso de la producción está siempre el pensamiento y la transformación de la realidad material, siendo también el pensamiento mismo el producto producido de la materialidad. Así, concebimos el

proceso de producción como una cadena que no cesa, el pensamiento y la materia, dialécticamente alimentándose mutuamente.

Con todo ello, el trabajo sería una actividad humana universal, una actividad que define la propia existencia humana. La realidad material y simbólica de cualquier grupo humano sería el resultado de ese proceso de trabajo, cada uno con sus particularidades y diferencias. Por tanto, las diversas formas de organización social que históricamente han existido serían el resultado de las diferentes formas de entender y organizar la producción de trabajo.

#### Trabajo reproductivo, sobretrabajo, superproducción, plusvalía

Como hemos visto en textos anteriores (tirando del hilo rojo de la Historia y la historia de la lucha de clases en Euskal Herria), la primera expresión histórica del trabajo se da a través de la economía natural: un modo de producción orientado al autoconsumo mediante la relación directa de una comunidad humana con su entorno y desde la propiedad comunal. En ese mismo momento, el trabajo puede abarcar dos dimensiones: por un lado, el trabajo reproductivo, y por otro, el sobretrabajo. Dentro del trabajo reproductivo se incluye todo el trabajo que realiza una comunidad humana para recrear las condiciones necesarias para seguir viviendo y trabajando. Si no cumpliera con esto, la comunidad se extinguiría, por eso también podemos llamarle trabajo indispensable. Una vez satisfecha esta, se abre la posibilidad del sobretrabajo: por ejemplo, lo que un grupo humano necesita para sobrevivir durante el año, si produjese en seis meses, el trabajo realizado durante los seis meses restantes, sería el sobretrabajo; y lo creado con este sobretrabajo, la sobreproducción, podría acumularse. Si esta superproducción se vende como mercancía, tomaría la forma de valor de cambio, que se generalizará con el capitalismo, ampliando el valor y las posibilidades de plusvalía. Las tres primeras categorías (trabajo reproductivo, sobretrabajo y sobreproducción) pueden ser desarrolladas en su seno por cualquier grupo humano y están en la base de todos los sistemas sociales.

Por otra parte, en la lógica de la apropiación y la dominación, es muy importante el sobretrabajo y la medida de la superproducción; poco podemos apropiarnos a una comunidad que sobrevive con el trabajo puramente reproductivo, porque no acumulan nada más allá de su propia existencia. Como lo que se les puede asimilar es poco (si no son sus cuerpos, o las materias primas brutas de los territorios en que viven; el agua, los recursos energéticos, la tierra, los bosques), la acumulación de poder que puede derivarse de su actividad es limitada. Como se ha dicho anteriormente, a partir del neolítico comienza la posibilidad de que la sobreproducción o los excedentes se produzcan de forma sistemática y regular y, por tanto, de que el poder se centralice y acumule de forma significativa. El Estado, como estructura articuladora de la dominación en la escala social, sólo puede desarrollarse a partir de ese momento.

Una vez llegados a este punto, creemos que debemos profundizar en el análisis del trabajo reproductivo, es decir, en las actividades que hacen posible el trabajo y la vida misma. Algunas claves para entender la dominación las encontramos en ella, pues no hay posibilidad de sobretrabajo o sobreproducción sin trabajo reproductivo, sin trabajo indispensable; porque si este último no se ejecuta no hay posibilidad de ningún tipo de trabajo, ni de apropiación, ni de dominación.

Como se ha dicho, el trabajo reproductivo sería el trabajo necesario para regenerar la capacidad de trabajo: conseguir comida, construir espacio para dormir, producir ropa, transmitir conocimientos, completar enfermedades, producir herramientas para poder hacer todo eso y, cómo no, crear nuevos cuerpos que se van agotando con el tiempo. Este último es un elemento de gran importancia porque el trabajo, aun siendo una actividad humana universal, no es un hecho independiente. Es decir, en la base de todo proceso de trabajo está la necesidad de la existencia biológica del cuerpo humano; para que pueda existir el pensamiento mismo necesitamos neuronas, necesitamos oídos, boca, sangre, tejidos y todos los órganos que componen nuestro cuerpo. Y eso tiene implicaciones profundas: entre los cuerpos humanos, sólo algunos son capaces de crear en ellos un nuevo cuerpo. Pues bien, sobre esos cuerpos históricamente conocidos como mujeres solas ha caído la carga de ser la fuente de todo el proceso de trabajo, de ser una condición básica para la existencia humana. Esta carga ha venido adoptando manifestaciones antagónicas en función del contexto histórico, social y cultural. Así, en las culturas matrilineales ha sido alabada y celebrada esa condición de fuente de la vida, ofreciendo a las mujeres una posición central en las estructuras sociales. Al mismo tiempo, sin embargo, ha adoptado la expresión contraria de que las mujeres son sistemáticamente apropiadas de ese cuerpo y capacidad reproductiva, convirtiéndose en la primera manifestación histórica de la dominación. Esta apropiación fue la primera forma adoptada por la propiedad privada, en la que el hombre adquirió el cuerpo y el trabajo de la mujer a través de la paternidad, el matrimonio y la herencia, sobre las que se estableció el título de propiedad. Así fue construido el patriarcado; el mecanismo de apropiación sobre los cuerpos y el trabajo se estructuraba según la dicotomía sexo-género. Y así, en esos contextos patriarcales, la mujer se convirtió en primer sujeto oprimido.

A medida que se extendió el modelo patriarcal de familia, se extendió también una forma de entender el mundo; la mentalidad patriarcal-dominante. Junto con otras condiciones materiales y sociales, el patriarcado tuvo un deber central en la construcción del Estado. Como se ha dicho en los textos anteriores, en adelante el trabajo de las mujeres y su apropiación material sobre los cuerpos, así como las condiciones ideológicas que produce el patriarcado (mentalidad dominante como condición indispensable para la reproducción ideológica de la dominación), estarán en la base de los diferentes sistemas históricos de dominación. A partir de estos fundamentos, en cada sistema histórico de dominación, la clase opresora desarrollará mecanismos propios para captar las diferentes manifestaciones de la existencia humana (cuerpo, pensamiento, trabajo, producción) y poder dar esa apropiación de la forma más amplia posible.

Así pues, en la base de la existencia humana estaría la siguiente cadena dialéctica: cuerpo-pensamiento-trabajo-producción. El resultado de esta cadena sería la Cultura Humana, un todo material y simbólico que adopta una forma específica en cada grupo humano. Desde hace miles de años ha existido una tensión en el seno de esta existencia humana: por un lado, hay quien ha pretendido subordinarla y apropiársela; por otro, tenemos a quienes han perseverado en su intento de vivir de la forma más libre posible huyendo de la opresión o resistiendo. Hablamos de la tensión de la histórica lucha de clases. Pues bien, definimos la propiedad privada, el patriarcado y esa infraestructura material e ideológica para la dominación que históricamente se ha ido construyendo en torno al Estado como el Sistema de la Dominación. La última expresión histórica de

este todo se ha dado de la mano de la modernidad capitalista, que ha sido capaz de extender la opresión extrema a todo el planeta, cualitativa y cuantitativamente de un modo nuevo.

## Dominación en el capitalismo

En el último texto que dedicamos a la historia llegamos a la conclusión de que la lógica del capital había tomado a Euskal Herria en su conjunto antes de finales del siglo XX y que la modernidad capitalista había impuesto su programa en nuestras tierras. Ahora, en este período histórico dominado por el modo capitalista de producción, nos toca estudiar la forma exacta que adopta el Sistema de la Dominación. Para ello tendremos que fijarnos en las formas de violencia y apropiación que se derivan de los modelos de relación capitalistas, así como en la nueva forma que han adoptado en el seno del capitalismo los que provienen de fases históricas anteriores.

Como en cualquier sociedad capitalista, también en la nuestra hay propiedad privada y dependencias generalizadas al mercado. Eso significa que, hoy en día, lo que necesitamos para la vida sólo lo encontramos en el mercado; comida, ropa, ocio, vivienda... La conexión con el mundo, el contacto con la realidad social, en general, sólo puede materializarse mediante mercancías. Y en la sociedad en que la propiedad privada está generalizada, para obtener el derecho de uso de estas mercancías debemos comprarlas con dinero. Por lo tanto, la existencia en la sociedad capitalista nos condena a obtener dinero constantemente. Vivimos en el imperio del dinero y llevamos la conexión con el mundo en el bolsillo.

Para comprender mejor esta dependencia general del dinero, hay que aclarar que hablamos de la dependencia de lo que el dinero representa, es decir, del trabajo de los demás. Así, podemos decir que el contenido de todas estas mercancías que compramos en dinero es trabajo de las demás. Veamos esto por medio de un ejemplo concreto. El kilo de patatas que compramos en la tienda está compuesto por las fracciones de trabajo de los miles de trabajadores que se han necesitado para producirla; del agricultor que ha soleado, del mecánico que ha reparado el tractor, del transportista que ha transportado la patata, de quien ha encendido el petróleo y ha producido diésel en la refinería, de quien ha puesto patatas en el estante en el supermercado, de quien ha lavado o cocinado la ropa en las casas de todos ellos... A través del dinero, podemos entrar en contacto de alguna manera con estos trabajos y adquirir el kilo de patata que resulta de ellos. Y es igual con cualquier otra mercancía: sea una casa, una cerveza, una película o un máster de estudios. Las mercancías están, pues, formadas por trabajo. Todo esto revela la dimensión del dinero en el capitalismo, la capacidad de mando sobre el trabajo de los demás. Dicho de otro modo, en el capitalismo el poder social se expresa a través del dinero, porque el dinero tiene el control sobre el trabajo y el trabajo crea las condiciones de vida de cada uno de nosotros.

Llegados a este punto, podríamos pensar que en la sociedad capitalista es igual para todos; que tanto los más pobres como los más ricos viven inevitablemente necesitados de dinero. Los unos con más dinero, los otros con menos, pero participando ambos en la circulación de la mercancía de un modo cualitativamente igual. Aparentemente lo es,

porque en el capitalismo todos dependemos del dinero; frente al mercado, aunque sólo sea formalmente, todos somos iguales; todos tenemos el mismo derecho a vender y comprar mercancías. Y en ese marco igualitario, la posibilidad de relacionarse entre sí a través de la compraventa de mercancías. El caso es que esa apariencia de neutralidad esconde una realidad distinta. Como bien nos mostró Marx, una cosa es el aspecto que adquiere la realidad social (que en este caso se expresa a través del fetichismo de la mercancía), y otra la esencia que encierra esta realidad.

En efecto, lejos de la neutralidad y de la igualdad, existen en la sociedad capitalista dos formas de participar en la circulación de mercancías, es decir, de hacer efectiva nuestra vida: a través del dinero, o del capital. Aquí es posible que sea necesario aclarar la diferencia entre el dinero y el capital, que parece ser algo parecido. El capital es, por decirlo así, la forma evolucionada del dinero, pero reviste características cualitativas distintas; aunque todo el capital pueda ser potencialmente dinero, no todo el dinero tiene por qué ser capital. De este modo, el dinero representa el poder sobre el trabajo de los demás, sí, pero una vez introducida la mercancía en la circulación desaparece, se gasta. Cuando compramos y bebemos una cerveza con un euro, el euro desaparece, lo gastamos. El capital, por su parte, introducido en la circulación de mercancías, podemos recuperarlo, y no sólo esto; nos viene de vuelta con un valor superior a su valor inicial. Siguiendo con el ejemplo de la cerveza, si en vez de un euro, tuviéramos 1.000.000 €, compraríamos la fábrica de cerveza. Si la fábrica funcionara bien, a los pocos años tendríamos 1.200.000 €. En esta ocasión, cada euro mío se ha convertido en 1,20 €; no se ha gastado, se ha invertido. Es decir, no sólo se ha reproducido el poder social que albergaba, sino que esta reproducción se da de un modo amplificado. El capital permite la acumulación de poder.

Hay, pues, una gran diferencia entre los que tienen capital y los que no. Los que tienen capital, como hemos dicho, pueden invertirlo y obtener todavía más capital. Es decir, pueden adquirir plusvalía. Además, pueden conseguirlo sin ningún trabajo; invirtiendo capital, porque compran trabajo de otros (al comprar la fábrica de cerveza, pagan también los salarios de sus obreros), con lo cual se puede poner en marcha la producción. Aquí se nos revela el gran misterio del capitalismo: se apoderan de la plusvalía que brota en el último paso del proceso de producción de trabajo, pero de por sí, ellos no trabajan, no han producido nada. A través de este misterio, los poseedores de capital acumulan la capacidad de mando sobre el trabajo de los demás, pero no tienen por qué trabajar. Y ésta es la condición burguesa: la propiedad capitalista, la propiedad socialmente significativa, y la emancipación y la ganancia capitalista respecto del trabajo que ésta hace posible. Es decir, la acumulación de poder social. Esos son los burgueses.

Todos, sin embargo, no tienen posibilidades de tener capital. Y es que la mayoría de la sociedad no tiene capital. Esta mayoría, como los burgueses, necesita dinero para sobrevivir en la sociedad capitalista, pero, a diferencia de los burgueses, no tiene capital que lo genere. Para los que estamos en esa posición, la única que tenemos para presentarnos en el mercado (nuestra única fuente de ingresos), es nuestro trabajo. Sólo vendiendo ese trabajo podemos conseguir el dinero necesario para vivir. En realidad, esta venta nos costeará la cantidad de dinero (comida, vivienda, ropa, estudios, ocio...) necesaria para realizar nuestra propia reproducción. En consecuencia, al final de cada mes esa cantidad de dinero estará agotada porque era lo que necesitábamos para

sobrevivir, obligándonos a recurrir de nuevo al mercado laboral. Nos daremos cuenta de que aquí estamos vendiendo nuestra capacidad de trabajar, nuestra capacidad de ir y estar todos los días en el puesto de trabajo. Es decir, nuestra fuerza de trabajo. A este ciclo constante (vender la fuerza de trabajo y adquirir dinero suficiente para reproducir la fuerza de trabajo a cambio) lo llamaremos salario, y al trabajo realizado de este modo, trabajo asalariado. También podemos llamar a este ciclo reproductivo. Y ésta es la condición de subsistencia de estos obreros en el capitalismo: la expropiación (falta de capital), la necesidad de trabajo y un salario que se agota constantemente en sí mismo. Es decir, la condición de trabajador.

En la actualidad, sólo el contrato laboral formalmente establecido suele entenderse como salario y el trabajador que actúa bajo contrato, como trabajador asalariado. Esta perspectiva constituye, sin embargo, una fuente constante de problemas a la hora de comprender la fase capitalista actual. De hecho, hoy en día es cada vez más frecuente que aparezca un salario sin contrato laboral: los autónomos que trabajan a un alto nivel de explotación (distribuidores, muchos jóvenes emprendedores, pequeños agricultores...) son un claro ejemplo de ello, cuando sólo son capaces de cumplir con su salario a final de mes. En estos casos estaríamos ante un salario sin carácter formal; autónomos asalariados. Éstos dependerían también de la condición de obreros, y debemos comprenderlos en el seno de la clase obrera, probablemente en mayor grado de explotación que los que tienen un contrato formal. También puede ocurrir lo contrario; en ciertos puestos de trabajo (por ejemplo, un médico, o algunos trabajadores de sectores industriales) puede aparecer un contrato laboral supra salario. En estos casos, este obrero puede recibir más dinero del necesario para reproducir su fuerza de trabajo. Por tanto, para entender la forma que hoy adopta el capitalismo es imprescindible hacer una diferencia entre el contrato laboral y el salario: el contrato laboral es formal, jurídico, de carácter abstracto. El salario, sin embargo, es adquirido socialmente, relacional; está compuesto del valor necesario para satisfacer la reproducción de la fuerza de trabajo. Y no es necesario expresarlo mediante un contrato formal.

Llegados a este punto, nos toca aclarar el misterio que subyace detrás de todo esto: ¿de dónde sale la plusvalía que acumula el burgués? Él no trabaja... pero se apropia de la plusvalía que es el resultado final del proceso de trabajo. Parece que invirtiendo su capital ha puesto dinero a trabajar. Pero todos sabemos que el dinero no trabaja; el trabajo, lo hacemos las personas. En realidad, esta plusvalía proviene del trabajo realizado por el obrero. Como se ha dicho, al trabajador se le paga por su capacidad de trabajo; pero una cosa es su capacidad de trabajar (fuerza de trabajo) y otra su trabajo con esa capacidad. Y aquí está la clave para entender la relación de explotación en el corazón del capitalismo: al obrero le pagarán lo que vale estar ocho horas trabajando; no el valor que realmente ha creado trabajando esas ocho horas. Si observamos esta contradicción nos daremos cuenta de que, de las ocho horas que ha trabajado realmente, en las primeras horas ha producido el valor necesario para su reproducción; ahí ha hecho el trabajo necesario. Todo el trabajo realizado a partir de ahí sería un sobretrabajo que creará plusvalía. Es decir, que todo el valor producido por el obrero, es mucho mayor de lo que vale su fuerza de trabajo, y esta diferencia es la fuente de la plusvalía; la fuente del capital. Así, al trabajador no se le pagará por lo que ha hecho, sino por lo que vale su capacidad para hacerlo (fuerza de trabajo). Y todo esto tiene una conclusión clara: todo capital está enteramente formado por valores absorbidos al trabajo; no hay otra fuente de capital que no sea el trabajo de los demás. Trabajo que no se ha pagado al

resto. Esta es la contradicción que encierra el capitalismo, la contradicción entre el trabajo y el capital. La burguesía puede intentar gestionar esta contradicción, ocultarla, desviar la atención; pero nunca podrá evitarla. Como violencia estructural, de una u otra manera, siempre aflorará: unos trabajan, clase obrera; otros apropian el resultado de ese trabajo, clase burguesa. La riqueza social creada colectivamente se convierte en propiedad privada burguesa como un caudal que no cesa. Esa es la razón del capitalismo.

#### La actualidad del patriarcado en la lógica de la dominación

Con todo esto podríamos pensar que todo está bastante claro y que podemos pasar a definir la hoja de ruta hacia la revolución. Nosotros creemos que no, que hay elementos aún por aclarar. Es frecuente escuchar, y así lo hemos explicado nosotros arriba, que lo único que el obrero tiene en el capitalismo es su fuerza de trabajo. Pero esta afirmación no tiene en cuenta que el obrero, por sí mismo, no tiene fuerza de trabajo. Como cualquier otra mercancía, en el capitalismo la fuerza de trabajo no es una cualidad propia que tengamos las personas, y, por tanto, hay que producirla, o más exactamente, reproducirla. Esta capacidad de trabajo deberá ser regenerada en determinadas condiciones y este proceso productivo suele ser colectivo, es decir, se da principalmente en el seno de la familia nuclear heterosexual. En realidad, es una familia obrera (y en parte la sociedad en su conjunto) la que genera capacidad y oportunidad para estar ocho horas trabajando en el puesto de trabajo. No sólo físicamente (alimentarse, vestirse, dormir...), sino también emocionalmente. Pero el obrero firma como individuo la venta de esta fuerza de trabajo y, por tanto, lo que se da como proceso colectivo de producción al salir de casa por la mañana, llega a casa todas las noches como título individual de propiedad. Es cierto que esta propiedad no es más que sobre el salario (que no es propiedad capitalista), por lo que, como se ha expuesto más arriba, no acumula poder a nivel social. Sin embargo, es innegable que adquiere un alto grado de poder respecto al ciclo de reproducción intrafamiliar.

Y aquí, nos encontramos con el patriarcado. Cuando sistemáticamente todas las mañanas se queda la mujer trabajando en casa y cada noche la titularidad de la venta de esta fuerza colectiva de trabajo la trae el hombre, podemos afirmar sin duda que en el seno del capitalismo el patriarcado sigue funcionando. Cuando decimos que el burgués se apropia el producto del sobretrabajo realizado por el obrero (apropiación capitalista), deberíamos tener en cuenta que el hombre obrero sólo representa la fuerza de trabajo de toda la familia; en este contexto, el hombre se apropia sistemáticamente del trabajo reproductivo realizado por la mujer en el hogar (apropiación patriarcal). Algo que no puede quedar más claro en el caso de las viudas pensionistas: cada una de las miles de horas de trabajo que maridos e hijos han realizado durante años en los puestos de trabajo ha sido, en realidad, fruto del trabajo reproductivo realizado colectivamente por la familia. Hay que reconocer aquí que también el hombre ha realizado una parte de este ciclo reproductivo; debemos recordar que al vender esta fuerza de trabajo producida colectivamente cierra el ciclo reproductivo. Es decir, porque sólo al cierre de este ciclo se podrá pagar comida casera, ropa, alquiler... De ahí la conveniencia de estudiarlo como unidad de la familia obrera y de situar el trabajo del hombre en el puesto de trabajo dentro del ciclo reproductivo; del mismo modo que a la mujer le corresponde el sobretrabajo del hombre en el puesto de trabajo. Sólo con la participación de toda la unidad es posible tanto el trabajo reproductivo como el sobretrabajo. El problema aquí



es que la retribución que correspondía a toda la familia ha sido percibida como individual por el hombre; y como consecuencia de ello, ahora la viuda no tiene una cotización que complementa su pensión. La cotización que le correspondía ha sido percibida por el hombre. Se ve aquí claramente cómo sobre estas mujeres se han llevado a cabo dos formas distintas de apropiación; por una parte, mediante las categorías del capitalismo (compraventa, mercancía, salario, dinero...), el burgués le ha absorbido la plusvalía de lo que también era su fuerza de trabajo. Por otra parte, a través de las categorías precapitalistas (relaciones patriarcales de parentesco), su marido ha vendido la fuerza de trabajo que pertenecía a ambos y se ha apropiado la remuneración como individuo.

Es cierto que hoy esta apropiación patriarcal se da dentro de los límites del capitalismo y a favor del capital, pero los medios dominantes que emplean uno y otro son diferentes y deberíamos considerar esto. Por otra parte, hay quien dirá que el modelo tradicional de familia patriarcal va desapareciendo y que esta forma de apropiación de una sociedad como la nuestra tiene cada vez menos importancia. No se puede negar que este modelo tradicional de familia ha perdido importancia en las últimas décadas en algunas capas de la población del centro imperialista. Sin embargo, creemos que está lejos de agotarse. Por ejemplo, en Occidente las familias organizadas según religiones monoteístas patriarcales (católicas, ortodoxas, evangelistas, musulmanas...) son todavía numerosas y deberíamos investigar si la tendencia es ascendente o descendente. En general, incluso en los casos en los que las mujeres trabajan a cambio de dinero fuera de casa, habría que investigar quién lleva el control real de la totalidad del salario que recibe la familia. Y además de todo esto, hay que destacar que, incluso en las familias que no tienen un modelo de familia patriarcal tan claro, las mujeres nos ocupamos de la mayoría de los trabajos dentro del hogar. ¿En cuántas familias somos las mujeres que, después de tener hijos, renunciamos al trabajo fuera del hogar y damos prioridad a las tareas de cuidado?

Es, pues, evidente que el capitalismo ha interiorizado el patriarcado como marco de gestión del ciclo reproductivo que se da en él. Más allá del centro imperialista, si ponemos a la vista al mundo entero, esto es aún más evidente. Por otra parte, además de la apropiación del trabajo reproductivo que se da en el seno de la familia, el patriarcado tiene otras formas de expresión en la sociedad actual. Fuera de los límites de la familia, cuando las mujeres tenemos que vender nuestra fuerza de trabajo, estamos limitadas a puestos de trabajo feminizados y además estamos obligadas a llevar a cabo esa venta de forma devaluada comparándola con los hombres. Es decir, que incluso en el puesto de trabajo, la proporción de plusvalía que nos es apropiada por medio de categorías capitalistas es mayor.

Además de todo esto, tenemos la dominación sobre los cuerpos de las mujeres que está en la base del patriarcado; las humillaciones, menosprecios, persecuciones psicológicas, violaciones, asesinatos, etc. que sufrimos por ser socializada como mujer. En el caso de la violación y, en general, de la violencia sexual, la apropiación no se da tanto sobre el trabajo como sobre el cuerpo. En consecuencia, todos los cuerpos de mujeres que han sido socializados como cuerpos sexualizados sufren potencialmente esta forma de violencia; de forma independiente a la posición social establecida en función del trabajo. En relación con esto, las formas de relación que no se corresponden con el modelo de relación hetero-patriarcal están también condenadas a sufrir violencia estructural. Los cuerpos que no se corresponden con la dicotomía sexo-género que

establece el patriarcado también se encuentran en una situación similar.

Todo esto nos demuestra que el patriarcado hace tiempo que dejó de ser una simple estructura familiar. Tiene un sinfín de formas de expresión que se materializan más allá de los límites de la familia, y que es aún más significativo; al margen de esos límites, utiliza todo tipo de medios para garantizar su regeneración: medios de comunicación, deporte, internet, escuela, cine o música, espacios de socialización de hombres y mujeres... Más allá de la familia, el patriarcado es una realidad que recorre la sociedad en su conjunto. Y con esto queda patente otra expresión que toma el patriarcado y que muchas veces no suele ser mencionada. Es decir, ser creador de la condición indispensable que ha estado en el corazón de toda forma adoptada por el Sistema de Dominación: la mentalidad dominante. Desde el origen de la propiedad privada, las relaciones sociales patriarcales han producido la columna vertebral de las condiciones ideológicas para sostener la dominación; la posibilidad de oprimir, humillar, violar o despreciar al vecino sólo ha sido posible gracias a la mentalidad dominante arraigada en cada uno de nosotros. Y esa mentalidad dominante sigue siendo, hoy por hoy, patriarcal. En el contexto actual también identificamos el pensamiento liberal-burgués y el colonial como pilares centrales de esta mentalidad.

#### Expresión del Sistema de Dominación en el País Vasco actual

Hasta ahora hemos analizado las características generales del Sistema de Dominación en la actualidad. Siendo un sistema de dominación profundamente arraigado, que recorre todas las capas de la sociedad, tenemos claro que va mucho más allá de lo que conocemos como economía mundial: necesita una ideología generalizada, una concepción para entender el mundo, un aparato judicial, policial y legislativo que ha sido moldeado a su manera; o un sistema educativo. Un sistema de gobierno que reproduzca, en general, la lógica de la dominación, capaz de prolongarse en el tiempo y extenderse en el espacio.

Es sabido que es indispensable examinar la forma exacta que todo esto adopta en una sociedad determinada. Creemos que, en lo que respecta a Euskal Herria, queda pendiente gran parte de ese análisis. Como ha ocurrido con la historia, esta deberá ser una investigación sistemática, clara y actualizada a realizar a lo largo de los próximos años. En el marco de esta investigación tendremos que investigar la forma concreta que adopta actualmente la contradicción entre el trabajo y el capital en el País Vasco; analizar cómo se distribuye el trabajo y el capital entre la sociedad actual y desarrollar categorías de análisis en consecuencia. Para este estudio de la composición de clase tendríamos, además, que considerar toda la cadena del proceso de producción de trabajo (trabajo reproductivo-sobretabajo-superproducción-plusvalía), incorporando las variables de género y raza al análisis de esta cadena. También tendremos que analizar la composición ideológica de la sociedad; analizar el reflejo de la mentalidad dominante en la sociedad; investigar el grado de arraigo y difusión del pensamiento burgués-liberal, patriarcal y colonial en la sociedad vasca. Es decir, analizar la composición política de la clase para comprender las condiciones en las que se puede despertar la conciencia revolucionaria. En general, comprender el reflejo emocional y subjetivo que construyen los fundamentos materiales de la sociedad capitalista y patriarcal. Junto con el estudio del trabajo y del pensamiento, deberíamos analizar también las manifestaciones concretas de apropiación y violencia que se dan sobre el cuerpo. Por

último, deberá incluir el análisis de las estructuras político-estatales de gobierno que recaigan sobre nuestro país.

Con todo ello, construiremos bases sólidas para entender la forma concreta que el Sistema de Dominación adopta actualmente en el País Vasco. Clarificar la cualidad actual de la opresión y apropiación que se da en las tierras vascas sobre la existencia humana (cuerpo-pensamiento-trabajo-producción). Identificar las potencialidades y contradicciones que se manifiestan en el seno de la clase trabajadora vasca y, con ello, sentar bases sólidas para la revolución.

En este sentido, además de la investigación de las variables actuales, consideramos importante recurrir también al análisis histórico. En él encontraremos numerosas claves para detectar las formas específicas que adoptan el Sistema de Dominación, y la resistencia a superarlo, en el País Vasco. Así, como quedó claro en la reflexión que dedicamos a la historia, la lógica de la dominación no es la suerte que le ha tocado a este pueblo en sí. Como en el resto del mundo, es el resultado de un largo y doloroso proceso histórico; la guerra de las comunidades contra el Estado, de las mujeres contra el patriarcado, de los obreros contra la burguesía, de los pueblos contra el Imperio. En este proceso las comunidades se han disuelto, las lenguas han desaparecido, las mujeres se han convertido en esposas, el trabajo en mercancías, la propiedad comunal se ha convertido en propiedad privada, los pueblos han perdido su autonomía económica y política y han alienado su pensamiento. Es el proceso en el que el Sistema de Dominación consigue imponer una subordinación absoluta sobre toda la vida social. Proceso de colonización. La culminación mundial de este proceso ha sido llevada a cabo por la modernidad capitalista; en nuestras tierras por los Estados español y francés. Aquí debemos subrayar que no vemos la colonización como un simple fenómeno económico, que se basa en el saqueo que permite el intercambio desequilibrado. Algo que en Euskal Herria no ocurre hoy en día. Hablamos también de la colonización del pensamiento y de los cuerpos; de la colonización de las lenguas, de la música, de las danzas y de las vestimentas, o de otras manifestaciones simbólicas y políticas propias de un pueblo. Por eso, creemos que el fenómeno de la colonización, entendido en su conjunto, es también un fenómeno propio del centro imperialista. De hecho, antes de la expansión colonial e imperialista a nivel mundial (a veces simultáneamente), las potencias imperialistas tuvieron que llevar a cabo procesos de colonización y homogeneización interna. En la génesis de todos los estados modernos de Europa, la comunidad y el pueblo dentro de sus fronteras fueron oprimidos, destruidos y asimilados durante siglos.

Como bien sabemos, esa colonización integral no se ha dado de forma pacífica. Como nos enseña la historia de la lucha de clases, está plagada de levantamientos, revueltas, resistencias y guerras. Pues bien, esa resistencia es la patria. Quienes en nuestro país están dispuestos a amar y defender el euskera, los territorios vascos y la libertad; quienes viven y trabajan en esos territorios están dispuestos a defenderse ante toda opresión; éstos son la patria vasca, esa es la lucha abertzale. Así, al encontrarse con la modernidad capitalista, toda patria tiene su punto de partida en las comunidades agrícolas naturales, en los vestigios del comunismo primitivo que ha sobrevivido en ellas, en la lucha histórica contra los reinos y los imperios. Así sucedió también en el País Vasco, aunque la patria no tiene por qué agotarse con la desaparición de estas comunidades. En efecto, cada nueva época trae consigo nuevas condiciones para despertar la resistencia, nuevas condiciones para la contradicción de clases; en la

nuestra, el agotamiento de la sociedad rural tradicional coincidió con el auge del proletariado industrial, despertando la fuerza revolucionaria más viva que hemos conocido en el último siglo. Nosotros tenemos claro que la nueva sociedad que vamos a construir hoy y aquí no va a ser una reproducción de la vida rural. No podría ser y además, no queremos que sea así. Pero no podemos negar que estas comunidades agrarias que ocupan un lugar significativo en la memoria colectiva vasca tenían muchas características de la vida libre que deberíamos inspirarnos en la lucha de liberación: la propia comunidad, la economía natural, el auzolan, las lógicas colectivas de interrelación, las tierras comunales o las estructuras básicas democrático-comunales (concejos, asambleas).

Hablando de patria, creemos que muchas veces la patria se confunde con la nación-estado o con la nación que puede convertirse en Estado, y para nosotros esto no es del todo correcto. La patria debe ser vector para la libertad, nunca puede ser vector que imponga el Sistema de Dominación. A la opresión nacional va unida la patria; formada por el capital político que acumula un pueblo a consecuencia de la historia de la lucha de clases. La patria se compone del grado de conciencia de su existencia y de su capacidad de auto-organización y autodefensa. Por eso, una cosa es la patria y otra el imperio. Por ejemplo, el Estado español y, en general, la idea de la propia España no puede ser patria. España es el Imperio. Desde sus orígenes ha sido la estructura política para imponer la modernidad capitalista, que ha extendido el Sistema de Dominación a través de todas sus estructuras. De Francia podemos decir algo parecido. Esto no quiere decir que no haya patria dentro de las tierras que actualmente controlan los estados español o francés. Las comunidades rurales castellanas fueron patria cuando lucharon contra la corona española. También ocurrió de forma similar en tierras canarias y andaluzas. En todos estos casos, las huellas de estas patrias son aún evidentes, pero su capacidad de transformación social es muy limitada, pues quedaron extinguidas bajo la opresión del Estado. En otros casos, sin embargo, esas patrias que lucharon lograron sobrevivir sanas hasta el siglo XX. El País Vasco o los Países Catalanes son algunos de sus ejemplos más significativos. El propio País Vasco sigue siendo una patria, porque mantiene en su seno una pulsión hacia la libertad, porque aún conserva capital político para la revolución y la resistencia.

Pero puede dejar de ser patria. Como se ha dicho, la patria no es una cualidad esencialmente propia de un pueblo, sino el resultado dialectivo de la histórica lucha de clases. Y, por tanto, puede desaparecer, tanto porque puede extinguirse como porque puede convertirse en Imperio. La posibilidad de la primera se resolverá en la lucha contra los Estados español y francés. La posibilidad de la segunda, en cambio, se despejará a nivel interno debido a la tensión que se va acumulando a lo largo de los siglos. Y es que el País Vasco tiene desde hoy un carácter imperialista, a pesar de que a nuestro juicio todavía no se ha impuesto al carácter abertzale. La oligarquía vasca está alineada con el proyecto imperialista desde finales de la Edad Media y tuvo una participación directa en la colonización americana. Algunos vascos llevaron a aquellas tierras las formas más avanzadas del Sistema de Dominación. Siguiendo esta tradición y siendo un territorio situado en el centro imperialista, nuestro tejido productivo capitalista parte de esa posición imperialista a la competencia mundial de mercado. Con todo esto, los europeos cada vez nos vienen más migrantes de los pueblos colonizados y empobrecidos. Ni que decir tiene que estos vascos racializados no tienen, en absoluto, la posición que ocupan los blancos de la clase trabajadora vasca en la sociedad actual. Del

mismo modo que ocurre con el patriarcado, el racismo y el pensamiento colonial recorren la sociedad vasca, dejando a sus miembros racializados en una situación claramente peor que la de los vascos blancos, tanto en la lógica del capital laboral como en otras formas de violencia económicamente irracionales. Pues bien, unir a esos vascos racializados a la lucha abertzale es la oportunidad de hacer frente a la deriva imperialista que tiene Euskal Herria en su seno. En eso radica una de las claves para la supervivencia de la patria vasca.

### Sobre la importancia de la crisis ecológica

Por último, tenemos un elemento que ha ido sin mencionar hasta ahora. El crecimiento constante propio del capitalismo, unido al desarrollo ciego de los medios productivos impulsados por él, ha desequilibrado globalmente los ciclos de energía y materia. Esto ha provocado la desaparición ya de numerosos ecosistemas y especies, y la supervivencia de todavía más se verá comprometida a lo largo de las próximas décadas. Cambio climático por gases de efecto invernadero; contaminación global de océanos, superficies y atmósfera; destrucción material de hábitats enteros; sobreexplotación de recursos; expansión de especies invasoras... Crisis ecológica mundial.

Asimismo, esta crisis ecológica global provocada por los seres humanos ha puesto también en jaque algunas formas de existencia de los seres humanos. Al fin y al cabo, la propia existencia humana es dependiente de esos ciclos de materia y energía, del mismo modo que está íntimamente relacionada con los ecosistemas y otras especies vivientes. Cuando hablamos de trabajo y producción nos referimos a las relaciones sociales y a los hechos de apropiación, opresión y violencia que se dan en ellas. Pero no podemos olvidar que todo el proceso de trabajo (y con él la realidad social) está ligado a un proceso más general, que es el proceso vital. Del mismo modo que el proceso mismo de la vida es dependiente de las leyes y ciclos de la materia y la energía. Por eso entender la relación entre materia, vida y trabajo es un paso imprescindible no sólo para dar una respuesta a los conflictos que se dan en el ámbito de las relaciones sociales, sino para garantizar la propia existencia de los seres humanos. Hoy no tendremos oportunidad de profundizar en ello, pero nos parece imprescindible destacar su importancia.

### De camino a la revolución, romper la dominación

Para terminar con el análisis de la dominación, nos gustaría destacar algunas conclusiones. En resumen, concebimos el hilo histórico de la dominación como la propiedad privada, el patriarcado y un todo material e ideológico que se ha ido construyendo a través del Estado, cuya última expresión se ha dado de la mano de la modernidad capitalista. Bajo esta lógica de la dominación ha sido sistemáticamente apropiada y subordinada la cadena que constituye la existencia humana (cuerpo-pensamiento-trabajo-producción), provocando una violencia estructural que se recrea constantemente y posibilitando la acumulación de poder de unos pocos. Hoy, en este período histórico dominado por el modo capitalista de producción, la contradicción entre el trabajo y el capital es la contradicción que articula el Sistema de la Dominación. Ahora que la última expresión de la cadena de producción de trabajo se expresa a través del capital, los que ejercen el control sobre el capital, los burgueses, tienen el control de la realidad social. Aquí encontraremos una de las principales claves para entender y superar la dominación.

Al mismo tiempo, existe en el Sistema de la Dominación numerosas formas de violencia y de apropiación que, por su origen precapitalista, no podremos comprender a través de las simples categorías del capital. Esto se debe a que utilizan una lógica interna diferente, como vemos claramente en el caso del patriarcado. En los casos en que se da una apropiación patriarcal de los cuerpos y de los trabajos reproductivos, por ejemplo, se dan según la distribución sexo-género, sin participación directa del dinero, la mercancía o la compraventa. Las acumulaciones de capital se producen dentro de la corriente social general establecida, sí, pero los mecanismos de estímulo de la violencia funcionan de acuerdo con otra lógica interna. Esto no quiere decir que estas formas de violencia funcionen de forma distribuida o aislada en la sociedad actual. Cuando hablamos del Sistema de la Dominación nos referimos a un sistema que ha tenido un desarrollo histórico complejo, formado por diferentes capas. Así, la dominación propiamente dicha no se inaugura con el capitalismo; la propiedad privada tiene una trayectoria milenaria, patriarcal, colonialista, estatal y, en general, que ha adoptado distintas expresiones a través de los diferentes modos de producción. Con la aparición y preponderancia del capitalismo, todas estas determinaciones que vienen por delante quedan subyugadas en la lógica del capital; es la acumulación del capital la que marca la dirección general que tomarán los acontecimientos sociales. Pero, al mismo tiempo, el propio capitalismo incluye las características de lo que viene por delante, que es su resultado; el patriarcado o el racismo siguen sobreviviendo en la raíz del capitalismo, alimentándolo y recorriendo toda la vida social.

Por tanto, todas las capas que componen el Sistema de Dominación se nos presentan dialécticamente combinadas, formando una única realidad social. No podemos separar las capas y analizarlas parcialmente (ni superarlas) porque la forma exacta que adoptan actualmente es el resultado de su relación dialéctica con el resto. El patriarcado no es lo mismo que hace 1000 años, pero el capitalismo tampoco lo sería si no fuera por el carácter y las características que el patriarcado le ha imprimido. Por eso, para comprender la forma que adopta la dominación en la época del capitalismo es imprescindible comprender la naturaleza de todas estas capas y, sobre todo, la relación entre ellas. Es un ejercicio complejo, pero no imposible; al menos, cuando tenemos un hecho social compartido por todas las capas y que está en la base de toda dominación; la propiedad privada.

Creemos que la propiedad privada es la fuente de toda opresión y explotación. Desde la propiedad sobre el cuerpo y el trabajo de estas mujeres hasta la propiedad sobre el capital, exponente de todo el trabajo social. Así, no es lícita la propiedad privada que el burgués obtiene sobre el capital (esto es evidente), pero tampoco la que un individuo obrero obtiene sobre el salario. Esto se debe a que el trabajo se ejecuta como un proceso colectivo, más allá incluso de la familia, que es el resultado de todo el metabolismo social. De esta forma, el trabajo que cada uno de nosotros realizamos no es más que el resultado de una capacidad que ha surgido colectivamente. En el caso de la reproducción de la fuerza de trabajo nos ha quedado claro: ¿a quién corresponde la propiedad de cada hora que un obrero dedica al puesto? En cada una de esas horas, ¿en qué proporción podemos medir el cariño recibido de la pareja la noche anterior? ¿O pasar la tarde del domingo en la zona de trabajo? ¿O la mañana que pasó su madre para arreglar los pantalones que lleva puestos? ¿O el insostenible dolor en el cuello de quien ha cosido sus zapatos durante 14 horas en Bangladesh?

El trabajo, si lo concebimos como un proceso indisoluble (que contiene el trabajo reproductivo y el sobretrabajo), no puede tener nunca un carácter puramente individual. Es más, asumiendo que hoy por hoy es un fenómeno que aparece socialmente dividido en escala planetaria. Es decir, la dimensión individual del trabajo es una realidad inconmensurable, una realidad imposible de medir. Y, por tanto, no es posible medir con justicia el importe que corresponde a cada individuo de un hecho que sólo puede llevarse a cabo socialmente. Por eso toda propiedad privada que se implanta sobre el proceso de trabajo, todo proceso de trabajo que toma la forma de la mercancía, lleva en sí la apropiación y la lógica de la injusticia. Como con el trabajo, la propiedad privada tiene su reflejo en el ámbito del pensamiento, en la mentalidad dominante que alimenta toda la cadena de la dominación, y en la alienación que va asociada a ella. Sin comprender la importancia de la mentalidad dominante que contiene los pensamientos burgueses, liberales, patriarcales y coloniales, nos resultará difícil superar el Sistema de Dominación.

Por último, todo esto, debido al desarrollo y la resistencia histórica, tiene una expresión específica en el País Vasco, un pueblo que aparece oprimido bajo los estados español y francés. La opresión nacional en Euskal Herria es la forma política que adopta el Sistema de Dominación en Euskal Herria, por lo que, sin superarla, será imposible superar la opresión nacional y viceversa.

Nos toca, pues, dar una salida a todo esto. Y para ello tendremos que cortar el latido que el Sistema de Dominación lleva en su corazón. Propiedad privada. Ya sea capitalista o de cualquier otra forma. Ya sea sobre el trabajo y la producción o sobre los cuerpos. Superar la propiedad privada junto a la mentalidad dominante que es su reflejo psicológico. Superar todos ellos, y como eso no ocurrirá de un día para otro, amasar la brújula que nos dirija en esa dirección. El comunismo, al menos en Euskal Herria, el comunismo abertzale. La expresión libre de una vida que pueda organizarse y desarrollarse sin dominación alguna; la expresión de una existencia humana basada en la igualdad y la libertad. No será un camino fácil y, en nuestra opinión, sólo se podrá llevar a cabo como un largo y complejo proceso histórico, un proceso revolucionario. Eso sí, sólo tenemos a nuestro alcance un instrumento para avanzar en ese camino; la organización revolucionaria, y las tácticas y estrategias revolucionarias que sólo pueden desarrollarse en sí mismas. Abordaremos esto más adelante, pero no tenemos ninguna duda de que esas tácticas y estrategias que se sintetizarán en el proceso hacia la Independencia Socialista tendrán que estar centradas en la clase trabajadora vasca, en la conciencia nacional como motor y en la liberación de las mujeres.

## **Patriarcado en el sistema de dominación**

Hoy dedicamos Hauspoa a la lectura sobre género, patriarcado y feminismo. En un texto anterior explicamos la comprensión general del sistema de dominación y cómo entendemos la posición y función del patriarcado en el que se insertaba. Sin embargo, creemos que el asunto merece un texto específico, porque se trata de un debate latente en la actualidad, y de un proceso de liberación de vital importancia en la vía revolucionaria.

Se trata de un debate que levanta polvareda por diversos motivos. Por un lado, ha sido un tema oculto durante años en los movimientos revolucionarios, que no ha tenido importancia y que, a lo sumo, se ha pospuesto como trabajo doméstico posterior a la revolución real. En los últimos tiempos, las mujeres de los movimientos revolucionarios han venido insistiendo en la importancia de esta opresión, trayéndola a la primera línea de la agenda. Tenemos, pues, un tema de debate bastante reciente, que ha sacado a relucir muchas ideas y que todavía está en proceso de construcción.

### Nacimiento y evolución del patriarcado

Comenzaremos por la cuestión del origen del patriarcado. Hay que aclarar que las teorías que hoy están a nuestro alcance son escritas desde un punto de vista determinado y no responden a realidades e investigaciones de otras partes del mundo.

En las teorías a que nos referimos aquí, en la base de los posibles orígenes del patriarcado, se da, para empezar, por bueno que existían ciertas categorías de mujeres y hombres; precisamente se distinguía entre los que daban a luz y los que no. Esta separación era la que provocaba una diferencia entre ambos en los procesos de vida, ya que el parto conlleva largos meses de condiciones y descendientes (embarazo, parto, posparto...), lo que implicaba la asunción del cuidado del niño y, por tanto, menos tiempo en otros trabajos colectivos.

En cuanto a la primera teoría, y asumiendo que la anterior fue así, era más generalizado que los hombres se dedicaran a la caza (aunque hay pistas de que la caza era un ejercicio colectivo en el que participaban mujeres). En este proceso de caza se creaba un clima propicio para el desarrollo del pensamiento estratégico y de las naturalezas agresivas, diferenciación que propició la profundización en las categorías de género de mujeres y hombres y el desarrollo del carácter dominante de los hombres en detrimento de las mujeres. Por tanto, esta primera teoría pone el acento en la división gradual del trabajo que supone tener hijos, de donde se deduce, ligada al diferente desarrollo de los caracteres, la dominación/dominación/opresión. Esta teoría no nos aclara qué pasaba con las mujeres que no daban a luz o que también se incluían en la categoría social femenina.



Una segunda teoría dice que en el desarrollo del trabajo humano el pensamiento fue imponiéndose en comparación con la mano/trabajo físico. Esta hipótesis da por buena la existencia de una base física en la separación entre mujeres y hombres que nos hace más fuertes a los hombres y más vulnerables a las mujeres. Por ello, a medida que disminuía la importancia de la fuerza física, aumentaba la importancia de las mujeres; es decir, disminuían las desigualdades entre mujeres y hombres, socialmente importantes, lo que provocaba una reacción de los hombres, que luchaban por mantener su poder. Esta teoría nos da a entender, por tanto, que el patriarcado ya existía con anterioridad, ya que para provocar esta reacción masculina, los hombres ya habrían tenido antes un poder social generalizado.

La última teoría que analizaremos recurre al proceso de sedentarización durante el Neolítico. Según esto, a medida que se abandonaba la vida nómada y se exageraba la existencia de la agricultura, se desarrollaron los medios de producción y se hizo más eficaz la producción, lo que permitió que hubiera excedentes. Estos excedentes se convirtieron en elementos de competencia, ya que la comunidad que los producía tenía ventaja. Por eso, se crearon los medios para proteger la sobreproducción y comenzó a arraigar el pensamiento de entenderla como propiedad. A medida que el propietario fallecía, el sucesor que mantuviera esa propiedad quería ser garantizado; y la clave está en que esa descendencia se da a través de los niños, y los niños, a través de los que dan a luz. Así pues, se puso en marcha un proceso de control y asimilación de las parturientas como medio para la asimilación y control de la descendencia y la propiedad. Así, además del control explícito sobre estos cuerpos, se impuso el papel social de los mismos, para lo cual era necesario distinguir y transmitir los roles de género, generalizar el disciplinamiento y restringir las libertades de las mujeres. Así pues, la apropiación de las mujeres se convirtió en el medio y fundamento de la propiedad privada generalizada. A partir de ahí llega la competencia y la clasificación según la propiedad privada, es decir, la división de clases. Estas clases se dominan mutuamente, y para esta dominación es necesario, entre las dos, garantizar la dominación femenina. Porque el dominador necesita constantemente obreros que cultiven sus tierras, y tiene que pasar su propiedad a quién; porque el dominado también tiene que pasar la sucesión, y además encuentra la posibilidad de poder socialmente con la subyugación de las mujeres, y eso quiere, porque tiene incorporada la lógica de la dominación. Sin embargo, debemos entender que esta dominación, anterior a la división de clases, tiene implicaciones más allá de la lectura racional que hoy podemos hacer, y no podemos buscar sólo en intereses conscientes el sustento de la opresión. La mentalidad desarrollada a lo largo de los siglos ha necesitado de muchos mecanismos para poder desarrollarse, cuyo origen es también, desde el punto de vista económico, puramente irracional. En eso consiste la lógica de la dominación: en ser insertada en lo más profundo de los individuos, haciendo casi invisibles los intereses sobre ellos.

Como hemos dicho, no vamos a defender como tal ninguna de estas teorías, pero podemos decir que, siguiendo la secuencia lógica, es el patriarcado el que inaugura el sistema de dominación y la sociedad de clases. El patriarcado puede existir como tal: no necesita ninguna otra división de clases para existir, y él es el medio para la primera división de clases; por otra parte, la sociedad de clases, para garantizar su reproducción, necesita tener bajo control el elemento directamente encargado de esa reproducción: los cuerpos y las vidas de los que dan a luz.

Este elemento se denominará mujer a medida que se vaya desarrollando su rol social: su vida está destinada a tener hijos; para ello es necesario, como se ha dicho, un disciplinamiento generalizado, y para ello, la creación de una misma categoría de mujeres. Ese papel central ha perdurado a lo largo de la historia.

Aunque las mujeres hemos tenido hijos y nos hemos dedicado al cuidado, en general no hemos sido exentas de otro tipo de trabajo. Es decir, siempre y en general hemos sido condenados a doble jornada: a trabajar solos en tareas de vigilancia, y a hacerlo también fuera de las tareas de vigilancia. Pero en estos trabajos fuera de casa siempre hemos sido condenados a condiciones adversas, bien porque nuestro valor social no es reconocido, bien porque la carga de trabajo no nos deja tiempo y fuerza suficientes para dedicarnos a otros trabajos. Por ello, desde la Edad Media (al menos) hemos tenido las condiciones para ser sujetos principales de la pobreza. A finales de la Edad Media y con los albores del Capitalismo, a medida que se iniciaba el proceso de cierre de tierras en el siglo XVI, esta situación se fue haciendo más cruda, potenciando el papel de controlador masculino y profundizando en la formación de clases en el seno de la sociedad. En este proceso una de las consecuencias ha sido el empobrecimiento de las mujeres, y esta pobreza/hambre ha provocado muchas veces alzamientos dirigidos y/o desencadenados por las mujeres. Como nos dice Federicci, esto provocó también que se extendiera el hambre y la ideología contra el pobre (asociar el hambre al diablo), porque sabían que el hambre podía provocar un levantamiento social, y en lugar de evitar el hambre misma, las clases altas encontraron la manera de evitar las asfixias para evitar los numerosos ataques a los ricos. Por tanto, la mujer ha sido históricamente sujeto activo de la revolución, y a ese potencial responde la profundización en su disciplinamiento.

En la misma época se consolida como institución familiar, instrumento para el mantenimiento de la población frente a las plagas que vivía Europa, y se extreman las medidas de control sobre la sexualidad de las mujeres para incorporar fuertemente la función de fábrica infantil. Es necesario para garantizar que dedicaremos nuestro tiempo al aparato ideológico: la figura de ama de casa, el apego a la familia, la heterosexualidad y el cierre de puertas a la vida pública (tanto material como mentalmente); en otras palabras, la heteronormatividad, el modelo familiar patriarcal y la división sexual del trabajo. Esta ideología se interiorizó tanto que los hombres trabajadores también han solicitado en numerosas ocasiones el cierre de las mujeres en sus casas desde que se empezó a abrir de nuevo la posibilidad de acercarse a las fábricas.

Llegados a este punto, podemos abordar la división y el entendimiento entre el trabajo productivo y el reproductivo. Cuando se habla en general y rápidamente, suele decirse que el trabajo productivo es el que realiza el obrero en el trabajo asalariado, y el trabajo reproductivo, el que el obrero tiene que hacer para sobrevivir y volver a trabajar. En cambio, nosotros compartimos otra comprensión: el trabajo reproductivo es todo lo que hace el obrero para reproducirse, entre ellos, el ir al trabajo asalariado. Sin eso, no podría comprar comida, cocinar ni cuidar niños. A su vez, podemos denominar trabajos productivos a los ahora mencionados, ya que se trata de producir al trabajador para cocinar o cuidar de los niños. Pero estos términos son sólo categorías en función del trabajo asalariado. Si queremos superarlos, no podemos pensar en función de ellos. El tipo de trabajo al que estamos orientadas las mujeres en general ha sido el denominado como reproductivo. En cambio, al pensar hacia adelante no vale decir que las mujeres queremos formar parte del trabajo productivo. Por un lado, porque lo somos, y por otro,

porque este clamor no es transformador en sí mismo. En efecto, en una esfera u otra, los roles de género pueden sobrevivir (y sobreviven); del mismo modo, mientras andamos dentro de las categorías del trabajo asalariado, nada de trabajo libre. Es evidente que la liberación de las mujeres sólo se alcanzará con el fin del trabajo asalariado y con una sociedad feminista en la que el género no marque el trabajo y el rol social a desempeñar.

### Tentáculos del patriarcado

Hasta ahora hemos mencionado las diferentes formas de opresión que el patriarcado ha desarrollado a lo largo de la historia en los diversos ámbitos de la vida. Estas son formas de opresión que sobreviven y siguen desarrollándose hasta nuestros días y que podríamos resumir en la apropiación masculina del salario, la devaluación de la venta de trabajo de las mujeres, la apropiación de nuestros cuerpos, la exclusión de los cuerpos fuera de la heteronorma y la omnicomprendiva mentalidad dominante patriarcal, necesaria para reproducir el resto. Ya mencionamos estas en el texto dedicado al sistema de dominación, así que aquí las repasamos y profundizamos un poco.

En cuanto a la apropiación masculina del salario, nos referimos a que cuando los hombres trabajan fuera de casa, ha apropiado el trabajo realizado por una o más mujeres para reproducir su fuerza de trabajo. Es decir, sabiendo que la mayoría de las tareas que se realizan en el hogar están en manos de las mujeres, todo este proceso que necesitan los hombres para ir a trabajar queda oculto cuando reciben la nómina a título individual: la compensación de un proceso colectivo. Es posible que muchos piensen que se ha avanzado en el reparto del trabajo doméstico y que, por tanto, este proceso colectivo es realmente colectivo. En la mayoría de los casos en los que los hombres realizan algunos de estos trabajos, sin embargo, las mujeres suelen ser las encargadas de ellos. Por tanto, se podría decir que el trabajo no asalariado está actualmente en manos de las mujeres.

En cuanto a la devaluación de la venta de trabajo de las mujeres, también hay quien dice que es un asunto superado. Pensar eso es mirar las capas más altas de la clase obrera de la sociedad occidental. Y es que los que estamos en capas inferiores sufrimos en el día a día la segregación por género en el trabajo. ¿Cuántas jóvenes conocemos a nuestro alrededor que cobran miseria a cambio de cuidar a los niños hasta que son muy superiores? Incluso en puestos de gama superior, todavía existen diferencias salariales. ¿Cuántas mujeres mayores, con o sin estudios, trabajan cuidando a personas mayores de otros hogares en condiciones precarias? ¿Cuántas mujeres conocemos a nuestro alrededor en régimen intra-doméstico dedicando toda su vida a un trabajo mal-ordinado a sueldo? En este caso, es inevitable mencionar el factor raza y los flujos migratorios. Claro que la colonialización y el racismo juega un papel básico en la precarización. Miles de mujeres en sus países dejan a su familia en manos de otras mujeres y vendiendo todo su tiempo de vida envían las migajas ganadas a su país de origen para que allí la familia tenga mejores condiciones. En estos casos, todo el ciclo reproductivo suele quedar en manos de las mujeres de la familia y el patriarcado juega un doble papel: en el pueblo de origen los hombres de la familia están desaparecidos, dejando todo el cuidado de los niños en manos de las mujeres, que para poder cumplir con este trabajo tienen que sumergirse en trabajos precarizados asignados a las mujeres migradas, que están doblemente devaluadas, porque están ocupadas por mujeres y

migradas. Este último análisis puede ser muy generalizado y superficial, y parece compuesto de prejuicios, pero al menos no es una situación excepcional como la que acabamos de describir.

Tan pronto como nacemos, se hace una separación binaria según nuestros cuerpos. Así, hombres y mujeres se definen sin dejar resquicio alguno para el resto de identidades. Dando por supuesto que el sexo y el género convergen, a cada sexo se le asigna un género concreto, al hombre el masculino y a la mujer el femenino, y a cada género le corresponden distintos grupos de roles.

Por otro lado, otro pilar importante de la apropiación sobre nuestros cuerpos es la sexualización. Tanto a niños como a niñas nos asignan desde muy pequeños un rol sexual concreto. En el caso de los hombres depredadores, acosadores, decididos, y en el de las mujeres sensuales, seductores, candidatos. Esta posibilidad de ser propiedad de los hombres recorre toda nuestra vida, moldea nuestra mínima disposición diaria y oscurece el más mínimo rincón de nuestra autoestima. Rebaja nuestras aspiraciones en la vida, delimita las relaciones a mantener y anula nuestro deseo. Cómo no, nos lleva a vivir con miedo, a temer caminar solos y a distorsionar las relaciones con los hombres. La idea de que en cualquier momento podemos ser atacados es algo que llevamos integrado en lo más profundo de nuestros cerebros y cuerpos, y eso es lo que muchas veces nos limita para tomar decisiones o desarrollar nuestra forma de ser. La propiedad privada de los hombres (posibles) de nuestro entorno es nuestro cuerpo, y nuestra vida.

El acoso sobre cuerpos y prácticas fuera de la heteronorma responde al castigo sobre el incumplimiento de nuestro rol sexual. Mujer nacida, mujer nacida, mujer viva. Esto significa cumplir con los estereotipos y deberes previstos: preservar el carácter y la apariencia femenina, crear una familia heterosexual y tener niños y ocuparse de ellos. Si no cumplimos con una de ellas, estaríamos cuestionando la feminidad, enfocando el papel de madre y cuidadora que tenemos que desempeñar en otra dirección o pasando a otra persona, no produciendo la descendencia necesaria, no siendo un objeto para los hombres.

En el fondo, lo que sustenta toda la ideología de opresión mencionada es la mentalidad dominante omnicomprensiva, basada en el patriarcado. Esta mentalidad permite que la posición de las mujeres sea devaluada, tanto dentro como fuera de la familia, dentro y fuera del mercado laboral. Tanto en las relaciones personales como en las categorizaciones generales, despreciar las capacidades de las mujeres, entenderlas como más débiles e indefensas, invalidar el trabajo que hacemos y estar legitimadas para hacer con nuestros cuerpos lo que quieran.

### Experiencias de lucha de las mujeres

La mentalidad dominante patriarcal es de sobra conocida para toda mujer, porque la vivimos en el día a día. Y por ser subyugado nuestro rol, esta clase de dominación no ha sido considerada legítima y válida, no ha sido estudiada ni combatida, ni siquiera en los llamados movimientos revolucionarios. Sin embargo, a lo largo de la historia ha habido un buen número de mujeres luchadoras que han querido hacer frente de muchas

maneras a la opresión (no sólo patriarcal) que sufrían. Vamos a traer aquí algunos ejemplos de ellos, porque es importante la participación como mujeres en las diferentes luchas, recuperar el papel relevante y la iniciativa, construir y tener presente nuestra memoria colectiva, confiando en que nos ayuden a afrontar los retos que tenemos hoy en día.

Podemos encontrar ejemplos desde momentos lejanos de la historia. Como ya se ha mencionado anteriormente, cuando comenzaron a construirse los cierres de cara a la privatización de los terrenos, los miembros de las comunidades que trabajaban la tierra se opusieron a ellos. Muchas mujeres acudían entre ellas a arrancar las vallas; eran ellas las que a menudo hacían los llamamientos y marchaban en primera fila. Pero el patriarcado ya estaba establecido en la sociedad: las mujeres no eran consideradas sujetos jurídicos, por lo que, aunque cometieran el delito, no podían ser consideradas delincuentes. Así es que muchos hombres se disfrazaban de mujeres para cometer estos actos, a fin de no poder ser denunciados. Pero ante la trampa de los legisladores, comenzaron a lanzar amenazas sobre los hombres para que controlaran a sus mujeres. Las mujeres, a partir de ahí, tenían que ir secretamente de los hombres a oponerse a las vallas; doble castigo y doble lucha, pues.

La caza de brujas se consolidó en la misma época como instrumento de disciplinamiento generalizado. Cualquiera que en un principio iba contra el orden de los Estados era considerado como brujo, tanto hombre como mujer. Con el tiempo, la figura de la bruja se volvió femenina y la caza de brujas se convirtió en un mecanismo para mantener ese rol necesario para mantener el orden social. Esto nos demuestra que eran las mujeres las que se enfrentaban principalmente al orden de la propiedad privada, de las clases opresoras y de los hombres. Además, atendiendo a las sentencias colectivas mantenidas, vemos que las mujeres actuaban unidas en acciones antisistema. Y que, a pesar de las torturas sufridas, a menudo no denunciaban a sus hermanas. En la resistencia a estas torturas se refleja la fuerza física e ideológica de estas mujeres; el amor a su comunidad y a su vida libre, y su capacidad de lucha.

En siglos posteriores también ha habido un intento evidente de resistencia y politización de las mujeres, pero también ha aumentado la opresión y el disciplinamiento; no sólo el disciplinamiento sobre las mujeres, sino la burocratización y alienación integral de la sociedad. Esto ha dificultado el desarrollo del carácter propio y colectivo de las mujeres, así como el reflejo de nuestro papel activo. Sin embargo, a lo largo de la historia ha habido muchas mujeres que se han organizado tanto para la autodefensa como para la acción activa, de una manera más local y amplia, más clandestina o pública. Entre ellas, cabe destacar la presencia de mujeres en partidos y grupos socialistas/comunistas, que han aportado en numerosas ocasiones en relación a su condición de mujer para visibilizar esta esfera de la dominación. Y también en esos partidos revolucionarios, que a menudo han sido silenciados. Y aun por encima de esa dominación, las mujeres han hecho constantes intentos de alzar su voz.

Quizá corresponde a la historiografía burguesa reconocer la lucha de las sufragistas como primera lucha feminista. De hecho, antes de las primeras luchas sufragistas (la década de 1840) fueron muchos los marcos organizativos y clamorosos de las mujeres. En cualquier caso, al sufragismo le debemos que las mujeres hayamos escuchado en voz alta la idea de ser reconocidas como sujeto político. Aunque entendemos que el objetivo

se quede corto y se tome como reformismo, fue la lucha necesaria para cambiar la situación jurídica de las mujeres. También se implicaron en esta lucha las mujeres revolucionarias con fines más allá, pues la fuerza y el eco que iba adquiriendo el movimiento servían para lograr otros fines. Por lo tanto, más que condenar al movimiento sufragista, consideramos interesante ponerlo en la senda de nuestros intereses, ya que no es lo mismo la reforma que el reformismo: no es igual tener como objetivo pequeños logros conforme a la ley del estado, que entenderlos como instrumentos tácticos dentro de objetivos mayores. En las luchas obreras ha predominado la lucha a favor de la reducción del número de horas de trabajo, por ejemplo de la jornada de 8 horas, a pesar de saber que esto no es más que una reforma en sí mismo. Y, sin embargo, se concibe como un paso necesario en el camino de la revolución. Pues bien, así entendemos también el sufragismo; un hecho histórico que los diferentes intereses utilizarán de manera diferente.

A lo largo de la historia se ha abordado la cuestión de género desde diferentes puntos de vista. A continuación se citan algunas pinceladas.

El feminismo marxista o socialista se centró en la clase y el trabajo reproductivo. No hay acuerdo sobre si el trabajo reproductivo reproduce no sólo el valor de uso, sino también el valor de cambio, pero los que defienden que sí, reivindican el salario para el trabajo reproductivo. El feminismo negro trajo consigo la teoría de la interseccionalidad y la triple opresión. Los principales ejes de las campañas del feminismo negro de los años 70 fueron los derechos reproductivos, la eliminación de prisiones, las violaciones, los derechos de las lesbianas, la esterilización forzada... El anarcofeminismo puso en el punto de mira la propiedad privada, la patria y el modelo de familia. En la defensa de la emancipación, en la libertad, en la igualdad de sexos y en el amor libre. No lo centraban todo en la explotación económica en talleres y fábricas, hablaban más ampliamente de la opresión, incluyendo instituciones como el Estado, la Iglesia o el Ejército, pero también la familia patriarcal. El feminismo liberal reivindicó la igualdad jurídica y la libertad y los derechos políticos para las mujeres que supuso la revolución francesa de 1789. El transfeminismo es una teoría que viene a abrir el sujeto del feminismo, dando paso a un sujeto que va más allá de la mujer que es cisgénero. El objetivo del transfeminismo va más allá de la liberación de la mujer. Busca la desaparición de la segregación social. El feminismo radical criticó al feminismo liberal, acusándole de buscar únicamente la igualdad formal, sin profundizar en las relaciones de poder. En opinión de las feministas radicales, donde el poder debe estar presente es en el análisis político, no sólo en el ámbito público, sino también en el privado, de ahí el lema "lo personal es político", que venía a romper con la diferencia público-privada.

#### La lucha de las mujeres vascas

El desarrollo de la conciencia feminista en las organizaciones mixtas de la Izquierda Abertzale comenzó a tejerse en la década de 1960. Por ejemplo, la evolución de los escritos es evidente. En un principio las mujeres se limitaban al papel de ama de casa y de madre en el discurso; un clamor que se hacía en contraposición a su condición de objetos de placer. Posteriormente, a pesar de que los roles de mujer y hombre estaban bien diferenciados, a las mujeres se nos permitió participar en el espacio público: se

subrayaba nuestra responsabilidad en trabajos relacionados con la cultura y la sociedad. Con el tiempo se ensanchaba el espectro de las obligaciones políticas e interpelaba como sujeto en la lucha por la liberación nacional. Sin embargo, la figura discursivamente mujer-ama de casa ha sobrevivido a las reivindicaciones que se hacían, como la exigencia de un salario para las amas de casa, reconociendo su papel en la sociedad como responsables de la educación de los futuros ciudadanos vascos. Pero hay que decir que para la década de 1970 el debate estaba fuertemente sostenido y que expresiones como las citadas anteriormente habían ido disminuyendo. Aun teniendo en cuenta este avance discursivo, debemos tener en cuenta cuál ha sido la práctica de los militantes, sus acciones o no coincidentes con el discurso, y que las mujeres tuvieron necesidad de crear estructuras propias. Por lo tanto, debemos analizar la historia desde el discurso, pero sin perder de vista la práctica, de ahí tenemos que aprender.

La necesidad de la liberación de las mujeres en Euskal Herria comenzó a organizarse en los años setenta. Tuvo su origen en el País Vasco francés, su influencia en Europa y su represión en el Sur. La lucha por el aborto libre y gratuito presidió los inicios hasta su legalización en el estado francés en 1975. Las mujeres de la izquierda aberzale crearon un grupo autónomo en Iparralde y a Euskal Emazteak Bere Askatasunaren Alde -EBAA- le debemos el primer paso de la elaboración feminista dentro del ENAM y la teorización de la triple opresión.

En sus reflexiones se preguntaban: ¿cómo entender la opresión que sufrimos las mujeres? ¿Cómo afrontarlo tanto de forma práctica como teórica? ¿Cómo entender la situación social desde los esquemas clásicos provenientes del marxismo? Enseguida se dieron cuenta de la necesidad de formar un corpus ideológico y miraron hacia procesos y teorizaciones que se estaban desarrollando en otras partes del mundo. La teoría de la triple opresión (de raza, de clase, de sexo) que se estaba desarrollando en EEUU tuvo una gran influencia en el feminismo vasco que estaba tomando cuerpo en nuestro país. El feminismo vasco atrajo las teorías de los demás países y las adaptó a nuestra situación socioeconómica.

Estas revolucionarias vascas se acercaron al marxismo y vieron que el marco teórico que ofrecía el materialismo histórico daba respuesta a los problemas sociales de aquí. El materialismo histórico les ayudó a entender que las relaciones de poder entre los sexos eran estructurales y aprendieron que esa opresión era ideológica y política y por tanto económica.

Al estudiar a la sociedad, Marx puso tanto como objeto de las investigaciones como sujeto de la revolución al hombre, el hombre burgués y el hombre obrero. La situación era muy similar entre los comunistas vascos o los socialistas. En cualquier caso, en teoría y praxis incorporaron una nueva variable: las mujeres. Profundizaron en la teoría marxista para explicar y hacer admitir que tanto el objeto de estudio como el sujeto de la revolución eran las mujeres trabajadoras vascas. Así, aquellas mujeres vascas, trabajadoras de una nación negada, tomaron conciencia de su opresión y desarrollaron una teorización sobre las tres opresiones.

A partir de ahí llegaron las KAS Emakumeak, que sumaron a los objetivos estratégicos de KAS -Euskadi independiente, socialista, unida y vasca- el patriarcal. Definían la lucha anti-patriarcal como la abolición de la división sexual del trabajo, el control del

propio cuerpo, el libre desarrollo de los afectos y relaciones sexuales, la participación igualitaria en la gestión económica y política de la sociedad.

En la misma línea y para seguir con la misma lucha surgieron Aizan! (Fuera de la alternativa KAS pero con objetivos similares que la afectan), y posteriormente en Egiza (dentro de la alternativa KAS). Estas organizaciones actuaron desde fuera y desde dentro de la izquierda abertzale, siempre ligada al movimiento feminista, con el que organizaron diversos encuentros importantes.

Finalmente, surgió Euskal Herriko Bilgune Feminista, que sigue vivo, y que pretende hacer de red de grupos feministas.

Desde la década de 2010, sin embargo, las cosas han cambiado mucho y han aparecido numerosas expresiones organizadas, unas de nivel local, otras nacionales.

### De la comprensión y necesidad del feminismo

Completando nuestra memoria feminista, podemos pasar al entendimiento del feminismo. El feminismo ha tenido y tiene hoy muchas connotaciones, muchas de ellas negativas. No creemos que sea casual que estemos en el punto de mira, como se ha mencionado al principio, en la medida en que el movimiento que impulsa la liberación de las mujeres es un intento de escapar bajo control, porque todo aquel que nos quiera controlar será recibido con sospechas. Pero no queremos con ello construir la fortaleza y escondernos en ella. Es evidente que el feminismo tiene muchas caras y sólo algunas de ellas nos son válidas a quienes creemos en una revolución integral. Por eso, para empezar, creemos que el feminismo es anticapitalista y antiracista por naturaleza. La sociedad dividida en clases es creada y sostenida en parte por el patriarcado, así que, cuando acabemos con el patriarcado, abriremos el camino para extirpar de raíz a la propia sociedad de clases, a la lógica de la propiedad privada. Y claro, aunque el apoyo no fuera patriarcado, es imposible pensar que las mujeres seremos libres en un capitalismo que ha acabado con el patriarcado (si eso fuera posible). Según nuestra comprensión, el feminismo tiene que cambiar radicalmente la sociedad, cuestiona toda forma de relación y tiene que agitar de arriba abajo la organización social. Por eso no aceptaría ninguna explotación, ninguna conquista, ninguna relación de poder estructural.

El feminismo es proceso, objetivo y lucha. Se trata de un proceso en el que los movimientos revolucionarios, al igual que la sociedad, deben realizar una lectura y elaboración rigurosa del género. La tarea inmediata es superar el menosprecio que sufrimos las mujeres trabajadoras en todos los ámbitos de su vida y de su lucha. Las mujeres adquiriremos nuestra liberación a través de la lucha, junto con la liberación de toda la sociedad, y para ello debemos preparar a la zona para que acepte nuestra lucha. A esto llamamos despatriarcalización: que las huellas del patriarcado se vayan borrando poco a poco de nuestra naturaleza y relaciones; un trabajo que hay que empezar desde hoy.

Además, será la garantía del proceso de liberación. Lo que asegurará que el proceso general de liberación tenga siempre a la vista la cuestión del género en primera línea. Y



más aún, la que asegurará que el curso de la lucha se estudiará desde la mirada del oprimido, dos, tres veces oprimido, porque comprenderá mejor el sistema de dominación en su conjunto. Por eso, las mujeres revolucionarias debemos ser las guías de la lucha, llevamos en nosotros el aliento de liberación.

Y claro, el feminismo es el objetivo; como se ha descrito, el feminismo busca una sociedad sin clases ni opresiones, lo mismo que el comunismo; pero, además, explicita que la liberación de las mujeres es imprescindible para crear una sociedad libre, ya que en ocasiones se nos ha olvidado en los procesos de liberación.

Para llevar a cabo este trabajo, incidimos en la subjetividad y visión de las mujeres: por un lado, llevamos la mirada integrada de la oprimida, perseguida al disciplinamiento que nos ocupa toda la vida por haber nacido mujer; por otro, en la cultura de la oprimida, que a menudo tendemos a enredar entre nosotros, a compartir sufrimiento y trabajo, a desarrollar menos el ego y la necesidad de protagonismo que la cultura de los hombres más volcados en la individualidad y la competitividad. Como la propiedad privada somos nosotros mismos, llevamos interiorizada una menor tendencia a entender a otros como propiedad. Estos elementos pueden ser, en definitiva, las bases para una cultura colectiva y humilde, una base adecuada para la cultura comunista.

Así pues, mujeres trabajadoras del mundo, unámonos, hagamos nuestra contribución a la revolución en curso desde hoy. ¡Mujeres revolucionarias vascas, tomemos el relevo de las mujeres que han estado trabajando en la liberación de Euskal Herria, e iniciemos la lucha!

## **Ética revolucionaria**

Centraremos el análisis de hoy en la ética, concretamente en la ética revolucionaria. Lo de la ética es un asunto que cualquier planteamiento revolucionario debería abarcar, y hoy queremos hacer públicas algunas reflexiones sobre el tema.

### Ética y verdad revolucionaria

Cualquier grupo humano necesita unos criterios que guíen la actuación de los miembros que lo componen; unos valores concretos que expresan lo que es adecuado y lo que no. En función de ellos se adaptará la personalidad de cada uno de los miembros, el carácter de cada individuo. En la Grecia clásica, con la palabra *ethos*, se definía la estancia, el lugar o el espacio donde vivir. Con el tiempo, ese *ethos* pasó a expresar la forma de ser de cada uno; comportamientos y maneras de actuar creaban ese espacio dentro de nosotros. Podríamos intentar orientar y moldear ese lugar de nuestra residencia interior, el *ethos* o el carácter, según los valores que nos parezcan adecuados. Ahí es donde podemos situar el origen de la ética. También de moral, pues la palabra moral es una traducción latina del *ethos* griego. Al fin y al cabo, también la moral, como la ética, nos ofrece criterios para detectar lo que es adecuado y lo que no en la vida.

Empezando por este punto de partida, la lectura sobre ética o moral puede tomar múltiples direcciones, que pueden ser opuestas entre sí. Por ejemplo, podemos acabar hablando de ética revolucionaria, pero también de moral religiosa. Por eso, antes que nada, vemos imprescindible aclarar ciertos elementos. En primer lugar, creemos que la ética debe ser siempre construida políticamente, se debe llevar a cabo como un proceso consciente, crítico y reflexivo. A diferencia de lo que ocurre con la religión moral, en la que los valores que regulan la socialización están preestablecidos y la simple obediencia a los mismos es exigida. En este sentido, si se pierde el control sobre el código ético construido en un proceso político, se olvida de que lo hemos creado nosotros mismos y adquiere autonomía propia, quedaremos atrapados en la alienación. Es decir, en la alienación de la moral religiosa. Por eso debemos tener cuidado cuando hablamos de ética y moral. Lo que pensamos las personas nunca puede convertirse en la palabra de Dios.

Teniendo esto claro, pronto nos daremos cuenta de que ni siquiera con ese punto de partida es suficiente. El código ético no es más que un contenedor que, en función de los contenidos que contenga, nos guiará en una u otra dirección. Es decir, la expresión abstracta de la ética no tiene una significación política vital y, por tanto, no tiene por qué ser una expresión revolucionaria. Es decir, la burguesía también tiene su propia ética basada en el liberalismo, el individualismo y la competencia. Valores éticos funcionales en la sociedad capitalista. Por eso, nosotros no estamos hablando de cualquier ética. Hablamos de una ética que nos sitúe en el camino de un objetivo determinado; de una ética que nos dirija hacia una síntesis social sin propiedad privada, que nos guíe hacia una vida libre sin dominación alguna. Con la misma ética que irá tomando cuerpo esos contenidos. Ética comunista revolucionaria. Pero ¿cómo abordar la construcción de la ética comunista? Como punto de partida, debemos tener claro que, aunque el proceso ético afecte al individuo, el sujeto del proceso mismo debe ser el colectivo; que tanto el punto de partida como el de destino del proceso ético deben tener

un carácter colectivo. De este modo, la construcción de los valores éticos revolucionarios debe partir de la reflexión colectiva, que provoque la transformación de la personalidad individual sí, pero con el objetivo de incorporar a estos individuos a la lógica colectiva con una fuerza aún mayor. De no tenerlo esto claro, corre el riesgo de que la elaboración de la ética se convierta en un ejercicio autocomplaciente y liberal.

Por otra parte, con el comunismo como brújula, parece que la ética revolucionaria tiene una dirección clara, un soporte sólido. Pero ¿cuál es exactamente esa dirección? ¿Cómo detectar este soporte en un modelo de sociedad como el actual, dominado por la lógica de la dominación? Para responder a esta pregunta debemos recurrir a otro concepto relacionado con la ética: la verdad. Se ha proclamado en voz alta que no hay verdad en el contexto ideológico posmoderno, que todo es relativo. No vamos a adentrarnos aquí en la profundidad de ese debate, pero hay ciertos hechos que se dan en la realidad y que son irrenunciables. Por ejemplo, es innegable que en el mundo actual existe la dominación y la opresión. Es algo real que ocurre en la realidad. Es la verdad del patriarcado y del capitalismo. Siendo así, hay un camino que puede superar esta realidad, que es la verdad revolucionaria. Reconocer la dominación es fácil porque la sentimos cada día en nuestras vidas, en nuestros cuerpos. Tomar conciencia del camino que destruirá la dominación es, en cambio, mucho más difícil. ¿Quién sabe cuál es el camino revolucionario que puede superar al Sistema de Dominación? Durante décadas ha habido numerosos intentos por todo el mundo, pero ninguno ha conseguido materializar el objetivo revolucionario, el comunismo. En este sentido, hay que tener cuidado: con detectar la verdad de la dominación, pensar que nos hemos apoderado de la verdad revolucionaria puede llevarnos a errores graves. Conocer con precisión cómo funciona la dominación no implica conocer las claves para superarla. Este último es un ejercicio mucho más complejo.

Y a pesar de todo, persiste la posibilidad de la verdad revolucionaria. Con las capacidades políticas y organizativas que tenemos hoy nos parecerá imperceptible, casi imposible, pero existe. En todo momento percibimos la silueta de esta verdad; ante las opresiones que vemos y sufrimos la sentimos en cada latido de nuestro corazón. Pues bien, no tenemos más que ir detrás de esa silueta, desarrollar nuestras capacidades e ir definiendo poco a poco la forma de la verdad revolucionaria. No es un objetivo alcanzable en un mes, ni en un año ni en una década. Sólo dedicando la vida a la revolución podemos acercarnos a contemplar la verdad revolucionaria. Y aun con esto, seguramente no bastaría; sólo en el seno de la organización revolucionaria, colectivamente, y acumulando las enseñanzas de las distintas generaciones, es posible conocer el camino hacia la vida libre y llegar a generalizarse a nivel social. Sólo como resultado del proceso de lucha puede materializarse la detección de la verdad revolucionaria.

Así que escudriñar y esculpir, sin descanso, ésa es la condición de la verdad revolucionaria. Y eso, la búsqueda constante de la verdad revolucionaria, es lo que debe guiar la construcción de la ética revolucionaria.

Ahora y aquí, del carácter ético de la revolución

Antes de pasar a detallar los contenidos de la ética revolucionaria, es indispensable

comprender por qué la ética, desde hoy, debe ocupar la centralidad de la actuación revolucionaria. Por qué no puede ser el marco secundario de trabajo que trabajaremos más adelante. En realidad, históricamente en muchos procesos revolucionarios el asunto de la ética ha tenido una importancia notable. En las revoluciones de Rusia y Cuba, por ejemplo, se dieron numerosas discusiones sobre la cualidad de la vida comunista, así como sobre la naturaleza del militante. En el Kurdistán (PKK), Brasil (MST) o México (EZLN) también se han dado profundos desarrollos relacionados con la ética y la militancia revolucionaria. En el ENAM también ha habido muchas reflexiones sobre las actitudes que debe tener el militante, los niveles de compromiso, las obligaciones... En general, la ética comunista es un sistema de valores transmitido a lo largo de la historia (no lineal) de los pueblos oprimidos y de la lucha de clases. Podemos encontrar sus huellas en sociedades premodernas sin estado donde predomina el comunismo primitivo; en formas comunitarias de vida medieval; en herejías religiosas (judaísmo premoderno, anabatistas, antinomianos y cuáqueros...); y cómo no, en el seno del movimiento obrero internacional de los siglos XIX y XX.

Creemos que la importancia que se le da a la ética está relacionada con la manera de entender la propia revolución. A la hora de pensar en la revolución, normalmente hablamos de táctica y estrategia y muchas veces, la táctica y la estrategia se nos presentan como dos momentos separados. Así, el objetivo estratégico sería un destino que se situaría al final de un largo camino; el objetivo táctico, en cambio, los pasos que nos acercarían a ese destino. De acuerdo con esta visión victorista, la revolución se encarnaría como un momento concreto y algunos cambios y avances deberían esperar a ese posible momento revolucionario. A nuestro juicio, esto es un error que han cometido muchos movimientos revolucionarios. Sin caer en el Utopismo, creemos que la táctica y la estrategia deben ser la realidad inseparable del actual proceso de lucha; al tiempo que damos pasos tácticos, también tendremos que dar pasos que tengan un contenido estratégico revolucionario, al mismo tiempo que nos alimentamos dialécticamente. El camino revolucionario debe abarcar el objetivo, ese momento del futuro, por lo que en los pequeños pasos que damos cada día también hay que recoger el reflejo del nuevo mundo.

La responsabilidad de llevar a cabo este reflejo corresponde, antes que a nadie, al militante revolucionario, que debe interiorizar el presente que queremos destruir y la tensión dialéctica del futuro que queremos construir. Romper los valores que el sistema de dominación ha insertado en cada uno de nosotros, romper con la mentalidad dominante y en su lugar construir una personalidad revolucionaria. Y en esto cobra una importancia vital la ética, que nos guiará en ese camino. Porque si hemos dicho que somos capaces de identificar desde hoy las siluetas de la verdad revolucionaria, debemos conseguir materializar también desde hoy la ética revolucionaria que esas siluetas nos iluminan. Esto supone una transformación de la personalidad que, además, no puede esperar a un posible momento revolucionario futuro. Es una dejadez que se ha hecho demasiadas veces; las transformaciones que hay que dar en uno mismo bajo grandes palabras se han guardado en la mochila del revolucionario, junto con otras muchas pendientes, que resolveremos más adelante (no sabemos muy bien cuándo).

En este sentido, tenemos claro que la nueva persona que vivirá en la sociedad libre del futuro no podremos completarla desde hoy, porque sólo puede ser fruto de un proceso social general. Y esas condiciones sociales generales no se cumplen hoy en día. Como

hemos dicho anteriormente, no podemos concebir la ética revolucionaria como un hecho individual, porque la revolución misma es un proceso histórico que sólo puede llevarse a cabo en la escala social, y a nivel mundial. Pero también debemos conseguir que la actuación revolucionaria se lleve a cabo como la prefiguración de la vida futura. Al fin y al cabo, cuando reivindicamos una sociedad sin dominaciones ni clases sociales, si no aclaramos las huellas de esa nueva forma de socialización, poco estamos reivindicando. No vamos a crear esa nueva persona, pero sí vamos a tener que crear una personalidad revolucionaria. Y en eso consiste una de las principales obligaciones del militante revolucionario; ejemplarizarse, escudriñar lo que aún está en la sombra y esculpir la nueva forma de socialización. Esa es la acepción revolucionaria de la vanguardia: ir más adelante, intentar reconocer lo que nadie más ve, encarnarse en sí mismo y traerlo al presente. Acepta el riesgo, la abnegación y el sacrificio con ese paso adelante, con la toma de vanguardia, pero también abre las puertas a una nueva existencia.

Sobre el contenido de la ética revolucionaria: qué somos, qué queremos ser

Deberíamos definir ahora los contenidos que tendrá la ética revolucionaria, tomando como brújula la verdad revolucionaria. Pero antes tendremos que dar un último paso; nosotros mismos somos el resultado del sistema de dominación en el que vivimos y cuyos valores tenemos arraigados en lo más profundo de nuestra personalidad. Esto significa que nuestra personalidad no es un contenedor vacío que podamos llenar sin más del contenido deseado. Por eso, antes de empezar a construir algo nuevo, debemos identificar los valores que vienen por delante y que deben ser eliminados. Antes de empezar a hablar de lo que queremos ser, tendremos que hablar de lo que ahora somos. Aclarar la cualidad de la mentalidad dominante.

Decimos que la sociedad actual es patriarcal, racista y liberal. En general, su liderazgo recae en la propiedad privada y en el egoísmo, en el que se estructuran todo tipo de opresiones. Estas opresiones cubren todos los ámbitos de nuestra vida: nuestro pensamiento, nuestras relaciones, nuestro calendario, nuestros deseos, nuestros sentimientos. Todo momento, funcionamos según la misma lógica, sin que nosotros queramos. Podemos explorar el origen de esta mentalidad en la historia, en el nacimiento y desarrollo de los sistemas económicos, en la primera semilla de la opresión patriarcal y en todas las expresiones, en las prácticas salvajes y sutiles del colonialismo indagaremos en cuál es el origen del patriarcado, y descubriremos las leyes del sistema sexo-género, del sistema económico, que de momento han degradado más la relación entre géneros, momento en el que los pensamientos patriarcales globalizadores se han integrado profundamente en nuestro cerebro. Podemos estudiar las razones del colonialismo, teniendo en cuenta las ideológicas y las geopolíticas, pero veremos que tienen su última estación en las relaciones individuales y en nuestros pensamientos. Analizaremos la lógica económica del capital y veremos la naturaleza de las relaciones económicas, dibujando el desarrollo de las relaciones de explotación, hasta el punto de llegar a ver que llevamos en nosotros el pensamiento burgués.

Lo que pasa es que la forma concreta de estructurar la sociedad y de desarrollar la historia ha formado en ella el mundo; y nosotros, formamos parte del mundo. Los elementos mencionados anteriormente los llevamos insertados; así estamos contruidos. Buscamos el rendimiento personal en cualquier acción (sea monetaria, de posición social, de eficacia o productividad...), nos encontramos con tendencias a favor de la

libertad individual, intercambiamos cualquier cosa por la ley de la equivalencia, mercantilizando las relaciones y los objetos, las relaciones liberales, patriarcales y colonialistas influyen en cada individuo; no es nada independiente de la clase obrera, sino algo que nos forma. Para ello se utilizan diversos mecanismos, tanto del Estado como de los capitalistas, derivados de la subjetividad derivada tanto de la transmisión de los usos como de las vivencias: la educación (tanto la doméstica como la que recibimos de las instituciones, el inconsciente que recibimos al asimilar las ideas generales de la sociedad), la salud (a quién, cómo y en qué condiciones se le ofrece la gestión de la salud, según qué comprensión se hace), los medios de comunicación, el trabajo asalariado (con sus disciplinas oficiales y liberales). Nos construyen, nos piensan, nos guían, nos hablan, nos escriben, nos inventan. Todo ello crea un imaginario colectivo interiorizado, orientando las relaciones individuales, perpetuando la opresión y la explotación, arraigando actitudes pasivas y conformistas en la normalización de ciertas situaciones, tendemos a interiorizar y reproducir el pensamiento colectivo de forma inconsciente.

Una reproducción que, como en la sociedad, también afecta a los militantes. Reproducir significa que nosotros mismos nos convertimos en los causantes de las opresiones. El momento histórico-político que vivimos nos hace ver que la opresión de género es una de las mayores brechas que tenemos entre nosotros. Miles han sido las teorizaciones de la opresión de género y las propuestas de solución; miles son también, cuando hay actitudes patriarcales, las justificaciones de los militantes. Hay una clara tendencia a ocultar los indicios de opresión patriarcal que se dan entre nosotros de que se trata de una prioridad de las luchas, de que se trata de una cuestión de diferentes naturalezas, de una precisión particular de situaciones concretas. Estas justificaciones no hacen ningún bien al camino hacia la revolución; no hacen más que retrasar un proceso necesario (la despatriarcalización) perpetuando la injusticia.

Es importante, por tanto, comprender y reconocer que ninguno de nosotros está a salvo de la mentalidad dominante; a salvo del carácter liberal, patriarcal y colonialista. Todos hemos recibido la herencia de la cultura política dominante; el individualismo, el ego, el liberalismo, el machismo, el racismo, la competencia; por eso, la primera bala siempre debemos arrojarnos a nosotros mismos. Ser consciente de ello, querer cambiarlo, y estar dispuesto a la negación que ese proceso requiere, es imprescindible.

Pero, junto a eso, no queremos decir que haya que abundar en la mera negación. En nosotros hay también rasgos que desde hoy nos fortaleceremos y tomaremos como base; que ya nos impulsan a cuidarnos entre nosotros, que nos permiten construir colectivamente relaciones solidarias, que nos hacen ver sufrir al lateral y ayudarnos. Encontraremos en las contradicciones que afloran en la sociedad capitalista y patriarcal, la esencia de la dominación por un lado, pero también el punto de partida para superarla. Cuando la policía pega a su amigo, cuando una mujer es agredida, cuando una familia se queda sin casa, cuando el empresario expulsa a un compañero o empeora las condiciones laborales... Se despierta nuestra conciencia y refuerza el impulso de la solidaridad entre nosotros. Ya están en nosotros. De lo contrario no estaríamos peleando. De lo contrario, el hilo rojo de la historia estaría roto hace tiempo. El caso es que empezar a luchar, o considerarnos militantes, no elimina sin más las características que el sistema de dominación ha inculcado en nosotros. Este es un proceso mucho más complejo, traumático en muchos sentidos, que exigirá la determinación y el

compromiso firme del militante. Por un lado, necesita una ruptura que deberá garantizar la deconstrucción de nuestra herencia: destruyendo las huellas de la dominación. Por otro, necesita reconstruir: la nueva subjetividad colectiva, la construcción de la nueva identidad colectiva; la implementación de la ética revolucionaria.

Por todo ello, de la misma manera que pretendemos revolucionar a la sociedad, llevar a cabo una transformación revolucionaria de nuestra personalidad es una responsabilidad irreversible. De no hacerlo llevaremos con nosotros el reflejo de la dominación y de una forma u otra se recreará.

### Hacia un código ético revolucionario

Con esto podemos pasar a definir los valores que tendrá la ética revolucionaria. En este sentido, un código ético revolucionario no es algo que se pueda establecer ni asimilar leyendo delante de la pantalla del ordenador o del teléfono. Son elementos a debatir y asimilar en profundidad, es el camino a recorrer en el marco de un proceso colectivo organizado, una vez establecidos, porque nuestra actuación militante se estructurará en base a esos valores éticos. Es el referente que debería tener cualquier movimiento con destino revolucionario; el que dirija y enriquezca la actuación de los militantes que actúan en su seno. Y a través de los militantes, que se esparcirán, contaminarán y arraigarán por toda la sociedad.

Por todo ello, los valores que enumeramos a continuación los hacemos públicos como propuestas, con el objetivo de suscitar la reflexión y el debate; con la esperanza de que sean útiles para los diferentes movimientos populares y expresiones revolucionarias de Euskal Herria. Aunque describimos los valores individualmente, no hay que entenderlos de forma aislada, sino que están interrelacionados y, en definitiva, forman un todo.

Por tanto, entendemos que los valores que deberían tener importancia central en el código ético revolucionario son:

**Afinidad y cuidado.** Si queremos superar la propiedad privada y la lógica del egoísmo, la afinidad debe ocupar la centralidad. Es decir, formas de relación basadas en el cuidado y la solidaridad, capaces de superar el egoísmo. Hablamos aquí del amor entre compañeros, pero no del romántico que nos es habitual. La afinidad es una forma de relación basada en el apoyo mutuo; una hermandad revolucionaria de hermandad que convierte los problemas de una en un problema común. Un amor revolucionario entre compañeros que no esté basado en la hipersexualización y mercantilización imperante en la actualidad; que esté en la base del desarrollo de relaciones críticas de respeto y paridad.

**Humildad.** La lucha no puede basarse en el interés personal: la buena fama entre sus miembros, el capital social: somos parte de un proceso colectivo al que debemos unirnos con humildad. Preguntar y tener dudas será constante; y cometer errores, comprensible. Aprender de los demás, ser respetuoso, escuchar, estar callado, quedarnos en un segundo plano son posiciones que tenemos que elegir en ciertas situaciones sin que eso nos provoque malestar.

Disciplina. Cualquier forma de organización es necesaria para funcionar. Nos comprometemos voluntariamente a las obligaciones que se nos imponen en el marco de esta organización y debemos cumplir disciplinadamente los compromisos adquiridos. Sin embargo, la disciplina no es sólo puntualidad, discreción, no faltar, el cumplimiento de las tareas debe prevalecer sobre la disciplina de una determinada organización. Esto significa ser honestos con los valores e ideas revolucionarias, en todo momento. Disciplina para identificarlo y corregirlo si el movimiento se desvía de direcciones y valores revolucionarios. Lo llamamos disciplina consciente o crítica. La simple obediencia a disposición de una organización puede llegar a ser sectaria, una disciplina ciega que nos puede llevar al corporativismo.

(Auto) criticidad. La mirada del revolucionario debe ser crítica, tanto hacia afuera como hacia adentro. Antes de culpar a los demás, tendremos que analizar con rigor la responsabilidad propia. Pero no es sólo un método a utilizar en momentos puntuales, sino una actitud constante de ver la realidad y comprendernos. En el seno de cualquier movimiento organizado, las críticas deben tener cabida y tendremos que contar con instrumentos para resolverlas, para que sea un proceso colectivo y constructivo. No vale la crítica si no están en vías de resolver los problemas; no vale la autocrítica si se hace como una confesión que alimente el ego. La clave es tener mecanismos para entender, aceptar y dar respuesta a las consecuencias de las críticas. Además, en la base de las críticas deben estar los valores y el funcionamiento que se decida colectivamente para que no se convierta en una lucha de egos.

Negación. La militancia no es sólo algo que viene del deseo; muchas veces nos lleva a la negación. El revolucionario está dispuesto a aceptar estas negaciones; a poner la revolución por encima de su vida y a hacer lo necesario para ello; a optar por la vida revolucionaria y aceptar las consecuencias.

Revolucion. Los sacrificios y abnegaciones que nos exigirá la revolución no pueden convertirnos en seres grises. Porque amamos la vida, estamos dispuestos a ofrecerla y eso sólo se puede llevar a cabo desde el amor. El amor al pueblo y el amor a la vida libre deben guiar la actuación revolucionaria.

Odio y amor. Aunque el amor está en la raíz de los valores éticos, no podemos olvidarnos del odio, y por eso nuestra actuación deberá basarse en la dialéctica odio-amor: odiamos el mundo de hoy, nuestras condiciones de vida, las opresiones y organización que impone el sistema de dominación en la colectividad y amamos la lucha por combatirlo, el intento de mejorar nuestras vidas, la elección de cambiar la sociedad, amamos a nuestros miembros. Hay que basar nuestra lucha en el amor ético para que no nos ciegue el odio de lo que queremos destruir y para que el nuevo mundo que construimos tenga amor en la raíz. El odio sin amor puede llevarnos al fascismo; el amor sin odio al aburguesamiento.

Creatividad. Alejarnos del dogmatismo, ser críticos, dar vueltas a las ideas, desarrollar propuestas innovadoras a trabajar colectiva e individualmente para que seamos militantes revolucionarios y no burócratas.



Paciencia. En la vida capitalista reina el malestar y la velocidad. Esa existencia acelerada suele provocar una deriva que intentamos satisfacer con vanas estímulos. Ante ello, debemos ser capaces de actuar con paciencia: reposar el ritmo y atisbar el horizonte; desarrollar una visión estratégica y aprender a dar pasos de largo recorrido más allá de la coyuntura que nos atraviesa en una visión ágil.

Polivalencia/formación integral. El militante debe tener la capacidad de adaptarse a los diferentes contextos y transmitir la revolucionariedad en ellos; debe manejar diferentes registros. Cualquier situación es adecuada para transmitir y/o aprender conocimientos y valores. Relacionado con ello, el militante debe evitar la obligatoriedad. No crear dependencia, compartir conocimientos, confiar en delegar. El militar debe actuar como si fuera imprescindible, aunque sabe que no lo es.

#### Modelo de crítica autocrítica y militancia

Para ir terminando, nos gustaría subrayar que concretar determinados valores éticos no será suficiente. Eso sería pura complacencia, un intelectualismo estéril. Porque el mismo conocimiento de la ética revolucionaria no sirve de nada si no somos capaces de encarnar esa ética en cada uno de nosotros. La ética debe suponer una actuación. Y para ello es imprescindible implementar metodologías colectivas de crítica y autocrítica. Básicamente, se trata de crear marcos colectivos para actuar con confianza y honestidad; marcos en los que se puedan criticar y autocriticar con apertura las actitudes mantenidas por los militantes en el día a día. Es un trabajo que hay que realizar con paciencia y constancia y que además de romper con la construcción de la personalidad revolucionaria, es útil para gestionar y liberar las tensiones internas que puedan surgir en el proceso de lucha. En realidad, estos ejercicios pueden desarrollarse en diferentes grados y contextos de profundidad, pero creemos que para garantizar la expresión más radical de la ética revolucionaria, sólo disponemos de una herramienta: la organización revolucionaria. Sólo en sí mismo será posible alcanzar el grado de compromiso y disciplina que exige un proceso como éste. Además, sólo en el seno de una organización revolucionaria podrá garantizarse la formación integral de militantes revolucionarios; más allá de interiorizar la teoría política revolucionaria, será capaz de construir personalidades revolucionarias.

Con todo ello, nos vienen a la mesa características que atribuimos a la figura del militante. Es decir, el modelo de militancia. En los últimos años ha imperado en Euskal Herria, y en general en muchos movimientos de izquierda europeos, la tendencia a entender la militancia de forma cada vez más difusa. Algunos reivindican una militancia líquida, sin responsabilidades ni compromisos duros, que debe dejar paso al desarrollo personal. Militancia realizada en tiempo libre, muchas veces ligada al tiempo libre. Un ocio que, además, se lleva a cabo dentro de los límites del capitalismo. Más que militancia, activismo. Y todo ello, negando viejos y laboriosos modelos de militancia de generaciones anteriores. En general, a quienes interpretan la lucha política de forma parcial, y reivindican de forma central y exclusiva el irreactivista, reflejo de esa parcialidad, apestan a posmodernidad y liberalismo.

Creemos que el proceso revolucionario debe ser capaz de combinar diferentes niveles de compromiso; habrá muchos, que tendrán bastante con mostrar su apoyo al movimiento,

bien haciendo una aportación económica o acercándose a manifestaciones o reivindicaciones concretas... Esta amplia base social es imprescindible en cualquier movimiento político; es un sustento fundamental. Al mismo tiempo, sin embargo, tendrá que haber también quienes consagren su vida al proceso revolucionario. Esta es una variable que siempre ha existido en la ecuación revolucionaria y no creemos que la revolución social sea realizable sin figuras como ésta. Podemos llamarlo cuadro político, militante revolucionario... Sólo a través de esta figura será posible que los militantes que adopten esta opción se embarquen en un proceso de formación integral y completo, que construyan en ellos una nueva personalidad revolucionaria. La ética revolucionaria se materializará de la manera más radical en estas personas y asumirán una responsabilidad absoluta por esos valores.

Esto no significa que sólo los valores vinculados a la ética revolucionaria deban ser ocupados por militantes revolucionarios. La ética revolucionaria deberá recorrer todo el movimiento en función de los compromisos y obligaciones que cada uno adquiera. Cuando decimos que el proceso revolucionario debe ser capaz de combinar diferentes niveles de compromiso, hablamos de garantizar la conexión, la comunicación y la relación entre esos niveles de compromiso. Cada una de las capas cumple funciones precisas, todas absolutamente necesarias; sólo la combinación y el equilibrio entre todas pueden alcanzar el éxito del proceso revolucionario. Debemos, pues, comprender esta gradación de un modo dialéctico, no de un modo distribuido y excitado. Además, creemos que hoy en día no hay condiciones que hagan posible la figura del militante revolucionario. Estas condiciones deben ser construidas por el movimiento revolucionario, tanto ideológicamente, organizativamente, materialmente, económicamente... Por ejemplo, históricamente a las mujeres nos han correspondido tareas de cuidado que han sido entendidas como antiguas fuera de la militancia. Qué decir de las actitudes patriarcales que se reproducen en contextos militantes. Lástima que siga siendo así. En consecuencia, a las mujeres nos ha resultado mucho más difícil dar ese paso adelante y hemos estado en esas capas de la revolución que la mayoría de las veces han sido invisibles. Hemos desempeñado funciones vitales desde esas posiciones, pero salvo excepciones, la revolución siempre ha tenido cara de hombre. De esta forma, el movimiento revolucionario deberá tomar como prioridad dar una respuesta y liberarnos de la carga que las mujeres hemos soportado. Hasta que no surjan las condiciones para que las mujeres tomen el centro y el liderazgo de la militancia revolucionaria (y hoy no existen), poco avanzaremos en esa dirección.

Por tanto, la implementación (o reconstrucción) de la ética y la militancia revolucionaria tiene sus dificultades y sus riesgos. Debemos entenderlo como un proceso complejo y descendente. Más allá de la problemática de género, entender de forma inadecuada el apego y la responsabilidad por la ética revolucionaria puede comprometer el proceso revolucionario. Así, la coherencia extrema nos puede llevar a la hiperideologización, lo que, unido ciegamente a la ética revolucionaria, puede llevar al aislamiento del militante, a la ghattización y al elitismo. De la mano del radicalismo, existe el grave riesgo de que la militancia se convierta en un mero juego de identidades, una de las principales tendencias de la posmodernidad. Por eso, el vínculo y el amor al pueblo es un elemento básico que nunca podremos olvidar. El objetivo último del militante revolucionario es transformar la sociedad, y eso sólo se puede conseguir luchando por el pueblo, amando al pueblo y uniéndose a él; en los puestos de trabajo, en las calles, en los espacios sociales, en las casas... el militante debe estar insertado en la sociedad.

Aunque actuará de acuerdo con la ética revolucionaria, tendrá que encontrarse con la contradicción y unirse a ellas. Porque sobrevive en el fango del sistema de dominación el aliento de libertad del pueblo oprimido, y ahí, no en otra parte, encontraremos los ingredientes que tallarán la verdad revolucionaria.

Con todo ello, tenemos mucho que aprender y poner en práctica en el País Vasco en torno a la ética y la militancia revolucionaria. Muchos de los elementos que hoy lanzamos están por desarrollar y toda la potencialidad que llevan dentro no se puede liberar en las condiciones actuales. Otros muchos han sido parte del proceso de lucha en Euskal Herria en las últimas décadas y nos toca leerlos y recuperarlos críticamente. Consideramos que en el seno del movimiento revolucionario que habrá de reconstruirse en los próximos años, el de la ética debe ser un asunto central. He aquí nuestra contribución a ello.

Y con esto podemos dar paso a la recta final correspondiente al ciclo Hauspoa; que, partiendo de la realidad actual, lanzará una propuesta que puede encarnar la actividad política revolucionaria: la Independencia Socialista. Lo sabréis en las próximas semanas.

<https://www.argia.eus/plaza/hauspoa/etika-iraultzailea>

## **La independencia socialista, claves para emprender el camino revolucionario**

En los últimos meses hemos planteado numerosos temas de debate a través del Hauspo: análisis de la historia de Euskal Herria y de la lucha de clases en su seno; lectura crítica de los ENAM; análisis para identificar las raíces de la dominación; lectura de la cuestión de género; y reflexión sobre la ética revolucionaria. En cada uno de ellos hemos desarrollado numerosos elementos y otros muchos han quedado por desarrollar, lo que será un trabajo a completar en los próximos años. Junto con todos ellos, hemos hecho públicos temas de debate de importancia estratégica, y con ello hemos dado un paso importante en el camino hacia la contemplación de la verdad revolucionaria. Tenemos claro que es un proceso a seguir en la construcción, un hilo a seguir hilando. Además, no es una obligación que nos incumba sólo a nosotros, sino que se trata de un proceso que deberá alimentarse y enriquecerse con los trabajadores y miembros del movimiento popular, junto con los que ya están en las coordenadas revolucionarias del País Vasco.

Por eso, la propuesta política que hoy presentamos es un ensayo abierto, no culminado. Una síntesis política que, partiendo de las condiciones actuales, puede encarnar la praxis revolucionaria.

### Objetivo estratégico revolucionario

Como hemos señalado en los textos anteriores, entendemos el hilo histórico de la dominación como un todo material e ideológico que se ha ido construyendo a través de la propiedad privada, el patriarcado, el colonialismo y el Estado, cuya última expresión se ha dado de la mano de la modernidad capitalista. Bajo esta lógica de la dominación ha sido sistemáticamente apropiada y subordinada la cadena que constituye la existencia humana (cuerpo-pensamiento-trabajo-producción), provocando una violencia estructural que se recrea constantemente y posibilitando la acumulación de poder de unos pocos. Violencia capitalista, pues, derivada de la contradicción entre el trabajo y el capital; que constituye una combinación inclemente con la violencia patriarcal y colonial. Y la que se suma a la cuestión nacional en Euskal Herria. Porque en el nuestro la modernidad capitalista ha sido impuesta de la mano del Estado Francés y Español, en alianza con las oligarquías autóctonas y en contra de los pueblos y comunidades. A través de estas estructuras imperialistas de Estado, en general, la identidad vasca ha sido oprimida, pero especialmente el pueblo vasco trabajador.

Además, el crecimiento constante inherente al capitalismo, unido al desarrollo desmedido y ciego de los medios productivos impulsados por él, ha golpeado globalmente los ciclos de energía y materia. Esto ha provocado la desaparición ya de numerosos ecosistemas y especies, y la supervivencia de todavía más se verá comprometida a lo largo de las próximas décadas. De la misma manera, esta crisis ecológica global provocada por los seres humanos ha puesto también en jaque algunas formas de existencia de los seres humanos. Al fin y al cabo, la propia existencia humana

es dependiente de esos ciclos de materia y energía, del mismo modo que está unida toscamente a los ecosistemas y otras especies vivientes.

Ante el panorama de tamaño, consideramos necesario identificar un objetivo estratégico claro. Es decir, más allá de las innumerables respuestas que podamos dar de inmediato, establecer una dirección clara que dirija esos pasos. Sin ella prevalecerán la deriva y la confusión ante el caos material e ideológico que provoca constantemente el capitalismo. El hecho de que el horizonte sea estratégico para emprender el camino revolucionario es, pues, una precondition. En el nuestro es acabar con toda dominación, construir una sociedad libre sin explotación; sin división de clases, géneros o razas. Y para ello tenemos que remontarnos a la raíz de la dominación: la mentalidad de la dominación que es la propiedad privada y su reflejo psicológico y que en la nuestra está formada por el pensamiento liberal-burgués, patriarcal y racista. Sólo con la abolición de todos ellos podremos construir la libre expresión de una vida que pueda organizarse y desarrollarse sin dominación alguna; la expresión de una existencia humana basada en la igualdad y la libertad. El comunismo, precisamente.

El comunismo se puede entender de muchas maneras. Nosotros lo entendemos como una capacidad social; la capacidad de una sociedad de organizar todo el proceso vital sin que medie la propiedad privada. Una síntesis social en la que, para mantener la cohesión, el contacto y la relación entre sus miembros, no será necesario el intercambio de mercancías ni ninguna otra forma de apropiación. Estas relaciones se construirán en el seno del cuidado y la ayuda mutua; y la vida y la existencia comunal, en el seno de la comunidad o del común. Además de este carácter libre a nivel interno, esta nueva socialización debería ser capaz de desarrollar una relación constructiva y respetuosa con otras formas de vida, de equilibrar y enriquecer los ciclos de materia y energía. Romper la tendencia histórica de la expansión humana a provocar crisis ecológicas y conseguir que esa capa de realidad que producimos los humanos sea fuente de belleza y diversidad, no de muerte y destrucción.

Tenemos, pues, el punto de partida, el Sistema de Dominación, y también el destino, el Comunismo o la vida libre. El camino a recorrer de un lado a otro sería el Socialismo. Y ahí está uno de los problemas del comunismo: como idea es claro, muy simple. ¿Quién no quiere vivir en libertad, sin opresión ni explotación alguna? Tras siglos de luchas de resistencia y liberación, nadie sabe aún cuál es el camino para llegar al comunismo. En el texto que dedicamos a la ética nos quedó esto claro: una cosa es conocer la verdad de la dominación; también imaginar la verdad redonda de la libertad. Pero la verdad que nos muestre la conexión entre ambas (la verdad revolucionaria), y la implementación de esa verdad (el camino revolucionario), ésa es otra cuestión. Durante décadas ha habido muchos intentos en todo el mundo, pero ninguno ha conseguido el objetivo estratégico, el comunismo. A la inversa, hoy el Sistema de la Dominación, a través de su expresión capitalista, tiene un carácter más global y hegemónico que nunca.

Así las cosas, lejos de estar agotadas las opciones de remontada, creemos que siguen intactas. Porque la historia sigue su curso y así, como hay dominación, también hay resistencia. Esto se debe a que la dominación misma, el impulso a la opresión, a la violencia y al desequilibrio que le son propios, hace aflorar un sinfín de contradicciones; internamente, ejerciendo opresiones de todo tipo contra las personas que viven en su

seno. Incluso entre los propios capitalistas, creando una competencia cada vez más lenta y haciendo más difícil la producción y acumulación de plusvalía. Hacia el exterior, en cambio, provocando desequilibrios sobre las condiciones materiales y energéticas que sustentan el sistema. Con todo ello, las posibilidades de que la crisis que sufre actualmente el Sistema de Dominación sea la mayor que se ha dado en las últimas décadas son cada vez más evidentes. No sólo en el País Vasco, en el Estado español, en el francés o a nivel europeo. Nadie puede negar ya que estamos ante una grave crisis social, política, económica y ecológica mundial. En todas estas contradicciones, y en las luchas de resistencia que de ellas se derivan, encontraremos la llama que nos iluminará el camino hacia la revolución.

### Vía Revolucionaria y Contrapoder Socialista

Por tanto, a pesar de las dificultades, creemos que con lo visto hasta ahora podemos empezar a reconocer la verdad y la cualidad del camino revolucionario. Algunas claves para abordar el proceso revolucionario son:

En primer lugar, el comunismo no puede ser una experiencia aislada, una experiencia alternativa que vive al margen de la sociedad capitalista o una comuna hippia; tarde o temprano sería aplastada directamente por el capitalismo o devorada por las redes del mercado. Además, más allá de las virtudes que puedan tener este tipo de experiencias micropolíticas, nuestra propuesta debe incluir el todo social: es decir, ser capaz de dar una respuesta a toda la sociedad, un proyecto aplicable a la escala social. Del mismo modo, un solo país, aunque sea en su totalidad, nunca podrá emprender por sí mismo el camino hacia el comunismo. Frente al capitalismo mundial, la común sería aplastada de forma similar, o peor aún, a la hippie; se agotaría en una vorágine puramente militarista y autoritaria orientada a la autodefensa. Por consiguiente, la implantación real y completa del comunismo sólo puede llevarse a cabo mediante un proceso revolucionario mundial. Es decir, el comunismo tiene que tener necesariamente un carácter internacionalista.

Siendo éste el marco general, la lucha revolucionaria debe ser un punto de partida. Y creemos que, al menos para el país en el que pervive la resistencia abertzale, el comunismo debe ser también nacionalista. Es decir, para nosotros el marco para el desarrollo de la lucha de clases y la construcción del comunismo debe ser Euskal Herria. Así, en tierras vascas no se podrá llevar a cabo ningún proceso de liberación mientras los siete territorios que conforman nuestra patria continúen bajo el control de los Estados español y francés.

Por otra parte, otra de las dificultades que encontrará el camino revolucionario se encuentra en las estructuras básicas que sustentan la dominación: el proceso revolucionario debe demostrar la capacidad de moverse si las hay y también dentro de los límites de esas estructuras. Con los patriarcados podemos ver esto claramente. Por ejemplo, a la hora de legalizar el aborto es un logro que se materializa en el marco de la ley. Con ello nuestra posición como mujeres mejora indiscutiblemente, pero esta mejora se produce dentro de los límites del patriarcado, cuyas categorías no se superan. Pese a la legalización del aborto, la dicotomía sexo-género persistirá, al igual que la sexualización de los cuerpos de las mujeres o la familia nuclear heterosexual. Seguiremos siendo violadas y asesinadas, pero ahora, podremos abortar. La distancia

social que tenemos las mujeres respecto a los hombres se reducirá, pero esto ocurre dentro de los límites que marca el patriarcado. Nuestra actividad política debe incluir, naturalmente, este tipo de mejoras relativas, pero esto no asigna a nuestra actividad un carácter antipatriarcal revolucionario.

Con el salario, y en general con las relaciones de mercado, ocurre algo parecido. El trabajo asalariado es el origen del poder burgués, fuente de plusvalía y de nuevo capital, vector para la enajenación capitalista. En una sociedad comunista no podría haber trabajo asalariado. Sin embargo, hoy en día, para la clase obrera el salario supone una condición de supervivencia; la comida, la vivienda, los productos y servicios que hacen posible la socialización... sólo a través del salario están disponibles para la clase obrera. El salario es una relación social que hay que destruir, sí, pero hoy vivimos enganchados al salario. Así las cosas, como con el patriarcado, un movimiento que se considera revolucionario dentro de los límites del capital y del salario debe asegurar la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera. Como hemos dicho, la lucha dentro del salario no soluciona gran cosa; cuando luchamos por subir el salario o por abaratar el alquiler, mejoramos nuestra posición como obreros con respecto al burgués; aumenta la compensación de nuestra fuerza de trabajo y disminuyen los gastos para nuestra reproducción. Pero estas mejoras se producen dentro de los límites del capital, según sus categorías; la mercancía, el dinero, el trabajo asalariado, el capital y, por tanto, la explotación continúa.

Con el movimiento cooperativista, o con la economía social y transformadora que está en boga en los últimos tiempos, esto se ve más claro que en ninguna parte. En opinión de la existencia de un espacio de justicia social y transformación del sistema económico dentro de la mercancía, en la última década se han puesto en marcha numerosas experiencias cooperativistas en Euskal Herria. Nos gustaría subrayar aquí que la producción y la compraventa de mercancías, especialmente en el seno del capitalismo plenamente globalizado y entrelazado, sólo responde a las leyes del capital. Así, mientras se mantengan sujetas a la producción de mercancías, estas experiencias estarán atrapadas en los límites que la forma de valor les impone. Peor aún, con la ilusión de quienes caminan al margen del capitalismo, los veremos hundirse cada vez más profundamente dentro de la forma capitalista de socialización (propiedad privada, mercancía, salario, dinero). Sin poder salir del mercado, estarán siempre encadenados a la lógica de la competencia: estarán obligados a rentabilizar la actividad económica, obligándoles a crecer de forma continua tanto cualitativa como cuantitativamente. De este modo, más pronto o más tarde, más cerca o más lejos, están condenados a provocar la explotación y opresión de algún lugar de la cadena de mercancías. Por el contrario, si no pueden asegurar esa rentabilidad, ante la falta de viabilidad de la empresa vendría la quiebra económica. En el peor de los casos, ante esta falta de rentabilidad, uno se ve abocado a asumir elevadísimas tasas de autoexplotación, con una identidad de clase totalmente distorsionada bajo figuras como el emprendedor, el pequeño productor o el cooperativista.

Todo esto no significa que no tengamos que construir cooperativas o renunciar a utilizar los recursos del mercado. Ni que no tengamos que dedicar fuerzas a estimular la lucha en el seno del salario. Pero una cooperativa, o la lucha por la mejora de las condiciones de trabajo en sí misma, no presenta al capitalismo una alternativa, sino una expresión alternativa del capitalismo. Estos movimientos son meras reformas; dentro del Sistema

de Dominación, y mejoras cuantitativas que podemos llevar a cabo a través de sus categorías: de ganar 1000 €, a ganar 1500 €; que el precio del alquiler pase de 800 € a 500 €... Por el contrario, en sí mismos no nos abren la posibilidad de construir nada cualitativamente diferente. No construyen una realidad social sin dinero, mercancías y propiedades privadas. Es más, si las entendemos de forma aislada, pueden tomar la dirección contraria; podemos llegar a creer que dentro de la lógica de la dominación hay un lugar más cómodo, habitable o alternativo.

Son imposiciones de gran importancia, porque aquí hablamos de la relación entre reformas y revoluciones, las diferencias entre reforma y reformismo. Es decir, una reforma al servicio de la revolución, por un lado; y un reformismo que representa la revolución, por otro. Una diferencia que cualquier revolucionario debe entender con claridad cristalina. ¿Y cómo poner la reforma al servicio de la revolución? Pues bien, todo movimiento que se lleve a cabo en el seno de la reforma debe producirse como acumulación de fuerzas y recursos, que se orientarán a alimentar las manifestaciones políticas, productivas y sociales que se irán construyendo al margen de la forma burguesa, patriarcal y colonial de poder. La propiedad privada, al margen de la forma de valor y del trabajo asalariado, a alimentar espacios de socialización y producción basados en la colectivización y el cuidado. En definitiva, que estarán orientadas a alimentar y construir directa e inmediatamente la forma comunista de poder. Sólo así es posible poner la reforma en la dirección de sostener y alimentar los avances estratégicos; sólo así es posible conseguir que el socialismo actúe como un movimiento realmente revolucionario. Es decir, cada paso que damos hoy debe ser una prefiguración de la vida libre del futuro; el camino que hagamos debe enseñarnos el objetivo. De no conseguirlo, si la revolución se presenta como una simple expresión teórica, como una mera referencia alegórica, poco diferenciaría el socialismo revolucionario del reformismo.

Por todo ello, el proceso revolucionario debe ser capaz de conjugar dos formas de movimiento de naturaleza cualitativa distinta: por una parte, movimientos que mejoren relativamente la situación de los oprimidos dentro de los límites del Sistema de Dominación; y por otra parte, que construyan desde hoy los contenidos de la nueva forma de socialización. En eso consiste la construcción del Contrapoder socialista; una combinación dialéctica de pasos corto-tácticos que, junto a avances estratégicos de largo recorrido, nos ofrezcan una mejora inmediata.

### Estado, Socialismo y Liberación Nacional

Esta forma de contrapoder socialista impugna, en nuestra opinión, un etapismo que ha tenido una gran importancia en los Movimientos de Liberación Nacional. Según esto, el proceso de liberación nacional tendría, al menos, dos fases o etapas. En primer lugar, las fuerzas concentradas en una fase que asegure la independencia nacional y que exija una alianza con la burguesía nacional y permita, por tanto, la construcción de una nación-Estado propia de carácter burgués. Se alcanzaría así una independencia formal que, de acuerdo con las categorías jurídicas burguesas, se materializaría como un sujeto independiente de cara a la ley internacional. Después, el movimiento de liberación emprendería la construcción del socialismo con los instrumentos que le ofrecería ese nuevo Estado. Por eso el clamor de la Independencia y el Socialismo; primero uno, y luego otro. Cuando proclamamos que los progresos tácticos y estratégicos deben darse



de forma combinada y dialéctica, comprometemos el carácter etimista de la liberación nacional, y de la revolución en general. Y con ello, comprometemos el papel que el control sobre el Estado debe jugar durante el proceso revolucionario.

El Estado, desde su nacimiento, es la estructura para imponer la acumulación de poder y la dominación a escala social. Después de los arreglos con la modernidad, se convirtió en la máxima expresión del poder burgués. El reflejo político que emite el mercado para gestionar la sociedad industrial de masas: la escuela, la cárcel, el ejército regular, la policía, la burocracia unitaria y la estructura para fragmentar el proceso vital que debería ser indivisible y administrarlo de forma parcializada. El Estado es, pues, la expresión del poder burgués; la garantía de que la realidad social seguirá bajo la lógica de la dominación. Por eso en el comunismo no puede haber Estado y la obligación del socialismo, como proceso que nos guíe al comunismo, es disolverlo. Pero ¿cómo se hace eso? Como ocurre con el salario o el dinero, no podemos hacer como si el Estado, simplemente, no existiera. De alguna manera tendremos que ponernos en contacto con el Estado.

En este sentido, muchos han reivindicado que el Estado es el instrumento para construir el socialismo. Creemos que si hemos dicho que el camino para llegar al comunismo es el socialismo y su obligación es destruir el Estado, estamos ante una grave contradicción; el instrumento que utilizamos (el Estado) y el que tenemos que destruir con ese instrumento (el Estado) no pueden ser lo mismo. Como decía Audre Lorde, las herramientas del propietario nunca destruirán la casa del propietario. Frente a esto, el instrumento para la revolución debería ser siempre el socialismo, no el Estado. Es decir, el socialismo nunca podrá construirse a través del Estado; el socialismo debe construirse siempre contra el Estado. Entre otras cosas, porque el Estado no es un mero continente; porque tiene contenidos específicos, su propia naturaleza y autonomía, que le alinearán siempre en la dirección de la dominación. Esto nos lleva a concluir que antes de entrar en nada con el Estado el socialismo debe ser un proceso en marcha, es decir, debe aparecer como una fuerza social auto-constituida, capaz de regenerarse, de expandirse y crecer en la sociedad. Después sí, la organización revolucionaria puede lanzar al socialismo de diferentes maneras contra el Estado. Puede declarar la guerra justa o intentar parasitarla para destruir la forma del poder que encierra en sí mismo.

Por lo tanto, creemos que el Estado nunca puede ser socialista. Una fuerza socialista puede verse capaz de llevar la lucha de clases a las entrañas de la dominación e integrarse en ciertas estructuras del Estado con el fin de destruirlas. Pero esto no convierte al Estado en sujeto socialista, por lo que los revolucionarios no deberíamos prolongar el clamor del Estado socialista. Las estructuras de Estado no pueden convertirse en socialistas; como el dinero o el mercado no pueden ser socialistas. Por eso, las propuestas para construir el socialismo a través del Estado están condenadas a asfixiarse en la asimilación y el reformismo.

En consecuencia, la fuerza revolucionaria deberá tener siempre fuera del Estado, y en contra del Estado, su centro, corazón y centro estratégico de decisión. El socialismo debe ser siempre un sujeto autónomo organizado fuera del Estado. Así, si decide penetrar en las entrañas del Estado, una vez que esté dispuesto a sumergirse hasta el cuello en los lodazales de la dominación, tendrá ésta la única garantía de que no se

perderá en el camino; de que la dirección y la verdad revolucionaria seguirá siendo brújula. Por todo ello, la esencia del progreso estratégico revolucionario reside en alimentar esa zona fuera del Estado, para lo cual, antes de empezar en nada con el Estado, la existencia de ese campo revolucionario es una condición indispensable. Ese es el punto de partida del Contrapoder socialista: empezar a destruir la forma que el poder adopta a través del Estado, mientras va alimentando la nueva forma de poder que se va construyendo fuera del Estado.

Trasladando todo lo anterior a la lucha por la liberación nacional, no queremos decir que no tengamos que impulsarlo a favor de la independencia formal de Euskal Herria. En primer lugar, ese hipotético Estado vasco podría haber conseguido algunas mejoras objetivas, sobre todo de cara a la euskaldunización y al fortalecimiento de la cultura vasca en general. Además, tanto si se logra un Estado vasco como si no, el propio proceso de independencia formal abriría un periodo de inestabilidad. El movimiento revolucionario podría aprovechar los vacíos de poder que podían aparecer en él para dar impulso al proceso revolucionario. Sin embargo, el proceso por la independencia formal no daría para mucho más. Debemos entender que en el capitalismo financiero globalizado el Estado es un instrumento cada vez más obsoleto. Más aún para un pueblo tan pequeño como Euskal Herria, situado en el centro de Europa. Ese Estado formalmente independiente tendría realmente pocas capacidades. Ligado al mercado financiero global, no habría posibilidad de ningún avance en el programa socialista revolucionario a través de estas estructuras de Estado. Y si mostrara la determinación para ello, sería hundido con gran facilidad por las fuerzas capitalistas. En la actualidad, el sujeto económico para Euskal Herria, con control sobre el tejido productivo, se resuelve cada vez más a escala europea. Por tanto, sólo dentro de los estrictos límites del capitalismo, un hipotético Estado vasco independiente podría actuar en una dirección liberal o socialdemócrata. Y también ahí, vista la situación actual del capitalismo, vemos dificultades para llevar el programa socialdemócrata a la práctica.

### Sistema de Comunes e Independencia Socialista

Con todo ello, si el Estado vasco se nos viene encima sin formar y fortalecer el sujeto socialista revolucionario, el proceso revolucionario se encontraría en serios aprietos; la socialdemocracia por un lado y la burguesía vasca por otro, llenarían todo resquicio. En ese caso, más que una posibilidad de revolución, encontraríamos un callejón ciego en el proceso hacia la independencia formal. Precisamente por eso, el principal deber de los revolucionarios es hoy reconstruir el socialismo revolucionario y patriota. Y a través de ella ir tomando cuerpo el Contrapoder Socialista, poniendo la construcción de la Comuna en el centro de los avances estratégicos.

Entendemos lo común como la unidad básica del proceso revolucionario, que permitirá organizar la clase obrera de un modo cada vez más cualificado. En principio, los que serán el germen de la futura Comuna revolucionaria pueden ponerse en marcha como asambleas populares o vecinales; también como redes de ayuda mutua o autodefensa obrera. Se impulsarían líneas de trabajo para conseguir mejoras relativas en el capitalismo (vivienda, alimentación, derechos de las mujeres, condiciones laborales...) en estos primeros sujetos colectivos, que van a tener arraigo en el barrio y en el pueblo. Mejoraríamos así las condiciones inmediatas de vida del pueblo obrero. Por el contrario, al mismo tiempo, fuera de la lógica de la dominación, los Comunes deberían desarrollar

fórmulas de producción y reproducción más allá de la forma de valor y del trabajo asalariado. Espacios libres de socialización y producción basados en la colectivización y el cuidado. En este sentido, deberían establecer la despatriarcalización como una línea estratégica de trabajo: dar una colectivización de los trabajos reproductivos, deconstruir las actitudes machistas y patriarcales de los hombres, equilibrar las relaciones de poder... Al fin y al cabo, la clarificación de una nueva socialización no se da automáticamente desde la colectivización de los medios productivos; necesita de una transformación consciente y política de las variables simbólicas y culturales. También habría que dar una respuesta a la miseria emocional que reina en el capitalismo. La superación, pues, de la mentalidad dominante y, en su lugar, la construcción de un modelo ético y cultural revolucionario. Así, junto con la implementación de valores éticos comunistas, deberán centrarse en la euskaldunización y la cultura vasca. Recuperar las costumbres de nuestro país de la folclorización y mercantilización que han padecido en las últimas décadas, actualizarlas y convertirlas en pilares del nuevo modelo de sociedad. En este sentido, la sociedad campesina que ocupa un lugar destacado en la memoria colectiva vasca, con muchos rasgos de la vida libre, debe inspirarse en la lucha por la liberación: la comunidad, la economía natural, el trabajo vecinal, las lógicas colectivas de relación mutua, las tierras comunales populares o las estructuras básicas democrático-comunales (concejos, asambleas).

Creemos que para poner en marcha todo este trabajo no hay que esperar a ninguna etapa o fase. Las líneas de trabajo son claras y desde hoy podemos empezar a hacerlo. El punto de partida será sencillo, pero la paciencia y la constancia es uno de los valores que deben caracterizar el carácter de estos revolucionarios. Además, empezar por la pequeñez facilitará la identificación y corrección de errores. Asimismo, a medida que avance el desarrollo de los Comunes, habrá que construir actuaciones y estructuras de autodefensa capaces de defender los avances que se den. En este sentido, en la medida en que se trate de experiencias enraizadas en el territorio, la autodefensa incluirá la actuación en defensa del propio territorio. Por otra parte, más allá de la autodefensa, los comunes deben ser, desde el principio, un impulso a la integración entre sí; las alianzas, confluencias y confederaciones entre sí irán encarnando el sistema común, multiplicando sus capacidades. Aquí va a haber una de las claves de todo el proceso; este proceso de unificación tiene que ser necesariamente una tendencia a la coordinación y centralización, una división de funciones y una especialización a un nivel. Pues bien, esta tendencia a la centralización deberá estar atravesada por mecanismos de control verdaderamente democráticos, basados en la dirección de abajo hacia arriba y en la autocrítica crítica. Fuera de las formas burocratizadas, burguesas y parlamentarias que nos son habituales.

Con todo ello, no debemos olvidar que manejamos un objetivo estratégico que responda al conjunto de Euskal Herria. De ahí la necesidad de proyectar el sistema de comunes como una iniciativa política nacional desde sus inicios y de avanzar constantemente en esa dirección. Asimismo, estos comuneros deben ser capaces de crear una base social cada vez más amplia, ya que nos referimos a un proceso de transformación social, no a la construcción de una alternativa aislada fuera de la sociedad. Para ello, el sistema común debe ser capaz de combinar diferentes niveles de compromiso e implicación, del mismo modo que deberá saber converger con las capas populares que aún no están en su seno. También fuera de Euskal Herria será una prioridad establecer alianzas con movimientos de similar calado, impulsando que los avances que se produzcan en Euskal

Herria se den en el marco de un proceso internacionalista.

La construcción del sistema en común irá dando diferentes saltos cualitativos, liberando las potencialidades que lleva dentro y aprovechando las rendijas y posibilidades que encuentra en función de la coyuntura. Dentro de este desarrollo, crecerá reapropiándose de diferentes territorios, edificios, fábricas, barrios, medios productivos y/o espacios. De este modo, se irá asimilando el mercado y las funciones que sólo son realizables hoy dentro del Estado, asumiendo así cada vez más manifestaciones de la existencia humana (cuerpo-pensamiento-trabajo-producción). El sistema de comunes supondrá un control efectivo, aunque disperso, del territorio y del espacio; espacios liberados para desarrollarse al margen de la lógica de la dominación, la primera expresión de una nueva forma de socialización y poder. Así, estos espacios y experiencias de reconstrucción de la comunidad deben convertirse en puntos de referencia para la clase trabajadora y para todos los oprimidos en general. Con todo ello, alumbrará los cimientos de una nueva forma de poder que se irá construyendo de esta manera, la nueva forma de poder que será la columna vertebral de la sociedad comunista del futuro.

Esta fase, que se prolongará durante años, llegará a un punto de madurez momentánea, y entonces será el momento de convocar la Asamblea de Euskal Herria. Será un espacio político confederado en el que estén representados todos los territorios de Euskal Herria y todos los sectores de la sociedad (educación, lengua, trabajo, sanidad, juventud...). El germen de la República de las Comunas Socialistas Vascas. La Asamblea de Euskal Herria continuará desarrollando y profundizando el sistema de comunes, al igual que consolida la colaboración con las alianzas internacionalistas. Todo con un objetivo claro en el punto de mira; la aplicación de facto del derecho de autodeterminación respecto a los Estados español y francés en tierras vascas. El sistema común desarrollado durante años y las bases y legitimaciones sociales que se han ido configurando en torno a él, le proporcionarán capacidad política, productiva y social para ello.

De la mano de la declaración de autodeterminación se creará la Asamblea Constituyente Vasca con todos los sectores populares que han participado en la fase anterior, con la que se pondrá en marcha el Proceso constituyente que constituirá la República de las Comunas Socialistas Vascas. En esta fase, el proceso revolucionario se materializará como un proceso sobre la integridad de Euskal Herria. El sistema de comunes ya consolidado, y el contrapoder socialista que ha ido creciendo en su seno, ofrecerá al proceso revolucionario el soporte necesario para intervenir las estructuras de Estado y dismantelar las estructuras del poder burgués. Se establecerá un control sobre el tejido productivo y se ampliará la comuna como estructura básica de organización de la vida por todos los rincones de Euskal Herria. Las funciones que hasta entonces se resolvían en el sistema común podrán ser ejercidas a partir de ese momento en la escala social, de forma que el proceso revolucionario, convertido en un proceso social general, pueda liberar todas las potencialidades que lleva dentro. Ni que decir tiene que toda esta fase final no la puede llevar a cabo el País Vasco por sí solo; habrá que partir en coordinación con las alianzas internacionalistas que se han ido tejiendo de antemano, alimentándose y apoyándose mutuamente. Una vez consolidada la República de los Socialistas Vascos, vendría el saneamiento en el camino hacia el comunismo, junto con el derroche de fuerzas y procesos revolucionarios en los pueblos y territorios vecinos.

La independencia que así se haría efectiva, nosotros la llamamos Independencia Socialista. Un proceso revolucionario que irá construyéndose de pequeño a grande y de abajo a arriba. Primero, sentar las bases del Contrapoder socialista. Posteriormente, tomando como eje el sistema común, extender cuantitativa y cualitativamente estas bases a una escala cada vez mayor. Lo que reivindicamos es un proceso independentista que se desarrolle de forma paralela a la independencia formal de Euskal Herria, que no tiene que esperar a ningún Estado. En el camino, se pueden ampliar las posibilidades de que ambos procesos de independencia se alimenten mutuamente y que se produzca o no la independencia formal del Estado vasco. De darse, la desconexión formal de los Estados español y francés estaría hecha, pero, en el fondo, las tareas principales del proceso revolucionario continuarían: aniquilación de las estructuras estatales, destrucción del poder burgués, del colonialismo y del patriarcado, superación de la propiedad privada, deconstrucción de la mentalidad y la cultura dominantes... Y sustituir todas ellas por una nueva forma de socialización y poder. En definitiva, la implementación de la vida libre en tierras vascas.

## **Emprender el camino revolucionario**

Como decía en el texto anterior, sólo la Independencia Socialista puede asegurar que este pueblo alcanzará la libertad real y completa en algún momento. Es una apuesta a largo plazo, una apuesta estratégica revolucionaria; no se dará mañana ni será un camino fácil. La puesta en marcha del propio sistema de comunas tampoco será una tarea pequeña; no será un proceso que aparezca de forma espontánea. Por ello, aquí y ahora hay una serie de objetivos a corto plazo que pueden activar el proceso:

- Organización revolucionaria. Sólo la organización revolucionaria puede asegurar que el grado de compromiso, disciplina, profundidad y continuidad que necesita un proceso revolucionario se pondrá en el juego político de mesa. Asimismo, somos conscientes de que en la actualidad, en Euskal Herria, existen diferentes formas de entender el movimiento revolucionario, y hay que posibilitar la colaboración entre ellas para liberar el potencial que tiene la organización revolucionaria. Además, sólo en ellos será posible el rigor de la visión ideológico-estratégica, la profundización de la verdad revolucionaria o la formación integral de estos militantes (que incluye la implementación de la ética revolucionaria). Al mismo tiempo, la organización revolucionaria es la garantía de que todo avance que demos tendrá una dimensión política; de que no quedarán en una mera expresión económica o productiva y de que se liberará toda la potencialidad que lleva dentro como fractura política.

- Despatriarcalización. A lo largo del ciclo Hauspoa hemos visto una y otra vez el papel que el patriarcado desempeña en el Sistema de Dominación: el patriarcado ha sido, al menos hasta nuestros días, una condición estructural que ha estado en la base de toda forma de dominación. Por eso ni siquiera se puede emprender un camino hacia la libertad si no se pone en el centro y como prioridad inaplazable la despatriarcalización. Para ello, cualquier expresión organizada del pueblo obrero (sobre todo en lo que se refiere al movimiento revolucionario) debería tener estructuras autónomas no mixtas en esta fase histórica. Sólo así nos será posible leer códigos ligados a la opresión patriarcal, crear herramientas para superarlos y asegurar así que el proceso revolucionario sea realmente feminista y liberador.

- Continuidad de la lucha. Tenemos claro que un ciclo político se ha agotado y que no hay ninguna posibilidad nostálgica de recuperarlo. Sin embargo, esto no significa que tengamos que enviar a la basura de la historia sin más lo ocurrido en los últimos 60 años; no podemos echar al niño junto con el agua sucia. En efecto, las virtudes poseídas por el Movimiento Vasco de Liberación Nacional son más numerosas y significativas que los defectos dados en sí mismos. Por eso la continuidad de la lucha es una elaboración que hay que poner en marcha más pronto que tarde. Reconstruir la comunidad de lucha, garantizar la vinculación de las viejas generaciones con los jóvenes y, en general, actualizar el capital y el conocimiento político acumulado en el ciclo político anterior.

- Trabajo-reproducción-producción. Como vimos en la reflexión que dedicamos a la dominación, la cadena de la producción de trabajo abarca la totalidad de la existencia humana. Desde el trabajo reproductivo hasta la producción de plusvalía, la realidad social se materializa como un solo flujo, como un proceso social general. Desde que nace un niño hasta asegurar unos cuidados que le garanticen una vejez digna a medida que se va agotando su cuerpo y su pensamiento. La comida que comerá, la ropa que vestirá, los conocimientos que aprenderá y las categorías para entender el mundo, la música que escuchará, su propia fuerza de trabajo que integrará en la cadena de trabajo social general, las manos que curarán al enfermar y los saberes sanitarios. Todo esto sólo es posible gracias al trabajo de las personas, y sólo gracias a los medios productivos y reproductivos de que disponemos. Pues bien, la configuración de esta cadena de producción de trabajo en el actual Sistema de Dominación responde a las leyes y categorías del capital. Como responde a las categorías del patriarcado.

Por lo tanto, más pronto que tarde debemos dedicarnos a recuperar el control sobre los medios que hacen posible la producción y regeneración de la vida. Al principio sólo será posible a pequeña escala, en algunos ámbitos de la vida social y política. De este modo, debemos crear y reforzar expresiones autoorganizadas de la problemática de la vivienda, de las condiciones de trabajo y/o de las redes de ayuda mutua, autodefensa, protección vecinal, etc. vinculadas a la alimentación. De pequeño a mayor y de abajo a arriba, impulsando que vayan surgiendo mecanismos de confederación y autodefensa mutua. Debemos abordar desde hoy la construcción del contrapoder socialista, sembrar y extender la semilla del futuro Sistema de Comunas.

Todas estas variables las vemos como una condición indispensable para desencadenar el proceso revolucionario. Un proceso que desde sus inicios será capaz de combinar dos formas de movimiento de naturaleza cualitativa distinta: por un lado, movimientos que mejoren relativamente la situación de los oprimidos dentro de los límites del Sistema de Dominación y que mejoren las condiciones de vida de la clase trabajadora. Y por otro lado, aquellos que construirán desde hoy los contenidos de la nueva forma de socialización. Combinación dialéctica de pasos corto-tácticos que nos permitan una mejora inmediata, junto a avances estratégicos de largo recorrido. No hay que esperar a nada para emprender el camino.

\*\*\*

Estamos inmersos en la crisis más profunda y grave que ha sufrido el capitalismo en los últimos reveses. Las contradicciones en el seno de la dominación van en aumento y hoy tenemos más presentes que nunca las razones que empujaron en el pasado a miles de vascos a sumarse a la lucha. El problema es que las ideas y las razones, sin táctica ni estrategia revolucionaria, más que elemento liberador, son fuente de frustración. Asimismo, estas tácticas y estrategias no se sustentan si no hay organización. Por eso creemos que sólo desde la organización y la lucha podremos abrir un nuevo ciclo revolucionario en Euskal Herria. Aprender de los errores del pasado, mirar al presente y construir el nuevo enfoque necesario para afrontar los retos del futuro.

Sabemos que no son tiempos históricos fáciles para Euskal Herria. Estamos al final de un ciclo y sin poder aclarar los entresijos de lo nuevo todavía. Más arriba hemos definido algunos pasos inmediatos que pueden ayudar a reconstruir y relanzar el movimiento

revolucionario, pero es evidente que estamos lejos de conseguir las condiciones para que el proceso revolucionario se desencadene inmediatamente. Por tanto, consideramos que estamos en una fase de reestructuración que va a ser larga, una fase en la que hay que actuar con cautela y paciencia revolucionaria. En este contexto situamos el sentido de los textos que hemos publicado a través del ciclo Hauspoa. Como aportación para clarificar los entresijos de la nueva fase política, para contribuir e impulsar la reorganización del movimiento revolucionario.

Cumplido ese objetivo, nos toca cerrar el ciclo Hauspoa, poniendo fin al espacio que hemos conocido como Hauspoa. Todo el material publicado hasta ahora estará disponible en la red; estará allí con el objetivo de seguir alimentando y enriqueciendo los debates ideológicos. Asimismo, ofrecemos estos textos de forma abierta a Euskal Herria; en la medida en que el recorrido de Hauspoa termina aquí, todo aquel que en adelante comparta bases y principios revolucionarios puede recurrir a la integridad de dichos textos o a los apartados que le interesen. Esa es nuestra oferta a este pueblo; para que las brasas encendidas desde este rincón, uniéndose a otras, enciendan más pronto que tarde el fuego revolucionario que este pueblo necesita.

Por nuestra parte, reafirmamos nuestro compromiso con la revolución que nos ha impulsado desde el principio y seguiremos luchando por la libertad total de este pueblo. Nos vemos en el camino.

Avivar la revolución, para lograr la libertad